

STAR WARS - DAÑOS COLATERALES

Capítulo XIII

El *Guarida* tenía aún peor aspecto de lo que la capitán de navío Talina Gen'yaa se había esperado, y eso a pesar de que conocía de antemano los daños sufridos por su nave. Mientras la lanzadera armada que la conducía desde el *Alma Valiente* se aproximaba al hangar por el flanco de estribor del portanaves, Gen'yaa arrugó el gesto al observar el casco ennegrecido y chamuscado en grandes áreas, las brechas sobre las que trabajaban técnicos con trajes de vacío, o los restos semifundidos de baterías láser, lanzadores de misiles y sistemas sensores. Estuvo tentada de pedirle al piloto de la lanzadera que antes de apuntar diera una vuelta alrededor de la nave, de modo que tuviera ocasión de inspeccionar los daños en la sección de los motores y en el costado de babor, pero lo pensó mejor. Tenía prisa por hallarse de nuevo en su puente de mando.

Cuando por fin se encontró allí, el primer rostro que vio fue el del androide APD-5, que le informó de que tenían para ella una transmisión holográfica segura en espera, procedente esta vez del *Libertador*. Gen'yaa saludó militarmente en dirección a su segundo en el mando, el capitán de fragata Nil Wumb, de pie en la parte frontal del puente, y se dirigió directamente hacia la unidad de comunicaciones. Sobre el proyector aparecieron el rostro y los hombros de una mujer.

- Capitán de navío Gen'yaa, mi nombre es Invierno. Soy la asistente personal de la consejera Leia Organa.

- La escucho, Invierno - La mujer se parecía extrañamente a la propia consejera, pero en lugar de la larga mata de pelo negro que conferían a la princesa alderaana buena parte de su distinguida belleza, el cabello de Invierno era completamente blanco y además lo llevaba bastante más corto. Gen'yaa decidió de inmediato que la tal Invierno era mucho más que una simple asistente, aunque no sabría explicar qué era exactamente lo que le había producido esa impresión.

- La consejera ha alcanzado un compromiso con los corelianos en lo que respecta al rescate de su lanzadera, la que se estrelló en la Región Balania con personal suyo a bordo. Aunque no nos permitirán enviar un equipo de búsqueda y rescate a la zona, han accedido a enviar uno de los suyos. Han prometido informarnos tan pronto como encuentren a su gente.

Gen'yaa frunció el ceño. - ¿Saben los corelianos a quien van a rescatar?

- No, capitán, no lo saben - En su mirada, Gen'yaa vio que Invierno sabía exactamente a qué se refería exactamente con esa pregunta, y que comprendía también cuáles eran las implicaciones ocultas. Eso probaba que Leia Organa se había dado cuenta de lo que había querido decirle al informarle

sobre el siniestro de la *Compasión*. *O eso, o realmente es capaz de leer la mente a miles de kilómetros de distancia.*

- Por supuesto - dijo Gen'yaa -, nos aseguraremos de que envíen una nave de rescate, y *sólo* una nave de rescate.

- Por supuesto - De nuevo, Invierno parecía entender perfectamente lo que Gen'yaa dejaba sin decir. Una nave de rescate, y no un transporte de tropas, por ejemplo. Sin duda los corelianos sabían perfectamente que la Nueva República disponía de operativos sobre el terreno, y podrían estar tentados de aprovechar esta ocasión para desplegar sus propios comandos. Pero eso no podía conducir más que a una reanudación en tierra de la guerra que se había conseguido detener, al menos por el momento, en el espacio.

- Muy bien, Invierno. Por favor, transmita a la consejera mi gratitud.

- Así lo haré. *Libertador* fuera.

Al cortarse la transmisión y desactivarse el holoprojector, Gen'yaa vio aproximarse al capitán de fragata Wumb, que había esperado respetuosamente a que terminara su conversación con Invierno. Desde la última vez que había estado con él - parecía mentira que hubiera sido hacía apenas unas cuantas horas - la piel verdosa del sulustano había adquirido un tono ceniciento, y bajo sus grandes ojos de roedor se habían formado pronunciadas bolsas.

- Bienvenida de nuevo a bordo, capitán Gen'yaa.

- Gracias, capitán Wumb. Mis felicitaciones por su excelente actuación durante la batalla - Mientras lo decía, Gen'yaa se preguntaba qué hubiera pasado si no se hubiera encontrado en el *Alma Valiente* cuando estalló el combate, sino allí, en su nave, y si hubiera sido capaz de hacerlo mejor que Wumb. Quizá habría podido incapacitar también al crucero coreliano igual que él, pero sin sufrir tantos daños en el intento. *O quizá no*, pensó cuando Wumb estaba ya respondiendo. *También podría haber fracasado y perder el Guarida como perdí el Cueva del Lobo.*

- Difícilmente se me puede felicitar, señora. Han muerto varias decenas de tripulantes, y la nave ha sufrido mucho.

- Sabe usted tan bien como yo que podría haber sido mucho peor - respondió Gen'yaa con convicción. El almirante Sinensis le estaba enviando a usted y a la tripulación del *Guarida* a la muerte cuando dio las órdenes que le transmití.

- Debo admitir que eso fue justamente lo que pensé en aquel instante - Wumb apartó la mirada por un momento, y Gen'yaa supo que había sido sincero. - Pero cuando muere gente que está al mando de uno, no se puede evitar pensar que debió haber algo más que se pudo hacer y no se hizo.

- Le comprendo bien. Pero hace un momento me preguntaba a mí misma si yo hubiera podido hacerlo mejor que usted, de haber estado en su lugar - dijo Gen'yaa, sintiendo un repentino impulso de ser honesta también ella, y cediendo a él para su propia sorpresa. - Mi respuesta fue no.

- Gracias, capitán. Muchas gracias. Lo que acaba de decir significa mucho para mí - Gen'yaa observó con curiosidad hasta qué punto habían afectado a Wumb sus palabras. *Los sulustanos no son tan diferentes de los humanos*, pensó. *Brillantes en ocasiones, a menudo inseguros, y siempre receptivos al elogio.* La reflexión traía consigo una pregunta casi obvia. ¿Y los bothan? ¿Hasta qué punto somos diferentes? Con un agujijonazo de dolor se respondió a sí misma. *Nunca lo sabrás. Te guste o no llevas genes humanos.*

- Ahora váyase a descansar - continuó diciéndole a Wumb, su expresión inmutable a pesar de la amargura de sus pensamientos. - Yo me haré cargo del *Guarida*.

- La nave es suya, señora - Wumb saludó militarmente y se marchó. Gen'yaa se volvió y recorrió el puente con la mirada. Aparentemente aquí todo estaba intacto, aunque aquí y allá un par de técnicos se afanaban en sustituir los circuitos de una consola dañados por una sobrecarga de tensión, o en recuperar la operatividad de un sistema bloqueado. Más allá del gran panel visor, nuevamente descubierto, esa impresión de normalidad resultaba desmentida por los desperfectos evidentes en la superficie externa de la nave, sobre todo en la zona en la que había estado el cañón de iones. De la poderosa arma tan sólo quedaban los restos, retorcidos y ennegrecidos, del abultamiento del casco en el que se había alojado, y que ahora parecían más bien un muñón desgarrado, recordatorio doliente de la mutilación traumática de un miembro. Gen'yaa se alegró de no haber inspeccionado el resto de los daños. En los tripulantes muertos prefería no pensar. Lo mejor que podía decirse al respecto es que habían caído cumpliendo con su deber.

Al devolver su atención al interior del puente descubrió la presencia de su oficial de Inteligencia, que se encontraba discretamente sentado frente a una consola a la que nadie estaba atendiendo en ese momento.

- Teniente de navío Dey'jaa - dijo acercándose hasta él. Dey'jaa se puso en pie y saludó. Una herida ya a medio cicatrizar adornaba su labio inferior. - Veo que ha probado el sabor de su propia sangre durante el combate.

- No es nada, señora. Tan sólo el resultado de mi estupidez por no atarme a un asiento apenas empezó el movimiento. ¿Cómo le fue a usted en el *Alma Valiente*?

- Preferiría que me quemaran viva y que luego me enterraran en sal antes volver a verme lejos de mi nave mientras mi tripulación está combatiendo - Dey'jaa sonrió levemente y Gen'yaa decidió acompañarle en el gesto. - Y ahora dígame. ¿Sobrevivió el piloto coreliano?

- Sí - Dey'jaa sabía muy bien a quién se refería la capitana. - Rovardi y él van ya de camino a Sullust.

- Muy bien. Rovardi, ¿eh?

- Sí, señora. ¿Hay algún problema con él?

- No, ninguno en absoluto, Rovardi servirá. Es que lo encuentro irónico.

- ¿El qué, señora?

- Que precisamente ahora, con los tiempos que corren, le estemos confiando nuestra suerte a un coreliano y a un antiguo oficial imperial.

- Estos tiempos difícilmente pueden considerarse normales.

- Me pregunto si alguna vez veremos unos que lo sean. Bien, mientras esperamos, revisemos todos los datos que hemos conseguido reunir acerca del incidente con el transporte de refugiados. Leia Organa en persona me ha pedido que la mantenga informada.

- Hasta el momento no tenemos nada que podamos usar.

- Lo sé, pero puede que hayamos pasado algo por alto.

Solo y Raiven habían necesitado cerca de quince horas estándar para alcanzar la órbita de Sullust a bordo de sus ala-X. Ésta no era la primera visita que hacían ninguno de los dos al planeta natal del capitán de fragata Wumb.

Desde los días anteriores a la batalla de Endor, cuando la flota rebelde eligió ese sistema para concentrar sus fuerzas antes de emprender el definitivo ataque contra la segunda Estrella de la Muerte, el Mando de Cazas de la Alianza había mantenido una de sus principales bases allí. Era un hecho sobradamente conocido que muchos de los escuadrones de cazas de la Nueva República enviaban a Sullust sus naves para que fueran sometidas a revisiones periódicas, recibieran actualizaciones de equipamiento y de software, y en general para cualquier reparación que por una u otra razón no pudiera ser llevada a cabo en sus naves nodrizas. En el caso de que los corelianos, quienes sin duda habían tenido que detectar el paso de los dos ala-X, hubieran conseguido extrapolar correctamente su destino a partir de su rumbo - el cual no habían hecho el más mínimo esfuerzo por ocultar -, no encontrarían nada extraño en ese vuelo. Nada menos sospechoso justo después de una batalla que un par de cazas yendo urgentemente a recoger componentes de repuesto, por ejemplo.

Lo que los corelianos probablemente ignoraban era que la base de la Nueva República en Sullust incluía entre sus instalaciones el depósito privado del escuadrón Cabeza de Lobo.

El lugar era básicamente un gran almacén, construido bajo tierra como prácticamente todos los edificios existentes en el inhóspito planeta. Con una extensión de cubierta considerablemente mayor que la del hangar principal del *Guarida del Lobo*, el depósito estaba equipado con varios turboascensores de carga que lo conectaban con uno de los muelles de atraque de la base, un nivel más arriba. El techo disponía además de una sección móvil que podía retraerse en menos de treinta segundos, al tiempo que se activaba un portal electromagnético situado justo encima. Esto permitía el aterrizaje y despegue, directamente hacia o desde el depósito, de transportes ligeros, cazas, o remolcadores. Allí se mantenía bajo guardia gran cantidad y diversidad de material, incluyendo casi cualquier cosa que concebiblemente pudiera precisarse en el curso de una misión. El arsenal contaba con varias de las naves capturadas por el escuadrón en pasadas operaciones, enviadas allí después de que los expertos de Inteligencia las hubiesen inspeccionado a conciencia y hubieran extraído de ellas hasta el último byte de información posible. Una de esas naves era lo que Raiven y Solo habían ido a buscar, como primer paso del plan concebido por la capitán de navío Gen'yaa y el teniente de navío Dey'jaa.

Tras dejar sus ala-X en manos de los dos pilotos de reemplazo que las llevarían de vuelta al *Guarida del Lobo*, bajaron al depósito utilizando uno de los turboascensores de carga, desde el cual localizaron inmediatamente su objetivo. Ambos se dirigieron con paso decidido hacia un carguero coreliano ligero modelo YT-2100, que se encontraba estacionado entre un bombardero TIE, al que le faltaba uno de los paneles solares, y un ala-Y desprovisto de marcas de identificación, que había pertenecido a un cartel pirata. El *Al'yin'ia* había sido recuperado por el *Guarida del Lobo* cinco meses atrás en condiciones deplorables, tras haber sido víctima de un ataque imperial en el curso del cual murieron todos sus tripulantes - sólo se recuperó el cuerpo del piloto, amarrado aún a su asiento. Sus compañeros, probablemente dos o tres a juzgar por los efectos personales encontrados en el camarote común, habían sido succionados por una grieta en el casco a través de la cual se había escapado toda la atmósfera interior de la nave -. Las primeras reparaciones las

habían llevado a cabo Mar Hanniuska y su equipo, Granito y Solo, que en tiempos había poseído una nave muy similar. El propio Solo, Raiven, Drake y Halcón usaron posteriormente la nave - sin permiso - para dar caza a un espía y saboteador imperial conocido como Martillo, que había conseguido infiltrarse hábilmente en el escuadrón Cabeza de Lobo, y que había volado con ellos en varias misiones sin levantar sospechas. Entre otras muchas cosas, el espía había asesinado a Hoja, miembro también del escuadrón, que mantenía una relación sentimental con Drake. La joven piloto tuvo la mala fortuna de toparse con Martillo cuando, sabiendo que estaba a punto de ser descubierto, se disponía a huir robando uno de los ala-B del grupo Zarpas. Cuando semanas más tarde Drake - que había presenciado desde lejos como Martillo disparaba sobre Hoja y había salido tras él en su ala-X sin conseguir alcanzarlo - y los demás regresaron de su misión encubierta - que finalizó con la muerte del espía -, el *Al'yin'ia* fue finalmente conducido a Sullust como estaba previsto antes de que ellos lo tomaran prestado. Allí se terminó de equiparlo y se le puso de nuevo en condiciones plenamente operativas, a la espera de que pudiera volver a ser utilizado por el escuadrón. Ese momento había llegado.

Cuando Raiven y Solo se acercaron al YT- 2100, un quarren vistiendo un mono de mecánico descendió por la rampa de acceso y se plantó ante ellos.

- Comandante Tengroth y teniente Rovardi, supongo.

- Sí, así es - respondió Solo mostrando su placa holográfica identificativa.

- Sargento Bunido a su servicio. La nave está repostada y a punto. Los transpondedores han sido sustituidos para hacerla pasar por un transporte coreliano civil llamado *Mercader Nómada*.

- ¿Armamento?- preguntó Raiven.

- Las baterías cuádruples superior e inferior se encuentran plenamente operativas. Además hemos instalado dos nuevos cañones láser en la sección de proa, justo debajo de la cabina. No es el *Halcón Milenario*, pero no se puede decir que esté precisamente indefensa.

En opinión de Raiven, el carguero tenía mucho mejor aspecto que la última vez que lo vio. Solo se tomó su tiempo para inspeccionarlo desde la proa hasta la popa, antes de asentir aparentemente satisfecho. - ¿Y la carga?

- Una docena de cajas llenas, perfectamente aisladas y protegidas con fibrocaucho. Encontrar y recolectar esta mercancía ha sido lo más duro de todo, y también lo más caro, me atrevería a decir. Espero que puedan ustedes justificarlo.

- Aquí tiene la aprobación firmada por la capitán de navío Talina Gen'yaa, al mando del portanaves de combate *Guarida del Lobo* - Raiven miró a su compañero sin comprender, pero no dijo nada. Las explicaciones podían esperar a que ambos se encontraran a bordo.

- Muy bien. No es que quiera desconfiar de ustedes, señor, pero no sería la primera vez que pilotos como ustedes intentan poner sus manos sobre este tipo de material para...hum... sus propios propósitos.

- Ése no es nuestro caso - se apresuró Solo a responder.

- ¿No son ustedes del escuadrón Cabeza de Lobo? Alguien me contó que una vez abordaron una lanzadera imperial que transportaba...

- Sargento, realmente no tenemos tiempo para esto - Solo se estaba acalorando por momentos. Raiven tuvo que hacer un considerable esfuerzo para no reírse.

Star Wars: Daños Colaterales

- Tómatelo con calma, Solo - le susurró a su compañero, pero el quarren tenía mejor oído del que había esperado.

- Lo siento, señor - dijo entre el movimiento de los tentáculos que rodeaban su boca - Ahora que lo pienso, me dijeron que eran del escuadrón Blanco, no del Cabeza de Lobo. Y me pregunto, ¿por qué los habré relacionado? En fin, ¿le ha llamado Solo el teniente? Creí que se llamaba usted Tengroth.

- Así es. Solo no es más que mi apodo.

- Ah, sí, los pilotos de caza y sus curiosos nombres de guerra. Es que me había preguntado por un instante si no sería usted pariente del general Solo, ya sabe. Por su acento, me ha parecido que usted también es coreliano.

- Lo soy, pero no tengo nada que ver con el general Solo. Y le repito, sargento, que no tenemos tiempo para perderlo de charla. Tenemos que salir de inmediato.

- ¿Tienen ustedes prisa, señor?

- ¿Son todos los quarren tan curiosos, *sargento*? - Ahora Solo parecía estar a punto de perder el control de sus nervios. Al parecer el color rojo bermellón de su cara, el modo en el que apretaba los dientes y los puños al hablar, y las chispas que echaba con la mirada fueron aviso suficiente para el técnico cotilla.

- Eeeeh, no. Tan sólo pretendía ser amable, señor. No es fácil ser el único quarren en este lugar tan seco, ¿sabe usted? Todo son cuevas y más cuevas. No hay mar ni cielo azul sobre la cabeza, no hay...

- Bien, muy bien. Venga, Raiven, nos vamos.

- Tú eres el jefe aquí - Raiven ascendió por la rampa detrás de Solo, despidiéndose del sargento Bunido con un gesto apresurado de la mano. El quarren se lo devolvió y se apartó a un lado. Antes de que se cerrara la escotilla, no obstante, a Raiven le pareció escuchar cómo se reía el técnico. Claro que tampoco estaba muy seguro de cómo sonaba la risa de un quarren. - Definitivamente tengo que saber lo que contienen las cajas - dijo para sí. - Aunque me da en la nariz que ya lo sé.

- Ya casi hemos llegado, teniente coronel - le dijo a Lllamarada uno de los comandos Lince, un descomunal humano negro a quien sus compañeros llamaban Media Noche. - Después del siguiente recodo podremos ver ya Campo Uno. Los otros dos están más al sur, Campo Dos y Campo Tres.

- Los nombres eran previsibles - Lllamarada echó un vistazo a su espalda. La columna de refugiados se extendía a lo largo del camino de montaña, la mayor parte del cual habían dejado ya atrás. Las figuras de los kala'ballos se alzaban aquí y allá, tan cargados de bultos y de contenedores de diversos tamaños que la mayoría parecían a punto del colapso. Bestias y personas se encontraban visiblemente exhaustos después de todo un día de marcha sobre el peligroso y traicionero sendero, con constantes repechos y pronunciados descensos, curvas abruptas al borde de barrancos y precipicios, y un terreno imposible en el que o bien te hundías en la nieve o bien resbalabas en el hielo. Éste se formaba en las zonas umbrías que los tímidos rayos de sol que se colaban entre las nubes no conseguían alcanzar, y había sido causa ya de no pocas caídas. Una mujer mayor que Sdermila se había roto un tobillo, y aunque Rúster había hecho todo lo que estaba en su mano por

ayudarla, pasarían semanas antes de que pudiera volver a caminar por sí misma. Dos de los comandos y el propio Alce se turnaban para llevarla a hombros, ya que no hubo forma de convencer a la anciana para que aceptara subirse en la camilla flotante en la que yacía el soldado seibergio herido. La mujer que había dado a luz, Deveralia, iba con su bebé en la del doctor, pero tampoco ella quería cambiarse. La mayor parte de la gente había resbalado al menos una o dos veces, añadiendo golpes y pequeños cortes al cansancio que lastraba sus pies. Para su desesperación, Lllamarada era una de las personas que más veces habían dado con sus huesos en el suelo, haciéndole sentirse torpe y furiosa consigo misma. No estaba acostumbrada a caminar sobre este tipo de terreno o, mejor dicho, sobre ningún tipo de terreno natural. Había nacido en el espacio y en él había crecido, educada por nómadas espaciales que raramente bajaban a un planeta. La mayor parte de su vida había transcurrido a bordo de naves y estaciones espaciales, pisando cubiertas metálicas perfectamente lisas, sometida tan sólo a gravedad artificial o a ninguna en absoluto. No podía evitar sentirse insegura cuando el suelo sobre el que andaba era irregular, o poco sólido, o miserablemente escurridizo. El llevar un brazo en cabestrillo tampoco ayudaba demasiado. Una semana, le había dicho Rúster. No podía esperar a quitarse el maldito vendaje y recuperar el uso de su brazo, aunque sólo fuera para poder agarrarse mejor cada vez que patinaba en el cochino hielo o tropezaba por culpa de la condenada nieve. Por si no fuera bastante con tener que aguantar la gravedad de Seibergia, demasiado elevada para su gusto, y que por si sola estaba consiguiendo ya que el cuello, la espalda y las piernas le dolieran un auténtico horror. Sintiéndose tan mal físicamente como se sentía, le había sorprendido muchísimo comprobar que Alce estaba disfrutando de veras con la caminata, incluso cuando llevaba a la anciana a cuestras. Claro, él había vivido en planetas de verdad durante casi toda su vida. Desde cierto punto de vista, esto tenía que ser para él como estar de vuelta en casa. En cuanto a los balanios, caídas aparte, la mayor parte de ellos parecían relativamente cómodos en lo relativo al terreno que pisaban. Las únicas excepciones, por supuesto, eran aquellos que procedían de Nurtina, el único lugar en toda la Región Balania digno de ser llamado ciudad. Era fácil distinguir a los urbanitas, ya que se les notaba que estaban casi - sólo casi - tan fuera de su elemento como ella misma. A estas alturas, no obstante, casi todo el mundo, habituados o no a la montaña, iba ya arrastrando los pies.

- Esta gente se alegrará de llegar al fin a un lugar en el que puedan descansar y comer algo decente - comentó en voz alta.

- Supongo que sí, señora.

Lllamarada lo miró de reojo. Tenía la sensación de que el comando se estaba guardando algo para así. Quizá se había mordido la lengua antes de contestar que quien más iba a alegrarse cuando alcanzaran el campo sería ella misma. Este soldado en particular le había ayudado a levantarse del suelo por lo menos tres o cuatro veces hasta el momento, aunque en ninguna de esas ocasiones le había pillado ni siquiera sonriendo. Al menos tenía que alabarle por su discreción.

- Estoy preocupada por el corte de las comunicaciones - dijo, dejando aparcado el tema de su tendencia a resbalar o tropezar a cada diez pasos. - Pantera me ha comentado antes que habíais perdido el contacto con el satélite.

Star Wars: Daños Colaterales

- Sí, es verdad. Ayer por la mañana, justo después de que nos avisaran para que fuéramos a buscarles a ustedes, dejamos de recibir las transmisiones del campamento. No es normal que fallen todos los comunicadores a la vez, así que dedujimos que tenía que ser culpa del satélite.

- La ansiedad por no saber qué está pasando más allá de estos picos me está matando. Los dos ala-X que nos escoltaban se marcharon antes de que pudiéramos abandonar la lanzadera, y eso no se entiende a no ser que recibieran órdenes en ese sentido desde el *Guarida*. Me pregunto si tiene algo que ver con el fallo del satélite.

- Puede ser. Escuché que las cosas se estaban poniendo tensas ahí arriba.

- Así es, pero hasta ahora los seibergios nos evitaban la mayor parte del tiempo. A los que estábamos esperando era a los corelianos. Todo apuntaba a que podrían aparecer en cualquier momento.

- Pronto sabremos más, señora. Una vez que tengamos el campo a la vista, podremos contactar con nuestra gente allí mediante un enlace por láser de baja energía. Los problemas con el satélite sólo afectan a nuestras comunicaciones tierra a tierra, pero las comunicaciones con la flota siguen siendo posibles siempre que tengamos a alguna de nuestras naves en este lado del planeta. Si ha pasado algo con la flota en el campamento deben saberlo.

- Estupendo. Entonces también podrán comunicar que nos han encontrado. En el *Guarida* deben darnos por muertos.

- No por mucho tiempo, señora - dijo el comando señalando hacia el frente.

Cien metros más allá, la pared de roca que tenían a la izquierda giraba bruscamente sobre sí misma junto con el propio sendero excavado sobre ella. Al llegar al recodo, Lllamarada pudo ver por fin su objetivo, a unos diez o quince kilómetros de suave y mucho más fácil descenso. Hasta ese instante, pensaba que nada de lo que se encontrara en la Región Balania podía sorprenderla ya, pero descubrió que estaba muy equivocada. *Así que era esto lo que Media Noche prefería no mencionar.*

Campo Uno, el lugar al que tantas ganas tenía de llegar, era un enorme y sucio amontonamiento de tiendas de campaña que se extendían por unos siete u ocho kilómetros cuadrados de terreno más o menos llano, y en cuyo centro se divisaba una antena plana de comunicaciones. Aparte de eso, prácticamente no había nada más. Lllamarada le pidió a Media Noche sus electrobinoculares mientras otro comando, al que Lllamarada conocía sólo como Cortocircuito, comenzaba a montar el foco para el enlace vía láser.

Había hogueras encendidas frente a algunas de las tiendas, aunque por lo que Lllamarada podía ver producían más humo que auténticas llamas. La gente se arremolinaba alrededor tratando de calentarse, mientras bebían directamente de recipientes y boles metálicos lo que parecía ser un simple caldo. Vio a otros haciendo cola con sus tazones vacíos en las manos, esperando pacientemente a que un par de refugiados como ellos se los llenaran a la entrada de una tienda mayor que el promedio. En los límites del campo divisó a algunos de los comandos haciendo guardia. Los únicos vehículos a la vista eran un par de motojets aparcadas cerca de la antena. Al otro lado de la explanada y un poco por debajo había una zona vacía marcada con banderines rojos, donde la nieve estaba más limpia que en el resto del

campo. Aquello era seguramente el área de aterrizaje de lanzaderas, aunque sólo había sitio para una a la vez. Algunos de los refugiados caminaban en círculos alrededor de la zona delimitada por los banderines, probablemente intentado encontrar el calor que las escasas fogatas no podían darles.

- Parece que hay mucha más gente de la que cabe en las tiendas - dijo en voz alta, sin poder evitar que la consternación que le invadía se le notara en la voz.

- No sabes qué razón tienes - dijo Pantera, que en esos momentos llegaba a su altura. El jefe de los comandos Lince se encogió de hombros con aspecto de sentirse casi avergonzado, lo mismo que Media Noche. La mirada de este último parecía decir "lo siento por no avisarla, pero tenía que verla por usted misma". Llamada le devolvió los electrobinoculares sin hacer ningún comentario.

- Estábamos esperando con impaciencia a la *Compassión* - continuó Pantera. - Las tiendas y las provisiones que traéis, junto con los procesadores de alimentos y el generador de energía, nos habrían ayudado a mejorar las condiciones del campamento, pero ahora...

- Ni procesadores de alimentos, ni generador de energía, y apenas las tiendas suficientes para alojar a los refugiados que vienen con nosotros.

Pantera asintió. - Por no mencionar la escasez de personal de asistencia que tenemos. Un puñado de voluntarios y mis propios hombres, repartidos entre los tres campos. Menos de cincuenta personas para atender a ocho mil, y ese número se incrementa cada día.

- Sabía que esto era malo, pero no podía imaginarme... - Llamada dejó la frase sin acabar, notando que Cortocircuito acababa de terminar su trabajo.

- El enlace está listo - dijo el comando - ¿Qué quiere usted que les diga?

- Sólo que nos han encontrado. Que se lo transmitan cuanto antes al *Guarida del Lobo*. Que les avisen de que necesitamos evacuación urgente para el doctor Al Saruff. Podemos esperar a llegar hasta allí para enterarnos de las noticias.

- De acuerdo, señora.

- Tiene una pinta horrible - dijo Alce en voz baja al llegar junto a Llamada, cargando aún con la anciana balania. La expresión de la vieja mujer apenas se alteró ante la visión del campo. A Llamada se le ocurrió que quizá no viera bien y no se estuviera dando cuenta, pero algo en su mirada le hizo pensar que no era así, que veía lo suficiente. Era más bien como si la anciana no esperase otra cosa al final de este viaje que más desgracias y que, por tanto, al ver ante sí la confirmación de sus augurios no se sorprendiera en lo más mínimo. Tan sólo se resignaba.

- Horrible, sí - Llamada suspiró. - Oh, Lewis, sólo ahora me doy cuenta de hasta qué punto necesita ayuda esta gente.

Desde que la cabeza de la columna había alcanzado el punto donde giraba el camino, Sdermila había estado oyendo murmullos, susurros e incluso alguna exclamación de desesperación proveniente de las personas que iban en las primeras filas. *Estamos cerca del campo de la Nueva República*, pensó extrañándose mucho. *Deberían estar contentos, ¿no es así?* Pero entonces ella misma llegó al recodo y lo vio. El campamento estaba demasiado lejos

como para distinguir demasiados detalles a simple vista, pero lo que pudo ver de él bastó para que dejara inmediatamente de preguntarse qué causaba las muestras de descontento. Sdermila jadeó. Su optimismo de la noche pasada se desvaneció como si fuera humo, devolviéndole de golpe a la angustia y la inseguridad del primer día, cuando huyó del pueblo con los demás escuchando los disparos a su espalda.

- ¿Qué es, Sdermila? ¿Pasa algo?

Sdermila volvió la cabeza para mirar a Deveralia, sin saber muy bien qué decirle. La joven iba sentada en el borde de la camilla ocupada en su mayor parte por el masivo cuerpo del doctor alienígena, atada aún a su viejo kala'ballo que, libre de otras cargas, la arrastraba sin demasiados problemas. Una manta cubría a Deveralia y a su bebé. La pequeña criatura dormía cómodamente en los brazos de su madre, quien gracias a los calmantes que le había dado Rúster soportaba bien las molestias de su primer día tras el parto. Figor y Lía caminaban en silencio a su lado, aparentemente demasiado cansados como para sentir curiosidad alguna por la vista del campamento. Al igual que la pobre mujer que se había roto el tobillo, Deveralia había rechazado la oferta para ir en la otra camilla, la del seibergio, a pesar de que en ella hubiera disfrutado de espacio suficiente como para ir recostada. Decía que no se acercaría al soldado de asalto si podía evitarlo, ni quería verlo tampoco cerca de ninguno de sus hijos, especialmente de la recién nacida. Desde que los comandos de la nueva República los acompañaban, Rúster le había permitido recuperar la conciencia para no seguir gastando sedantes que podrían hacerles falta más adelante. Bajo la mirada vigilante de uno de los soldados, el seibergio parecía bastante calmado, pero Sdermila comprendía bien que Deveralia no quisiera fiarse.

- Dime, Sdermila - insistió la joven madre - ¿Qué sucede?

Sdermila suspiró. El corpachón del kala'ballo junto con la gente que les rodeaba impedían a Deveralia ver aquello a lo casi todo el mundo miraba. Quizá fuera mejor así. - Estamos llegando al campo de la Nueva República - explicó, dudando acerca de si debía añadir algo más. Taigor solía decir que siempre hay tiempo para recibir las malas noticias, si no ibas a poder hacer nada por remediarlas. Cuanto más tiempo se ignoren, más tiempo se puede pasar uno sin preocuparse por ellas. Sdermila no había sido nunca capaz de decidir si estaba de acuerdo o no con su marido sobre aquel particular. Si, por ejemplo, algo malo le sucediera a alguien de su familia, a ella le gustaría saberlo. Pero si no puedes hacer nada, hubiera insistido Taigor, ¿no sería mejor permanecer en la ignorancia? Había que admitir que desde ese punto de vista el viejo dicho de Taigor tenía sentido. Seguramente sería así para la mayor parte de la gente, aunque ella personalmente prefiriera saber la verdad. ¿Qué sería mejor en el caso de Deveralia? *Ha sufrido ya bastante, la pobrecilla*, reflexionó Sdermila. *¿Por qué debería adelantarle aquello que la hará sufrir aún más? De todas formas pronto lo verá por si misma*, en cuanto llegemos. Con ese pensamiento en la mente, decidió callarse de momento, aunque la siguiente pregunta de Sdermila se lo puso mucho más difícil.

- ¿Puedes ver el hospital? ¿Es grande? Tienen que tener uno en el campamento. Me gustaría que un médico viera a mi niña. Bueno, y también a mí. Creo que estoy sangrando un poco todavía.

Sdermila puso gesto compungido. - Rúster dijo que...

- Esa mujer no es médico, Sdermila, aunque hace todo lo que puede. El verdadero doctor es éste de aquí, recuerda, y está claro que él necesita a otro médico incluso más que nosotras. Y ahora dime, ¿ves el hospital?

Sdermila volvió a suspirar una segunda vez. Le pasó las riendas del kala'ballo a los niños, que aceptaron el encargo sin la alegría que habían mostrado las primeras veces que les permitió "conducir" al animal. Sdermila inspiró profundamente y se acercó a la camilla flotante antes de responderle a Deveralia.

- No, Deveralia. No veo que haya ningún hospital.

- Pero... tiene que haber uno. ¿Qué clase de campo de refugiados es éste, si ni siquiera tienen un hospital de campaña?

Sdermila, que no había visitado un auténtico hospital en su vida, comprendió que su impresión de que Deveralia y su familia estaban acostumbrados a una vida mucho más cómoda que ella era acertada. Decidió que no tenía sentido seguir suavizándole las cosas a la joven, o después el trauma al comprobar la realidad sería mucho peor. - El cobertizo en el que dormimos la otra noche tenía mejor aspecto.

- Oh, tan malo es...- Deveralia parecía estar a punto de echarse a llorar. Sdermila se mordió el labio inferior. Tenía que decir algo, lo que fuera, para hacerle pensar en otra cosa. A los niños no les haría ningún bien ver llorar a su madre. Otra vez.

- Yo no me preocuparía demasiado, Deveralia. Yo a la niña la veo muy bien. Y además es preciosa.

- Sí, ¿verdad? - Deveralia sonrió por un instante, aunque una lágrima solitaria rodaba ya por su mejilla. - Se ha adelantado tres semanas. Siempre he oído decir que a partir de la treinta y seis, si nacen bien de peso, no tiene por qué haber ningún problema, pero aún así...

- Seguramente ha sido la caminata de varios días lo que ha hecho que te pusieras de parto antes de tiempo. De todas formas tres semanas de adelanto no es mucho, y a mí me ha parecido que la niña de peso está bien. Por lo menos dos kilos y medio, ¿no crees? Y además tiene apetito, no hay mejor señal que ésa.

Deveralia apretó los labios. - Puede que tengas razón. Sí, se la ve bien, pero me quedaría más tranquila si la pudiera ver un médico.

- Quizá haya médico, incluso si no hay hospital. - No había acabado de decirlo cuando se dio cuenta de que no era verdad. Rúster le había dicho que el objetivo de su viaje era llevar al campo de refugiados algunas de las cosas que más necesitaban. Estaba segura de que una de ellas era el propio doctor.

- A lo mejor – respondió Deveralia, más esperando que fuera así que creyéndolo del todo. Viéndola un poco más tranquila, Sdermila prefirió callar ahora, no fuera que se le notara lo que en verdad pensaba. Obedeciendo a un impulso, extendió la mano y acarició con afecto el pelo de la joven. Deveralia le sonrió, aunque sus ojos estaban tristes. Sdermila enseguida entendió por qué. – Ojalá estuviera Sante aquí.

Sante, su marido. Sabe Dios dónde anda ahora. Él, Dimeter, aquel hombre llamado Kalmos, y todos los demás que se fueron con ese Ciric y sus guerrilleros. Sdermila buscó a su vecina Redina con la mirada, encontrándola un par de filas por detrás de ella. En su expresión ausente, así como en la de otras mujeres, descubrió los mismos miedos, las mismas preguntas que

atormentaban sin duda a Deveralia. ¿Dónde está? ¿Estará bien? ¿Cuándo vendrá?

A pesar de que Deveralia apenas lo había susurrado, Figor y Lía volvieron la cabeza hacia ellas al escuchar el nombre de su padre. Ninguno de los dos dijo nada. Habían preguntado muchas veces ya por él, pero su madre parecía no saber qué contestarles. A veces incluso se ponía a llorar cuando le preguntaban, aunque siempre fingía que era por culpa del viento, o de algo que se le había metido en el ojo. Sdermila observó a los dos hermanos y se dio cuenta de que estaban aprendiendo a guardarse para sí sus pensamientos. Sdermila sintió pena por ellos. Las circunstancias les estaban obligando a madurar demasiado aprisa.

- Vamos, amigos – dijo uno de los soldados de la Nueva República, intentando sonar animoso. – Estaremos en el campo antes de que se haga de noche. Allí podrán tomarse una sopa caliente y tendrán un sitio en el que descansar.

La gente apenas reaccionó al anuncio. A casi todos parecía haberles deprimido la contemplación del campamento y su dura realidad. Los murmullos, no obstante, habían cesado casi por completo al imponerse la resignación y el pragmatismo de aquellos que estaban acostumbrados a tener que luchar por todo y a que nada les fuera regalado. A Sdermila se le escapó un tercer suspiro, pero se prometió a sí misma que ése sería el último. Obligándose a sonreír, habló dirigiéndose a Deveralia, pero en un tono lo bastante alto como para que los que estaban alrededor pudieran escucharla.

- Mi marido siempre decía que no hay que ver la botella medio vacía, sino medio llena.

- En este caso podríamos decir que aún queda algo de vino en el fondo – replicó una mujer a la que no conocía -, en lugar de decir que está casi vacía del todo.

- ¿Vino?- preguntó alguien, un anciano de rasgos muy marcados que caminaba apoyándose en un recio bastón, alzando la voz más aún que Sdermila. - ¡Si me dan tan sólo unas gotas afirmaré que ese cochambroso campo es el mismísimo paraíso! - El comentario les hizo reír a todos, incluyendo al soldado que había hablado al principio, y a los niños, que probablemente no habían entendido del todo el chiste pero que se sumaban con gozo a la repentina alegría de los adultos. Una tras otra, las gracias a costa del campo de refugiados y lo que podía ofrecerles se fueron sucediendo, y con las carcajadas los pies de todos parecieron volverse más ligeros.

- Gracias, Sdermila – dijo Deveralia en voz baja, sonriéndole con ternura.

- ¿Gracias? ¿Por qué, mi niña?

- Por todo. Por darme conversación. Por intentar animarnos a mis hijos y a mí todo el tiempo. Por ayudarme anoche en el parto. Por empujar a todo el mundo a reírse y a contemplar nuestra situación con menos amargura.

- Bah, estás exagerando.

- No, es verdad. Escúchame, Sdermila. Me quedé huérfana cuando era una adolescente, ¿sabes? Tenía un hermano mayor, pero se alistó al Imperio con tal de salir de aquí y nunca más he vuelto a verlo. Los padres de Sante tampoco viven ya, así que puede decirse que eres la primera persona mayor que me trata con afecto en mucho tiempo y... Puede que sólo hayan pasado dos o tres días desde que te conozco, pero te quiero ya como a alguien de mi propia familia. – Deveralia se interrumpió sonrojándose. No había pretendido

decir tantas cosas cuando empezó a hablar, pero ahora que estaba dicho no se arrepentía. – Yo sólo... Yo sólo quería que lo supieras.

Conmovida y emocionada en lo más profundo de su ser, Sdermila tomó la mano de la joven entre las suyas y respondió. – Y yo te quiero a ti y a tus hijos. No te preocupes por nada, mi niña, que todo va a salir bien.

- Comprobad que el seguro de vuestras armas no esté puesto - susurró Fenner -, pero no disparéis hasta que yo os dé la orden.

Sante palpó el costado de su bláster, intentando encontrar en la oscuridad el selector del seguro. Le daba miedo tocar ninguno de los mecanismos del rifle sin verlos primero y hacer algo mal. Podría dispararse por accidente y herir a alguien – probablemente a sí mismo -, o como poco revelar su posición antes de tiempo a los paramilitares seibergios a los que se disponían a atacar. Sante maldijo en voz baja, sintiendo como gotas de sudor se deslizaban por su frente a pesar del frío de la noche, muy intenso a una hora escasa del amanecer, a pesar de que en las tierras medias en las que se encontraban no había nevado aún, a diferencia de lo que sucedía más hacia las montañas. Sante entrecerró los ojos con el lateral del bláster a centímetros de su cara, pero por mucho que forzara la vista era imposible distinguir las pequeñas etiquetas impresas encima o debajo de cada uno de los botones, interruptores o palancas repartidos por la maldita cosa.

- El seguro es éste de aquí – dijo en voz baja uno de los guerrilleros veteranos al tiempo que estiraba el brazo por encima de su hombro y movía el selector hacia abajo.

- Gracias.

- ¿Acaso no te hemos enseñado a manejar un arma láser?

- Bueno, sí, pero entonces había luz. Pensé que si no me acordaba de algo siempre podría encontrarlo todo leyendo las etiquetas, pero... – Sante dejó el resto de la frase en el aire, sintiéndose muy estúpido a su pesar.

El partisano no se rió, pero tampoco parecía enfadado ni molesto por la incompetencia del recluta. Sante dedujo que debía estar acostumbrado a este tipo de cosas, que debían pasarle a menudo a gente como él, que jamás habían puesto sus manos sobre un arma.

- Debes practicar continuamente, acostumbrarte a manejar tu arma sin mirarla. Montarla y desmontarla, reemplazar las células de energía, todo. Si no eres capaz de hacer esto, o no lo haces lo suficientemente rápido, tu falta de destreza puede costarte la vida a ti y también a aquellos que dependen de ti. Tus compañeros, tus amigos más íntimos, tu propia familia. Piensa en ello.

- Lo haré. Practicaré más, lo prometo.

- Bien. Ahora mantente en silencio. Estás a punto de disparar contra blancos vivos por primera vez. Veamos qué tal se te da.

Sante tragó saliva, sintiéndose repentinamente enfermo. Esta gente parecía ansiosa, feliz ante la perspectiva de matar. El tal Fenner, el que estaba al mando del grupo, era el peor de todos. Tan joven como era, su mirada de fanático era suficiente para hacer que hombres mucho mayores palidieran y bajaran la vista ante él. Sante se estremeció incómodo al recordar cómo les había instruido acerca del mejor modo de cortar la garganta a un centinela desprevenido. Fenner había sonreído como si ése fuera su mayor placer, y el único objetivo en su vida acabar con tantos seibergios como pudiera. Claro,

que si la mitad de lo que Ciric Baranka había contado sobre él cuando los reclutó era cierto, no se podía culpar del todo al joven por haberse convertido en el asesino sediento de sangre que parecía ser. Sante aún no había conseguido odiar a los seibergios tanto como se suponía que debía hacerlo, a pesar de que por su culpa hubiera tenido que escapar con su familia en mitad de la noche con tan sólo la ropa que llevaban puesta. Su familia, su pobre familia. Dios, cómo los echaba de menos. Pensaba constantemente en su mujer y en sus hijos, aunque intentaba borrar de su memoria el horror de sus caras la noche de la huida, los sollozos de Figor y de Lía, las lágrimas furtivas de Deveralia. Ahora tenían que estar en algún lugar de las montañas que tenía a su espalda, con un poco de suerte descansando ya en un campo de refugiados de la Nueva República. El bebé vendría al mundo en tres semanas más o menos. Le había preguntado a Fenner si le dejarían ir al campo para entonces, y estar presente cuando naciera su hija. Fenner se había reído en su cara y le había respondido que si era capaz de matar hasta el último seibergio en la Región Balania antes de la tercera semana podría ir.

Aquello había sido muy cruel por su parte. Le hacía más fácil odiar a Fenner y al maldito Ejército Balanio de Liberación al que ahora pertenecía antes que a los seibergios. Ah, pero sus jefes estaban trabajando en eso. Ayer les habían llevado a una aldea en ruinas, uno de esos sitios pintorescos que a Deveralia y a él les gustaba visitar de recién casados, antes de que tuvieran a Lía. Recordaba con nostalgia aquellas excursiones, los pueblecitos tranquilos, tan distintos de Nurtina, muy parecidos a ése al que ahora acechaban, y que estaba aparentemente intacto. Pero en el de ayer todas las casas, y hasta la hierba que las rodeaba, habían ardido hasta no ser más que cenizas. El olor de la madera quemada se mezclaba en sus fosas nasales con el de la carne chamuscada en descomposición. Los cadáveres semicalcinados de veintitantas personas, todos hombres, permanecían sin enterrar, apilados en el centro de la aldea a modo de mortal advertencia para cada balanio que aún siguiera con vida y tuviera ocasión de contemplarla. Algunos de sus compañeros no pudieron evitar vomitar todo lo que tenían en el estómago, y el de Sante había probado ser igual de delicado. Muchos juraron allí y entonces vengarse de los seibergios, gritando insultos y amenazas con voces furiosas y las venas del cuello hinchadas por el esfuerzo y por la ira. Sante también había chillado, pero cuando se marcharon de la aldea, no sin antes cavar una fosa común en la que enterraron todos los cuerpos, una extraña sensación se apoderó de él. La de que el espectáculo siniestro que acababan de presenciar había sido preparado precisamente para que ellos lo vieran. No es que pensara ni por un solo instante que el Ejército Balanio de Liberación había matado a esa gente. No, no se trataba de eso. Pero sí que pensó que su grupo no había sido el primero en descubrir la masacre. ¿Y si en lugar de enterrar los cadáveres, aquellos guerrilleros que los encontraron los dejaron allí a propósito? Quizá habían sido ellos, y no los seibergios, quienes habían sacado los cuerpos de entre los restos de sus casas y los habían colocado unos encima de otros para crear una escena mucho más dramática y terrible. Nada sería mejor para hacerles hervir la sangre a los nuevos reclutas, e imbuirles el ardor guerrero que precisarían para enfrentarse al enemigo en su propio terreno y con sus mismas tácticas. Lo cierto era que funcionaba.

A su alrededor, la mayoría de los nuevos guerrilleros parecían casi tan ansiosos como Fenner por empezar a disparar. Acariciaban los gatillos

incesantemente, apretando sus armas con fuerza, impacientes por utilizarlas sobre los odiados seibergios. Todos menos Dimeter, el hombre maduro que se había atrevido a cuestionar a Ciric Baranka en el cobertizo. Aunque apenas podía distinguir sus rasgos en la oscuridad, Sante se dio cuenta de que Dimeter lo estaba mirando. *Somos los últimos cuerdos aquí*, pensó, imaginando que por la mente de Dimeter debían estar pasando las mismas ideas que por la suya. *No queremos matar a nadie. No creemos que ésa pueda ser la solución para nuestra mísera situación actual, ni tampoco la respuesta a las injusticias que ha tenido que soportar nuestra gente durante casi dos milenios. Pero aquí estamos, a pesar de todo. Oh, Deveralia. Podré volver a mirarte a los ojos como solía, cuando vuelva a tu lado con las manos manchadas de sangre? ¿Podré abrazar a Lía y a Figor, y a la pequeñina cuyo nombre aún no hemos decidido? Oh, Señor, nunca he sido un verdadero creyente, pero ahora quiero creer. Ayúdame a no convertirme en un asesino, porque sé que cuando llegue el momento dispararé y mataré como todos los demás. Ayúdame a seguir siendo la misma persona que era, aún en medio de toda esta locura. Pero sobre todo, oh, por favor, permíteme volver junto a mi familia.*

- Fenner, ya he vuelto - susurró alguien a quien Sante no pudo ver. Pensó que debía tratarse del veterano al que Fenner había enviado a explorar hacía una media hora, impresión que fue confirmada por lo que escuchó a continuación.

- ¿Has visto a sus centinelas?- respondió la voz de Fenner. - Desde aquí no puedo verlos, ni siquiera con los electrobinoculares.

- Sí, sólo hay dos. Uno está medio dormido detrás de esa primera casa. Puede que esté borracho. El otro está al otro lado del pueblo. Si quieres puedo dar un rodeo y encargarme de ése.

- De acuerdo. Yo eliminaré al que está de este lado. Vosotros, los reclutas, escuchadme bien. Antes de tomar este pueblo para utilizarlo como cuartel, esos seibergios que están ahí abajo expulsaron de sus casas a la gente que vivía en ellas, nuestra gente. A los que se resistieron los mataron en el acto. Muchos ya sabéis de lo que os estoy hablando por vuestras recientes experiencias - Sante vio que algunos asentían en silencio. - Bien, ahora vais a tener la ocasión de vengaros. Vamos a matarlos a todos. Esta noche no queremos prisioneros, así que no dudéis. Aunque alguno intente rendirse, disparadle de todas formas. ¿Está todo claro? - Fenner alzó la mano para indicarles que no respondiesen en voz alta. Sante asintió como todos lo demás, incluido Dimeter. - Muy bien. Viallic, danos a Vasha y a mí dos minutos y luego síguenos con el resto del grupo.

- Comprendido - respondió el guerrillero que había ayudado a Sante con el bláster.

Sin más palabras, Fenner y el llamado Vasha se perdieron ladera abajo, utilizando las rocas y arbustos que salpicaban la colina para ocultar su avance a los ojos de los centinelas apostados por los paramilitares, en el caso de que a alguno de ellos se le ocurriera mirar en esa dirección y contara con mejor equipo de visión nocturna que ellos. Sante y los demás aguardaron en tenso silencio hasta que Viallic les ordenó que se pusieran en movimiento.

Aún estaban a mitad del descenso cuando los deslumbró la luz de varios reflectores de gran potencia, que se encendieron al unísono en el lado opuesto de la aldea.

- ¡Parad, parad ahí, maldita sea! - susurró Viallic. - Deben haber descubierto a Fenner y a Vasha. No se han oído disparos. Si todavía están con vida aún podríamos rescatarlos, siempre que no nos...

- ¡Atrás, atrás!- se escuchó la voz de Fenner, viniendo desde más abajo.

- ¿Qué ha pasado?

En ese momento el joven líder guerrillero llegó hasta su altura y pudieron verle la cara. - Es una trampa. El guardia era un monigote. Ha sido tocarlo y encenderse todas esas luces de mierda. ¡Vamos, todos vosotros, corred y no olvidéis agachar la cabeza!

- ¿Qué hay de Vasha?-

Antes de que Fenner pudiera responder, escucharon un sonido terrible, casi ensordecedor en comparación con el silencio que había reinado hasta un instante antes. Mientras ascendían a toda prisa, los compañeros de Sante no cesaban de mirar hacia las luces por encima del hombro, preguntándose qué era aquello, pero Sante lo sabía. Los había visto y los había escuchado más de una vez, vigilando el espaciopuerto de Nurtina cuando todavía era el Imperio quien se encargaba de la seguridad allí.

- ¡Caminantes!- gritó en lugar de susurrar como habían hecho todos hasta ahora. Era tanto el ruido que hacían las articulaciones y los motores de las máquinas que le hubiera tapado de no hacerlo así. Varias caras se volvieron hacia él, todavía sin comprender. Sólo Fenner y Viallic parecían saber de lo que les hablaba Sante, pero no tuvieron tiempo ni para instruir a los demás ni para planear una retirada metódica ni para ninguna otra cosa. Las luces los enfocaron y de pronto el infierno cayó sobre ellos. Sante soltó el bláster y se tiró al suelo cubriéndose la cabeza con los brazos.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, encogido sobre sí mismo y temblando de puro miedo. En un momento dado el silbido machacón de los turboláseres se fue apagando y volvió momentáneamente el silencio, tan sólo para ser roto de nuevo por el ruido que hacían los caminantes al ponerse en movimiento, entre un coro de órdenes gritadas en seibergio. Sante quiso levantarse y correr, lo deseó con todas sus fuerzas, pero su cuerpo estaba paralizado por el pánico que sentía. Eso fue lo que le salvó. Otros que también habían sobrevivido al bombardeo e intentaron escapar en ese instante fueron abatidos sin contemplaciones. Al cabo de un minuto, o quizá de un cuarto de hora, una voz filtrada artificialmente sonó a su espalda, sacándole de su estupor.

- Tú, levántate con las manos por encima de la cabeza, bien arriba. Si intentas cualquier cosa te mato.

Sante hizo lo que se le ordenaba aunque las piernas apenas le sostenían, y una vez en pie se dio la vuelta muy despacio a indicación de la misma voz. La luz le dio de golpe en la cara haciéndole parpadear y que se le saltaran las lágrimas. Cuando consiguió volver a enfocar la vista comprobó que todo un pelotón de soldados de asalto les rodeaba a Dimeter y a él, al parecer los dos únicos supervivientes del grupo guerrillero. Los cuerpos de los demás estaban esparcidos por toda la ladera, caídos en posturas inverosímiles. Despedazados, mutilados, quemados, la mayoría de los cadáveres ni siquiera eran reconocibles. Otros sí. A cinco o seis metros de donde se encontraba Sante, Viallic parecía mirarle desde el suelo, con una expresión que era mezcla de dolor y de rabia congelada en su rostro inerte. Apenas había nada de él del

pecho hacia abajo. Sólo una enorme mancha oscura y algunos restos de vísceras.

Sante luchó por contener las náuseas y no vomitar sobre los pies del soldado que le apuntaba.

Ibero vio aparecer una señal azul sobre su pantalla sensora frontal, entre los puntos verdes que marcaban la posición de las naves de la Nueva República y los de color violeta asignado a los corelianos. Una nave civil acababa de entrar en el espacio normal a menos de mil kilómetros de su posición. Esperó a que el ordenador de vuelo de su ala-X analizara las lecturas de los sensores y le proporcionara una posible identificación del tipo de nave. El piloto asintió cuando sobre la pantalla de datos se le presentó el esquema de un carguero ligero modelo YT-2100. Los dos pilotos sulustanos que habían traído de vuelta los ala-X de Raiven y Solo habían llegado hacía casi un día entero, trayendo consigo - sin saber lo que era - una tarjeta de datos encriptada con la nueva identificación del transporte, la ruta que seguirían en su viaje a Seibergia y su tiempo estimado de llegada. A bordo del *Guarida del Lobo*, además de la capitán de navío Gen'yaa y el teniente de navío Dey'jaa, sólo Víbora e Ibero estaban al corriente de la misión encubierta que los dos pilotos estaban llevando a cabo. Algunos de los otros habían preguntado a dónde habían ido Raiven y Solo. Drake había sido especialmente insistente, pero tanto Víbora como Ibero se habían limitado a responder con el proverbial "no necesitas saberlo". No era fácil guardar secretos en su reducido grupo, pero Ibero entendía perfectamente que en este caso fuera absolutamente necesario. La más pequeña filtración podría terminar llegando a oídos de los corelianos - ¿cómo estar seguros de que no tenían agentes en la flota, o a bordo incluso del *Guarida del Lobo*? -, y si llegaban a sospechar siquiera del intento de penetración no había duda de que pondrían todos los medios necesarios para que Raiven y Solo no pudieran ni acercarse a Seibergia. Ibero se había asegurado de que fuera precisamente Spuk quien le acompañara de patrulla, ya que era el único miembro del escuadrón que no estaba allí cuando recuperaron el *Al'yin'ia*. Cualquier otro podría llegar a reconocer el carguero y relacionar su repentina aparición en escena con la desaparición de sus dos compañeros. Ibero se había planteado la posibilidad de llevarse a uno de los sulustanos, pero no podía descartarse que hubieran visto al *Al'yin'ia* en Sullust. Alguien podría hacer un comentario, comenzaría un rumor, e incluso si no había espías lo que sí había eran periodistas, al menos media docena repartidos entre las distintas naves de la Nueva República - ninguno en el *Guarida del Lobo*, gracias a la Fuerza, pues aún no se había hecho público de qué nave nodriza partieron los cazas involucrados en el desgraciado accidente de hacía una semana -. Había demasiado en juego como para permitirse correr ningún riesgo. En consecuencia, Víbora e Ibero habían acordado que ningún piloto del escuadrón que no fuera Spuk o uno de ellos dos debía estar en la zona cuando el *Al'yin'ia*, mejor dicho, el *Mercader Nómada*, asomara el morro en el sistema.

- Sancho - le dijo Ibero a su unidad R2 -, envía un código de interrogación a ese YT-2100 que se aproxima. Veamos quiénes dice su transpondedor que son. El androide emitió una respuesta afirmativa y llevó a cabo la orden. La respuesta apareció casi de inmediato sobre la pantalla. La

nave se identificaba a sí misma como el *Mercader Nómada*, con licencia de Corellia. *Son ellos.*

- Dos-Cuatro, sígueme.

- A la orden – contestó Spuk. Al mirar a su derecha Ibero vio al otro ala-X maniobrando al unísono con el suyo. Dos kilómetros más allá, sus sombras corelianas, también dos ala-X, siguieron tras ellos como era de esperar. Ibero los ignoró, más que acostumbrado a esas alturas a su constante presencia. Llevaba siendo así desde las horas inmediatamente posteriores a la batalla. A la llegada del *Libertador* le había seguido poco después la del *Misionero*, otro de esos impresionantes cruceros clase Nova de los corelianos, que vino acompañado de un escuadrón completo de cañoneras. Por parte de la Nueva República llegaron después el destructor estelar *Borrasca* y el crucero moncalamari *Rescatador*, ambos con sus hangares repletos de cazas, lo que vino a equilibrar las fuerzas presentes por parte de ambos bandos. Aparte de estos navíos, naves de transporte y cazas aislados de refresco llegaban continuamente para reaprovisionar o reforzar a ambas flotas, consiguiendo entre todos que la situación actual fuera literalmente explosiva. Cualquier movimiento de una nave tenía una respuesta inmediata en la flota contraria, y aunque no se habían registrado nuevos incidentes, no faltaban oportunidades para que se produjera uno en cualquier momento.

Las operaciones de la Nueva República dentro del espacio aéreo seibergio se habían interrumpido de forma indefinida, tal y como habían exigido los corelianos antes de sentarse a negociar, pero por otro lado a ninguno de los transportes que formaban parte del convoy original se le había permitido continuar viaje hacia Seibergia mientras no aceptasen ser inspeccionados - a lo cual, por supuesto, se seguían negando los corelianos -. En ese punto la Nueva República se mostraba inflexible, y ahora que las fuerzas estaban prácticamente igualadas los corelianos habían optado por la prudencia y mantenían a sus naves de carga en sus posiciones estacionarias, conscientes de que sus aliados seibergios seguían recibiendo los recursos que precisaban, aunque fuera en menores cantidades. El bloqueo parcial sobre Seibergia se mantenía aún, pero su efectividad era ahora más que dudosa y ambas partes lo sabían. Al menos la mitad de los intentos de inspección de las naves civiles que se dirigían a Seibergia terminaban siendo abortados por los cazas corelianos o por sus cañoneras, especialmente si la nave a interceptar procedía de alguno de los mundos corelianos. Obviamente, éstas eran precisamente las más sospechosas de estar pasando armas y suministros militares de contrabando a los seibergios, por lo que los pilotos de la Nueva República estaban obligados a hacer todo lo posible por acercarse a ellas y barrerlas con sus escáners, pese a la oposición de sus "sombras". En momentos así era cuando el nivel de tensión alcanzaba sus cotas más altas, llegando hasta límites insospechados cuando la inspección resultaba positiva y había que cortarle el paso a la nave infractora. Hasta el momento, nadie había cedido todavía al impulso de apretar el gatillo, pero eso podía cambiar en cualquier instante con o sin negociaciones. Era difícil no preguntarse si el riesgo merecía la pena. Por cada nave detenida sin duda se estaba colando otra.

Aquí estamos, pensó Ibero, todos dando vueltas por el sistema hasta que alguien se ponga más nervioso de la cuenta y abra fuego, o hasta que las negociaciones salgan del punto muerto en el que se encuentran ahora. A él desde luego le parecía mucho más probable que pasara antes lo primero que

lo segundo. Para llegar a esa conclusión le bastaba con escuchar las conversaciones entre los pilotos de su propio escuadrón. Al principio era sólo Granito, pero cada vez eran más los que se preguntaban en voz alta a qué estaban esperando. Desde que el *Borrasca* y el *Rescatador* se habían unido al grupo de combate de la Nueva República en Seibergia, la mayor parte del personal coincidía en pensar que estaban en condiciones de darle una paliza a los corelianos y devolverles con creces los daños sufridos en el primer embate. Lo de Granito era una causa perdida - tanto era así que no le dejaban salir a patrullar a no ser que fuera acompañado de Parody, cuyo carácter era mucho más templado, o del propio Groznik -, pero Ibero sospechaba que el caldaniense no era el único al que en un momento dado podría pasársele por la cabeza aprovechar cualquier excusa para romper la tregua por su cuenta. Había llegado a hablar con algunos de los pilotos aparentemente más descontentos, intentando hacer que se pararan a pensar y que comprendieran las consecuencias que tendría el que los mundos corelianos le declararan la guerra a la Nueva República, pero la respuesta había sido fría, casi hostil en ocasiones.

Lo peor de todo era que no estaba teniendo demasiada ayuda por parte de Víbora. A menudo lo encontraba distante y perdido en sus pensamientos, irritable a veces, y su tendencia a gritar las órdenes iba en aumento. Ibero no pensaba que Víbora estuviera de acuerdo con los más beligerantes entre sus compañeros, pero a veces llegaba a dudar. *Que la Fuerza nos ayude si llegamos a perder la esperanza en las posibilidades de alcanzar una solución pacífica.* Ibero frunció los labios. *Y yo que estaba contento de que nos enviaran aquí. Qué idiota fui al pensar que esto sería casi como unas vacaciones comparado con la guerra contra el Imperio.* Casi de forma inconsciente, rezó para que Solo y Raiven encontraran algo de lo que habían ido a buscar.

- Atención, *Mercante Nómada* - transmitió - Aquí Cabeza de Lobo Tres, de la Nueva República. Prepárense para ser inspeccionados. Reduzcan la velocidad y no hagan maniobras bruscas.

Su mayor inquietud ahora era que Spuk pudiera identificar las voces de Solo o de Raiven - ignoraba cuál de los dos iba a contestar -, a pesar de conocerles desde hacía muy poco tiempo. Ibero se estaba preguntando si los dos pilotos habrían tenido la precaución de acoplar un filtro a su unidad de comunicaciones, pero al escuchar la transmisión procedente del *Mercader Nómada* se dio cuenta de que se había preocupado en vano. Solo estaba exagerando tanto su acento coreliano que él mismo apenas lo reconocía.

- Aquí el *Mercader Nómada*, una nave coreliana, fabricada en Corellia y pilotada por un auténtico coreliano. ¿No hay nadie por aquí que nos pueda quitar de encima a estos petardos de la Nueva República?

- *Mercader Nómada* - resonó otra voz por la misma frecuencia. - Les habla el capitán Vian del Cuerpo de Cazas Estelares de la Armada de Corellia. Continúe su camino, nos aseguraremos de que los rebeldes no les molesten.

¿Rebeldes? pensó Ibero. *Perfecto. He aquí el típico representante de la facción pro-imperial coreliana. Justo lo que necesitábamos.* - Capitán Vian, aquí Cabeza de Lobo Tres. No queremos molestar a nadie, tan sólo comprobar que no están transportando armas.

- No es asunto tuyo, rebelde. No os acerquéis a ese carguero si queréis evitaros problemas.

Ibero casi sonrió. Sin saberlo, los pilotos corelianos estaban siguiendo el guión no escrito prácticamente palabra por palabra. - Tengo que obedecer mis órdenes, capitán. Yo me aseguro de que no llevan armas y si no es así me dará igual si van cargados con toda la especia brillestim de Kessel.

Después de eso se produjo un silencio. Era muy probable que un oficial pro-imperial odiara casi tanto a los contrabandistas de especia como a la gente de la Nueva República, a los que un año después de Endor insistía en llamar rebeldes.

- Si llevan especia - dijo el tal Vian finalmente - la prisión de Kessel será precisamente su próximo destino. Nosotros los inspeccionaremos, vosotros mantenéos alejados.

- Lo que usted diga, capitán. Avísenos si detectan ustedes armas o explosivos, ¿de acuerdo? En ese caso aceptaremos gustosos su ayuda para mandarlos de vuelta por donde han venido.

El piloto coreliano respondió con una única palabra, que por supuesto era un insulto. Ahora sí, Ibero sonrió de oreja a oreja. *Eso tú, tu padre y tu abuelo*, pensó divertido.

- No transportamos especia, capitán – dijo la voz de Solo. – Somos comerciantes honrados, de esos que ya no abundan.

- Me alegro de saberlo, pero vamos a inspeccionarles de todas formas – respondió Vian cortante. Ibero observó como los dos ala-X corelianos se aproximaban al YT-2100 y le daban una pasada a corta distancia. Las lecturas de sus sensores debieron dejarles satisfechos, puesto que Vian permitió al carguero proseguir su viaje sin hacer más preguntas.

- Puede continuar, *Mercader Nómada*.

- ¿Así que no hay armas?- insistió Ibero. – No les importará entonces que los inspeccionemos nosotros ahora, ¿verdad?

- Lo he dicho ya una vez y no lo voy a repetir. No se acerquen más a esa nave o dejaremos de mostrarnos amistosos.

¿Os estáis mostrando amistosos? Cómo me alegro de saberlo. – Bien, de acuerdo, no vamos a iniciar otra batalla por un exceso de celo. Aceptaremos su palabra de que no son armas lo que transportan y lo dejaremos correr.

- Haced lo que os parezca, rebeldes, pero no os acerquéis ni un metro más – *No iba a repetirlo y van ya tres veces. Ja.*

- Muchísimas gracias, capitán - se escuchó la voz alegre de Solo. - Da gusto ver que todavía quedan corelianos como los de antes. *Mercante Nómada* fuera.

Buena suerte, les deseó Ibero con el pensamiento, sintiéndose animado por este pequeño éxito. Viró alejándose del YT-2100 seguido por Spuk y, algunos segundos después, también por los dos corelianos.

- Perdona, Tres - dijo Spuk un poco más tarde - ¿Estabas provocando a propósito a los corelianos o ha sido sólo impresión mía?

Un tipo listo este Spuk. - ¿Provocarles? No, por supuesto que no. ¿Qué ganaríamos con eso? - *Tan sólo empujarles un poquito para que asegurarnos de que dejaban pasar a nuestros amigos, pero no puedo contarte eso.* - Basta de charla, ¿eh? Todavía nos quedan dos horas de patrulla y un montón de espacio por cubrir.

- Afirmativo.

Ibero sonrió. Casi había podido escuchar como Spuk se encogía de hombros dentro de la cabina.

- Control de Vuelo de Nurtina, aquí el carguero coreliano *Mercader Nómada* solicitando permiso para aterrizar.

- *Mercader Nómada*, aquí Control de Vuelo de Nurtina. Transmita su identificación y su manifiesto de carga.

No ha dicho "por favor", pensó Solo. El acento de ese tipo era claramente seibergio, como era de suponer, pero su tono era seco, cargado de sospecha. Había esperado que su propio y excesivo acento coreliano le hubiera granjeado las simpatías inmediatas de los controladores y quizá poder saltarse una parte del protocolo, pero al parecer el truco no iba a funcionar. - Transmitiendo ahora, Nurtina - Solo le lanzó una mirada a Raiven, sentado detrás de él en el puesto de copiloto. Su compañero se limitó a hacer una mueca de resignación. No les quedaba más remedio que tener paciencia y esperar a que les respondieran desde el espaciopuerto de Nurtina.

Sin darse demasiada cuenta de lo que hacía, Solo se puso a dar golpecitos con los dedos sobre el panel de control. Había sido duro reconocer la voz de Ibero y no poder preguntarle si había alguna noticia sobre los compañeros que estaban desaparecidos cuando Raiven y él se marcharon con destino a Sullust. Quizá se había podido rescatar a Llamarada y a los demás. A lo mejor los corelianos habían facilitado ya una lista de prisioneros, y quizá estuvieran en ella todos los pilotos del escuadrón derribados durante la batalla. O también podría haber sucedido que se hubieran recuperado algunos cadáveres, bien en el espacio, bien en la superficie de Seibergia. Solo sintió un escalofrío a causa de ese último pensamiento e hizo todo lo posible por apartarlo de su mente. Al menos la tregua seguía en pie, y eso era ya algo.

Habían seguido un camino indirecto para volver al sistema Seibergia, cuyos dos últimos saltos quedaban dentro de la principal ruta comercial procedente del sector coreliano, y se aseguraron de que su paso quedaba registrado en las boyas de navegación situadas en ambos puntos. En el caso de que alguien se tomara la molestia de comprobarlo parecería que realmente habían partido desde Corellia, a no ser que llegaran hasta el extremo de verificar también los registros de salida de los numerosos espaciopuertos y estaciones espaciales que existían en el sistema coreliano, lo cual no parecía probable. El rodeo les había costado tardar más del doble que en el viaje de ida con sus ala-X, por lo que en total llevaban fuera algo más de dos días, día y medio desde que dejaron Sullust. Durante todo ese tiempo habían temido no encontrar a su vuelta más que los restos dispersos de una nueva y más mortífera batalla. Su alivio al comprobar que no había pasado nada de momento era sólo relativo. Los dos pilotos observaron con preocupación cómo se habían reforzado las dos flotas en sólo dos días. Mientras aún se estaba negociando, o intentando negociar, una salida a la crisis, ambas partes se estaban preparando para una guerra abierta en el sistema Seibergia. Dada la cantidad de naves capitales presentes en la zona, si volvían a romperse las hostilidades la anterior batalla parecería en comparación una simple escaramuza, un mero ensayo antes de que se representara el verdadero drama.

- Más vale que tengamos éxito en esto - comentó Raiven haciéndose eco de sus pensamientos. Solo simplemente asintió. ¿Qué podía decir él? Si alguna vez en la vida había deseado algo con todo su corazón era ahora, y lo

que deseaba era poder parar esa guerra aún sin declarar. Esta misión había significado una liberación para él, y no sólo porque le hacía sentirse menos impotente respecto a lo que pudiera ocurrir. Desde que la implicación de Corellia en el conflicto balanio-seibergio empezó a ser algo más que probable, había notado que a bordo del *Guarida del Lobo* todo el mundo, incluidos sus propios compañeros, empezaba a mirarle de un modo diferente. No exactamente con sospecha, o no todos al menos, pero sí con una especie de curiosidad. A menudo sorprendía a alguien mirándole aún de reojo después de cruzarse por un pasillo. A veces apretaban los labios, o arqueaban una ceja, o se encogían de hombros, como si quisieran expresarle su solidaridad, se apiadaban de él, o se preguntaran cómo debía sentirse alguien en su situación. O cómo reaccionaría si la posibilidad de tener que luchar contra otros corelianos se convirtiera en certeza. En el *Guarida del Lobo* había otros compatriotas aparte de él. Al toparse entre ellos se intercambiaban miradas de reconocimiento, de preocupación compartida, pero nada más. Jamás se detenían a hablar. Parecía como si al admitir que estaban preocupados y comentarlo en voz alta fueran a sugerir de algún modo que no estaban seguros de ser capaces de cumplir con su deber cuando el enemigo a combatir fuera su propia gente. Solo se preguntó si no sería que en el fondo tenían miedo de parecer sospechosos a los ojos de otros tripulantes. Dos corelianos hablando entre ellos en un rincón no significaba nada en condiciones normales, nada más que paisanos comentando las últimas noticias sobre casa, o los resultados de las ligas deportivas. Con una guerra contra Corellia en el horizonte cercano, ¿podrían acaso dar la impresión de estar conspirando?

La situación empeoró mucho, muchísimo, en las pocas horas que permaneció en el portanaves después de la batalla. El hecho de que Araña no confiara del todo en él en los momentos previos a que se desatara la tormenta le había resultado obvio, y lo cierto era que le había molestado profundamente. Por supuesto que él hubiera hecho las cosas de forma diferente de haberse encontrado al mando de la patrulla, pero eso no significaba que se hubiera abstenido de disparar llegado el momento. ¿Acaso no había prestado juramento de fidelidad a la Nueva República, como todos los demás? Que Solo supiera, ese juramento no incluía una cláusula que lo invalidara automáticamente en caso de confrontación contra su planeta natal. Pero, ¿podía culpar realmente a Araña y a los demás por dudar? *Sí, maldita sea, claro que puedo*, pensó con amargura. Había probado su lealtad cientos de veces, y lo había hecho una vez más al derribar a dos de sus compatriotas durante la batalla. Araña había ido a parar a la enfermería víctima de una crisis de agotamiento. Quizá eso le había hecho excederse en su reacción. Tendría que concederle al menos el beneficio de la duda, pues hasta ahora siempre se habían llevado bien. Pero no se trataba sólo de Araña. La tripulación entera del *Guarida* le miraba ahora, conscientemente o no, con la sospecha que antes no había existido, o al menos no tan claramente. Si no le hubieran enviado lejos del portanaves, tarde o temprano habría acabado peleándose a puñetazos con alguien cuando no hubiese podido aguantar más el que le mirasen de esa forma.

Raiven, por otra parte, parecía inmune al sentimiento anticoreliano que con tanta rapidez se había propagado por las cubiertas y los pasillos del *Guarida del Lobo*. Pero claro, él había sido un imperial, y estaba más que acostumbrado a que algunos lo mirasen con desconfianza. Raiven, Víbora, y

todos aquellos que portaban el estigma de haber estado alguna vez en el bando equivocado. Llevarían esa carga encima mientras existiera el Imperio, sin que importara el valor que habían demostrado al romper con su pasado y luchar lado a lado con los que antes habían sido sus enemigos. No, ni Raiven ni Víbora prejuzgarían a nadie a causa de su origen o de sus circunstancias. Habían aprendido bien esa lección al sufrir en su propia piel lo que significaba ser el blanco de la sospecha injustificada, y ahora actuaban en consecuencia. Eso le hacía sentirse más cerca de ellos que nunca. *Quién sabe, quizá yo también termine aprendiendo algo de todo esto.*

- Mercader Nómada, aquí Control de Vuelo de Nurtina

- Les copio, Nurtina - se apresuró Solo a responder, poniendo a un lado sus preocupaciones y concentrándose de nuevo en lo que tenía entre manos.

- Tenemos una pregunta para ustedes. Su manifiesto de carga dice que transportan cajas de Whyren Reserva. ¿Es eso cierto?

- Por supuesto que sí. El mejor whisky elaborado en Corellia con doce años de antigüedad.

- ¿Y por qué traen Whyren Reserva a Nurtina, entre todos los lugares posibles, y precisamente ahora?

Solo se había esperado esta pregunta y se encontraba preparado para contestar. - ¿Por qué? Porque me han dicho que ahora en Nurtina hay más buenos seibergios que nunca, y que yo sepa a casi todos les gusta el whisky. - Solo sabía que no estaba inventando nada. Para nadie era un secreto que las fuerzas armadas seibergias estaban ocupando Nurtina, con el pretexto de actuar como refuerzo para la policía local, supuestamente desbordada e incapaz de contener los disturbios causados por la población balania mayoritaria en la ciudad. El controlador no se rió con el comentario de Solo, pero su tono de voz sonó considerablemente más relajado cuando volvió a hablar.

- De acuerdo, *Mercader Nómada*. Tienen permiso para aterrizar en el área C, hangar Dos. Procuren no salirse del vector de entrada que les estamos transmitiendo en estos momentos o se arriesgan a ser derribados por las defensas terrestres.

- Comprendido, Control de Vuelo, gracias por el aviso. Acabamos de recibir el vector.

- Bien. Prepárense para una inspección tan pronto como estén en el suelo. Obedezcan las órdenes de los inspectores y no tendrán ningún problema.

- Muy bien, gracias de nuevo. *Mercader Nómada* fuera.

- ¿Qué piensas?- preguntó Raiven.

- Que de momento vamos bien. Abre una de las cajas, anda. Me da en la nariz que esos inspectores van a ser soldados seibergios. Seguro que se muestran mucho más amables con nosotros si ven que van a poder volverse al cuartel con un par de esas botellas metidas bajo la guerrera.

- Bien pensado. Por cierto, ¿lo del whisky fue idea de Dey'jaa o de Gen'yaa?

- De ninguno. Eso fue mi contribución al plan, además de proponerte a ti como acompañante.

- Ah, muchas gracias. Quizá podríamos guardarnos un par de botellas también nosotros. Ya sabes, para cuando termine todo esto.

Solo sonrió. - ¿Ves como tú también tienes buenas ideas cuando quieres?

Raiven se levantó y salió de la cabina, dejando a Solo momentáneamente a solas. Mientras iniciaba la maniobra de descenso hacia el planeta no pudo evitar experimentar una fuerte sensación de *dejà-vu*. Aquí estaba, regresando a Nurtina a bordo de un transporte coreliano con un cargamento de licor, como si los dos últimos años jamás hubieran existido. Como si el tiempo que había pasado pilotando cazas estelares para la Alianza Rebelde primero, y para la Nueva República después, no fuera sino un sueño que hubiera tenido mientras echaba una cabezada en la cabina de su viejo YT-2000 - tan parecido a esta nave - durante una transacción particularmente larga por el hiperespacio. Sólo había estado un par de veces aquí durante sus días como piloto de carga independiente, pero recordaba bien el lugar. Por aquel entonces la presencia del Imperio era aún muy poderosa en todo el cúmulo Viayak, pero sobre todo en Seibergia. La última vez que, como ahora, se había aproximado a este planeta, fue interceptado por dos cazas TIE que inspeccionaron su cargamento con sus sensores antes de que desde tierra le dieran un vector de entrada. Después lo escoltaron en su vuelo atmosférico hasta muy cerca del espaciopuerto, cuando estaba ya a tiro de las baterías automáticas instaladas en el mismo y de los AT-ST que transitaban por el pasillo exterior, junto a la verja. Todas las naves que se dirigían a Nurtina recibían el mismo tratamiento, aunque en aquellos días no era inusual para el pequeño espaciopuerto civil recibir la visita de transportes ligeros como el suyo. La mayoría estaban pilotados por corelianos que no querían o no se atrevían a iniciar una más fructífera carrera como contrabandistas, por ejemplo, y se contentaban con vivir haciendo honrados pero mucho más seguros portes de mercancías legales. Los grandes cruceros de carga ignoraban completamente la Región Balania cuando pasaban por Seibergia, así que el modesto comercio exterior y el transporte de pasajeros hacia o desde el espaciopuerto de Nurtina estaba casi por completo en manos de gente como él.

En su segundo viaje se había dado una vuelta él solo por las anodinas pero animadas calles de la ciudad de Nurtina, buscando un lugar en el que poder regalarse con una comida mejor que los insípidos platos combinados que servían en la cantina del espaciopuerto. Terminó comiéndose algo llamado kalashiri que aparecía repetido en todos los menús, cocinado en un centenar de formas diferentes. La que eligió no le gustó demasiado, pero en cambio disfrutó con la compañía de los parroquianos del pequeño mesón en el que había entrado. Los banianos le parecieron amables y hospitalarios. Se mostraban encantados de darle conversación a un extraño como él, lo cual no podía decirse de los habitantes de la mayor parte de los lugares que había visitado. Solo había visto imágenes recientes de Nurtina en las noticias de la Holored, pero apenas la reconoció. Se había convertido en una ciudad fantasma de calles desiertas y tiendas vacías, a pesar de los esfuerzos de los seibergios por aparentar que todo era normal. A él no se lo pareció.

Ahora no había cazas TIE merodeando alrededor, pero como le revelaron los sensores militares ocultos del *Mercader Nómada*, las baterías de misiles de impacto basadas en tierra seguían funcionando perfectamente. De hecho sus sistemas de seguimiento tenían localizado al YT-2100 prácticamente desde que habían entrado en la estratosfera. El controlador no había mentido.

Star Wars: Daños Colaterales

- Bien - dijo Raiven volviendo a su asiento. - Todo está preparado para las visitas. ¿Tienes alguna idea de por dónde empezar?

- Sí, en el propio espaciopuerto. Haremos correr la noticia de que tenemos a la venta un buen número de botellas de Whyren Reserva, a buen precio. Eso nos dará oportunidades de sobra para hablar con gente que podría saber algo. Mecánicos, jefes de hangar, mozos de carga, pilotos en paro, en fin, toda la fauna que puede encontrarse en un espaciopuerto de tercera como éste. Además, tengo por cierto que a los seibergios les gusta el sabacc casi tanto como a los corelianos.

- Tenía que haberlo visto venir - gruñó Raiven.

- Eh, no hay nada malo en jugar unas cuantas manos - protestó Solo, incapaz de contener la involuntaria sonrisa que iluminó repentinamente su rostro. Resultaba curioso lo mucho que le animaba la perspectiva de jugar unas cuantas partidas de sabacc. *Los viejos hábitos nunca mueren.* - No, en serio. La gente habla un montón, sin pensar siquiera en lo que están diciendo, cuando tienen su atención puesta en las cartas. Ni te lo imaginas.

- Vale, te creo, pero procura que a ti no te pase lo mismo, ¿eh? Muy bien, vendemos whisky y jugamos al sabacc. Tremendo plan, veremos a dónde nos conduce.

- Están aterrizando, señora.

- Bien. Ahora sólo nos queda esperar - Talina Gen'yaa miró hacia el exterior a través del panel visor frontal del puente del *Guarida del Lobo*. El masivo casco del crucero moncalamari *Rescatador* ocultaba la mayor parte del espacio más allá, mientras se alejaba lentamente del portanaves. El capitán de fragata Wumb dirigía la maniobra de desacoplamiento una vez que todos los suministros, piezas y componentes que les había traído el *Rescatador* estaban ya a bordo. Los paneles semiorgánicos de Mon Calamari les permitirían parchear adecuadamente los daños en el casco y sellar definitivamente todas las grietas. Una vez que estuvieran convenientemente implantados, poco a poco se irían fundiendo por sí solos con las secciones originales y no se necesitaría ninguna reparación adicional. Todas las naves de Mon Calamari se recubrían utilizando el mismo tipo de paneles, tanto para el casco en sí como para los mamparos del interior. Esos paneles se cultivaban y se les daba forma en el lecho marino, y más adelante se combinaban indistintamente sobre estructuras de edificios o sobre las cuadernas de naves en construcción. A no ser que su estructura molecular resultara destruida o alterada, conservaban durante años la capacidad de autorrepararse, cubriendo los pequeños deterioros causados por el uso o la erosión. Cuando los daños eran tan serios como los sostenidos por el *Guarida del Lobo*, se colocaban paneles nuevos sobre las áreas destruidas. El *Rescatador* les había hecho llegar también los componentes solicitados por la jefe ingeniero para poder rectificar los generadores de escudo, forzados más allá de sus posibilidades durante la batalla, y recuperar su plena operatividad. Dos de las baterías láser perdidas habían sido reemplazadas por otras equivalentes proporcionadas por el *Borrasca*, y el acceso de babor del hangar principal estaba a punto de ser reabierto. Lamentablemente eso era todo lo que podía repararse sin entrar en un dique seco. Ni el cañón de iones destrozado por los misiles de los ala-X corelianos, ni el motor que los disparos del *Primer Ciudadano* habían poco

menos que fundido, podían ser sustituidos en espacio abierto, ni siquiera en el caso de que dispusiesen de las piezas y materiales necesarios. La capacidad ofensiva del portanaves era prácticamente inexistente, por lo que se verían limitados a defenderse - y eso sólo con la ayuda de los cazas - si volvían a verse en situación de combate.

Invierno había llamado hacía tres horas. El equipo de rescate enviado por los corelianos había regresado con las manos vacías. Habían encontrado los restos de la *Compasión* en las coordenadas proporcionadas por los pilotos del escuadrón Cabeza de Lobo, pero no habían encontrado rastro de sus ocupantes, ni vivos ni muertos. Al menos eso era lo que decían los corelianos, y el tono de Invierno insinuaba que ella tenía sus dudas acerca de su sinceridad. Habían tardado demasiado en informar de los resultados de su búsqueda, teniendo en cuenta que sabían perfectamente dónde encontrar la lanzadera derribada. Aunque Invierno no lo había dicho, por el tiempo que los corelianos habían permanecido sobre la superficie del planeta - monitorizado por varias naves de la Nueva República -, era fácil suponer que habían llevado a cabo una concienzuda búsqueda en los alrededores. ¿Habrían encontrado supervivientes a los que retenían ahora en custodia, como al resto de prisioneros capturados tras la batalla? Gen'yaa frunció el ceño, preocupada por esa posibilidad. Si de algún modo habían descubierto que tenían en sus manos a los autores materiales de la muerte de los refugiados balanios - sin olvidar al piloto presuntamente coreliano -, las consecuencias serían inimaginables. Les bastaría con ponerlos al alcance de los numerosos corresponsales de guerra que, enviados por varios sistemas - y no sólo desde Corellia -, aguardaban a bordo del *Primer Ciudadano* para informar sobre las negociaciones tan pronto como se produjera algún avance o retroceso en las mismas. Éstos son los rostros de los asesinos, dirían los titulares y recitarían los locutores, y a continuación se mostraría la imagen de Gregory y de Schroeder, vistiendo por supuesto uniformes de la Nueva República.

- Capitán Gen'yaa, por favor - dijo el androide de comunicaciones acercándose. - ¿Puedo hablar un momento con usted?

Gen'yaa arqueó una ceja, casi agradecida por la interrupción. - Sí, APD-5. ¿De qué se trata?

- Acabamos de descifrar una transmisión procedente de uno de nuestros campos de refugiados en la Región Balania, señora. Unidades de los comandos Lince han encontrado a los pasajeros de la *Compasión*. Todos ellos sobrevivieron al siniestro, aunque el doctor Al Saruff está gravemente herido. Han solicitado evacuación inmediata para él.

Gen'yaa casi se rió en voz alta de puro alivio, causado sólo en parte por el hecho de que los tres pilotos y el doctor se encontraran con vida. Debía hacérselo saber cuanto antes a la consejera Organa y comunicarle de paso que, según le acababa de informar APD-5, el doctor Al Saruff estaba malherido. Ellos en teoría no podían evacuarle, pero los corelianos sí.

- Abre una línea con el *Libertador*, APD-5.

- ¿Quiere usted hablar con su capitán, señora?

- No. Con una persona que responde al nombre de Invierno.

- Comprendido, señora.

El androide insertó dos de los dedos de su mano derecha, en los que se encontraban algunas sus interfaces informáticas, en los correspondientes

Star Wars: Daños Colaterales

puertos de la unidad principal de comunicaciones. Al cabo de pocos segundos volvió la cabeza hacia Gen'yaa.

- Línea abierta, señora. ¿Quiere usted que envíe contestación a los comandos Lince?

- Aún no. Espera a que yo misma obtenga alguna respuesta, pero lo que sí puedes hacer es informar al comandante en funciones del escuadrón Cabeza de Lobo. Seguramente se alegrará de saber que tres de sus pilotos perdidos acaban de alzarse de entre los muertos.

- ¿Disculpe, señora? Ah, oh, comprendo. Lo haré enseguida.

STAR WARS - DAÑOS COLATERALES

Capitulo XIV

Mientras esperaban a que les sirvieran un pequeño refrigerio, Leia Organa se dedicó a observar al hombre sentado frente a ella al otro lado de la larga mesa de reuniones. Mientras lo hacía, tuvo cuidado de no mantener la vista sobre él más de dos o tres segundos seguidos. Entre las reglas no escritas de la diplomacia estaba la de no mirar fijamente a tu adversario cuando no estaba hablando, a no ser que contaras ya con una posición de ventaja en la negociación en curso. El almirante Bren Sellman no estaba hablando en esos instantes, y ella se encontraba muy lejos de llevarle ventaja. Él tampoco la miraba más de lo necesario, pero Leia sabía que no era porque el coreliano se considerara en desventaja, sino que se trataba de pura cortesía. No era la clase de atención que uno dispensaría a un igual, sino una consideración especial que los hombres de ciertos mundos solían mostrar hacia las mujeres en general. Los hombres nacidos en Corellia solían pertenecer a ese grupo, como ella sabía muy bien. Incluso Han - la mayoría de la gente, al menos en la Nueva República, lo conocían ahora como General Solo, pero para ella siempre sería Han a secas -, que se jactaba de ser un bribón sin modales, no podía evitar que se le escaparan ciertos detalles de buena educación cuando se encontraba en presencia del sexo opuesto. Las maneras de Sellman no eran simplemente correctas, sino que se las podría considerar exquisitas, especialmente tratándose de un militar. Eso denotaba una procedencia de clase alta, lo cual concordaba con lo que Leia había leído de él a bordo de la lanzadera que la había traído aquí, en un informe que Invierno se apresuró a entregarle antes de que saliera.

Por ahora, los corelianos estaban evitando utilizar la palabra "negociación" para referirse a lo que estaban haciendo allí, prefiriendo sustituirla por la mucho menos comprometida "conversación". No podía ser una coincidencia que el hombre elegido para hablar con ella - única representante de la Nueva República en una mesa en la que había sentadas seis personas -, sin duda por el propio Diktat, fuera precisamente el almirante que mandaba la flota de guerra que habían enviado a Seibergia. Por lo que ella sabía, Sellman no había vacilado en ordenar a sus fuerzas que atacaran a las naves de la Nueva República, a pesar de que no podía ignorar que con ello estaba empujando a su pueblo a una guerra de consecuencias imprevisibles e incalculables. Por otro lado, sin embargo, había aceptado con rapidez su propuesta de tregua - no había tenido tiempo de consultar con Corellia, así que la decisión era suya sin duda -, y no parecía deseoso de reabrir las hostilidades, aunque tampoco dispuesto a ofrecer concesiones. Un militar al que al parecer no le importaba renunciar a una victoria en combate cuando

había una posibilidad de alcanzar sus objetivos de forma pacífica no era algo precisamente común. El hecho de encontrarse frente a un hombre de esas características alimentaba las esperanzas de Leia de no estar allí en vano.

El almirante le recordaba mucho a otro ilustre coreliano, no a Han, sino a alguien a quien había conocido años atrás: el senador Garm Bel Iblis. Los recuerdos que tenía de él eran sorprendentemente frescos a pesar de tiempo transcurrido desde la última vez que lo vio. Leia contaba con dieciocho años recién cumplidos cuando ocupó la posición de su padre - o más bien el hombre a quien entonces creía su padre - como representante de Alderaán en el Senado Imperial. En aquellos días, Bel Iblis ocupaba el mismo cargo por Corellia. Garm Bel Iblis era un hombre brillante, como Sellman también parecía, y un político honesto en un tiempo en el que esas cualidades, brillantez y honestidad, eran extremadamente raras de encontrar en alguien de su profesión. A pesar de ser considerablemente más joven que su padre, Bel Iblis y Bail Organa se habían hecho buenos amigos mucho antes de que Leia tuviera la oportunidad de conocer al coreliano en persona. Junto con Mon Mothma, por aquel entonces senadora por Chandrila, los tres trabajaron en secreto durante años para construir lo que media galaxia terminaría conociendo como la Alianza Rebelde, y la otra media "la escoria rebelde". De los tres, Bel Iblis era el más beligerante. Pensaba que sólo una insurrección armada podía llegar a derrocar al dictador Palpatine y devolver la democracia a la galaxia, y le frustraba tanto que Mon Mothma y Bail Organa no compartieran su opinión que llegó a plantearse romper con ellos y liderar su propia revuelta. Pero entonces, poco después de que Leia sucediera a su padre en el Senado, Garm Bel Iblis fue víctima de un atentado terrorista. Jamás pudo probarse nada, pero para todos los miembros de la oposición estaba claro que era el propio canciller supremo Palpatine quien estaba detrás del ataque. La bomba acabó con la vida de numerosas personas, entre las que se incluía la esposa de Bel Iblis, pero corrieron rumores acerca de que el senador podría haber sobrevivido. Esos mismos rumores insinuaban también que había estado involucrado de algún modo en la recuperación de los planes robados de la Estrella de la Muerte, haciendo posible que terminaran llegando a manos de Leia y le cambiaran la vida para siempre, y también probablemente el destino de toda la galaxia.

Mon Mothma pasó a la clandestinidad al conocer la noticia del atentado contra su colega, no sin antes comunicarle a Bail Organa que este hecho había terminado por abrirle los ojos, y que había decidido darle la razón a Bel Iblis en cuanto a la necesidad de utilizar la fuerza para enfrentarse al Emperador. Con o sin su ayuda iba a dar los pasos necesarios para dotar de armas a la incipiente Rebelión. A pesar de sus profundas convicciones pacifistas, el padre de Leia no pudo seguir oponiéndose por más tiempo a esta idea, y le prometió a Mon Mothma que utilizaría sus contactos en el Senado - mucho más numerosos e influyentes que aquellos con los que contaba en esos momentos la chandrilana - para conseguirle lo que necesitara. Con los años, Leia había llegado a la conclusión de que la verdadera intención de su padre al enviarla de viaje por tiempo indefinido con la misión de recabar apoyos entre los mundos del Borde Exterior, no había sido otra que la de protegerla apartándola de su lado. Ya entonces debía temer que, muerto o desaparecido Bel Iblis y oculta Mon Mothma, la alargada sombra de Palpatine terminaría cerniéndose sobre él. Sin duda, ni siquiera en la peor de sus pesadillas, pudo llegar a imaginar lo lejos que iba a llegar el Emperador en su venganza.

En cuanto a qué sucedió realmente con el antiguo senador de Corellia, Leia sospechaba que Mon Mothma sabía más de lo que admitía, pero ése era uno de los pocos temas de los que la presidente de la Nueva República se negaba a hablar, ni siquiera con ella. Eran muchos, Leia entre ellos, los que habían creído una vez que el destino de ese hombre era convertirse en el próximo Diktat de Corellia. El que un senador de la República se convirtiera con el tiempo en jefe de estado del mundo o de la confederación a la que representaba era un hecho que tenía lugar con cierta frecuencia, y en el caso de Bel Iblis a nadie le hubiera extrañado que así sucediera. De haber sido así, muy probablemente los mundos corelianos serían ahora parte de la Nueva República, y Garm Bel Iblis podría incluso ser Presidente Provisional en lugar de Mon Mothma. Lo que en realidad sucedió fue que, tras su desaparición, en la política coreliana se registró un importante cambio de dirección.

Mientras que con las primeras acciones militares de la Alianza Rebelde - y en particular la destrucción de la Estrella de la Muerte - la guerra se extendía a lo largo y ancho de la galaxia, en Corellia resultaba elegido como Diktat un candidato mucho más moderado de lo que hubiera sido Bel Iblis. Demostrando una maestría en el enrevesado arte de la política de la que pocos le hubieran creído poseedor hasta muy poco antes, Cisco Francmonde hizo su debut declarando no beligerantes a los mundos corelianos, ignorando con ello las urgentes peticiones de ayuda de Mon Mothma por un lado, y la insistente presión del Emperador Palpatine por el otro. No beligerantes, pero no exactamente neutrales. Para evitar convertirse en objetivo de la ira de Palpatine, Francmonde le declaró inteligentemente sus simpatías hacia su causa, y ofreció al Imperio el apoyo logístico de Corellia siempre que le fuera necesario. Durante años, Francmonde tuvo que hacer una concesión tras otra al Emperador, pero no obstante consiguió mantener a Corellia fuera de la contienda. Cuando se acercaba ya el momento de convocar nuevas elecciones, utilizó el conflicto galáctico para justificar su decisión de suspenderlas indefinidamente hasta que la situación volviera a ser lo suficientemente estable. Los corelianos aceptaron esta medida - que otros, como era el caso del seibergio Doinos Somolovich, se apresuraron a imitar - sin apenas protestar, ya que una gran mayoría había llegado a convencerse de que Francmonde era el único político capaz de mantener la paz y la prosperidad presentes y a las que no estaban dispuestos a renunciar. Los meses se convirtieron en años sin que la guerra pareciera estar mucho más cerca de acabarse, y con ella el tema de las elecciones seguía aparcado a pesar de los esfuerzos de la débil oposición. Con el tiempo, de Cisco Francmonde se hablaba cada vez menos por su nombre. A estas alturas, se había convertido simplemente en el Diktat de Corellia.

La presente crisis iba a ponerle a prueba como ninguna otra lo había hecho antes. *¿Sería capaz el Diktat de seguir manteniendo su política de neutralidad? Ésa tiene que ser su intención, reflexionó Leia, o habría elegido a una persona diferente para conducir estas conversaciones, como las llaman ellos.* No podía dejar de admirar la astucia y la sabiduría que el Diktat demostraba con esa elección. Sellman le recordaba a Bel Iblis no por su aspecto - ambos compartían el porte distinguido, pero poco más -, ni tampoco por supuesto por la forma de pensar - el que Sellman no se opusiera frontalmente al Imperio demostraba unos ideales muy diferentes a los del antiguo senador y a los de tantos otros corelianos que se habían unido a la

Alianza Rebelde -, sino por su personalidad. Aunque nunca había sabido explicar por qué, Leia siempre había tenido una excepcional habilidad para conocer a las personas y adivinar tanto su estado de ánimo como las verdaderas intenciones que se ocultaban tras sus gestos y sus palabras. El primero en reconocer esa facultad suya fue, cómo no, su padre. Aún no había dejado del todo atrás la pubertad cuando ya Bail Organa empezó a pedirle que le acompañara en reuniones informales con delegados de otros mundos, cuyos propósitos reales le ayudaba a averiguar. Con una simple mirada, Leia le hacía saber a su padre si creía que su interlocutor o interlocutores estaban mintiendo, o si ocultaban algo, o si parecían demasiado ansiosos por alcanzar un acuerdo. Ahora conocía el origen de esa misteriosa capacidad. Luke se lo había contado hacia poco más de un año mientras ambos se encontraban en la luna de Endor, haciendo de aquella una de las noches más extrañas de su vida. Luke y ella eran hermanos gemelos, y su verdadero padre había sido una vez un caballero Jedi. No se trataba de Bail Organa, sino de Anakin Skywalker, el hombre que había llevado el terror a la galaxia bajo el nombre de Darth Vader, y cuyo rostro enmascarado y su mecánica respiración seguían presentes, todavía hoy, en muchas de las pesadillas de Leia. Ambos habían heredado de él su extraordinaria sensibilidad a la Fuerza, y esa misma sensibilidad le permitió reconocer al instante que lo que su recién declarado hermano le decía era cierto. El aceptar aquella verdad le llevó mucho, mucho más tiempo, y sólo consiguió hacerse a la idea de forma gradual. Más recientemente, Luke le había explicado que la habilidad para leer los sentimientos y las intenciones de la gente era uno de sus dones naturales, y el único que había entrenado inconscientemente.

Lo que ese don le decía en estos momentos era que el almirante Sellman era tan inteligente como honrado, igual que lo era Bel Iblis, y que su determinación a hacer siempre lo que creyera que debía hacerse, sin importar las dificultades, era la misma, a pesar de tener convicciones diferentes. Si Leia conseguía demostrarle que la situación por la que atravesaban había sido fabricada por el Emperador y sus agentes, Sellman podría muy bien ignorar la opinión de los más recalcitrantes pro-imperiales de sus oficiales - algunos de los cuales se sentaban a esa misma mesa - y avenirse a buscar con ella una solución razonable a la presente crisis.

Por el momento, no obstante, Leia estaba muy lejos de encontrarse en ese punto. No tenía pruebas de nada, sólo sospechas y teorías más o menos fundadas. Estaba claro que necesitaba disponer de sólidas evidencias si pretendía hacer que Sellman - y por extensión todo el pueblo coreliano - cambiara su modo de ver el incidente con el transporte derribado. Un incidente que, a ojos del almirante, demostraba que a la Nueva República no le importaban los balanios sino que se limitaba a utilizarlos para alcanzar sus supuestos objetivos: primero apartar a Somolovich del poder, después obligar a Seibergia a unirse a la Nueva República, y finalmente hacerse con el control del cúmulo Viayak y por extensión de todo el sector.

Los asistentes salieron de la sala de reuniones tras haberles servido a todos. Leia tomó un sorbo del té coreliano, casi tan bueno como su café, pero ligeramente menos estimulante. El almirante Sellman la estudió con curiosidad al percibir su deleite, que ella no había hecho el menor esfuerzo por ocultar.

- ¿Le gusta a usted nuestro té, consejera?

- Me encanta, almirante. El senador Garm Bel Iblis solía llevarle a mi padre paquetes de este mismo té cada vez que se veían, ya fuera en Coruscant, en Alderaán, o allí en Corellia.

- Ah, Bel Iblis - Sellman frunció el ceño levemente. - Había olvidado que usted probablemente lo conoció.

Leia asintió, admitiendo el hecho. - Aquellos eran otros tiempos.

- En eso estamos de acuerdo. Bien consejera, quizá ahora podríamos retomar nuestra discusión en el punto en el que la dejamos: su negativa a permitir que nuestros transportes lleguen hasta Seibergia. Sin duda es usted consciente de que hay gente que necesita el cargamento de esas naves, y este retraso no está haciendo sino aumentar la urgencia de esa necesidad. Mis órdenes son muy claras al respecto. Ante todo debo hacer llegar esa ayuda al pueblo seibergio, y ustedes me lo están impidiendo.

Allá vamos otra vez, pensó Leia. Tras apurar el té, dejó la taza sobre la mesa y utilizó una servilleta para limpiarse los labios. De momento las pastas se quedarían donde estaban. - Como le he explicado ya antes, lo único que pedimos es que nos deje inspeccionar esas naves, y así todos podremos cumplir con nuestras órdenes.

- Creo haber sido lo suficientemente claro al respecto. No podemos admitir esa inspección. A todos los efectos, nuestras naves son territorio coreliano, y ustedes, hoy por hoy, no son bienvenidos en él.

Leia no se inmutó por el último comentario de Sellman. - Almirante, según lo que acaba de decir usted hace un instante, que hay gente que necesita de verdad el cargamento que llevan a bordo sus naves, uno pensaría que se trata principalmente de comida y de medicinas. No veo qué mal puede haber en que nos autorice a tomar un simple escáner. Lo hacemos, verificamos que, efectivamente, no se incluyen armas ni pertrechos militares, y los transportes siguen viaje hacia Seibergia. Fin del problema. Si es una cuestión de principios, nosotros... - Leia se interrumpió al sentir abrirse la puerta a su espalda con un siseo casi inaudible. Al volver la cabeza vio asomarse a un joven teniente coreliano.

- Disculpe, almirante. Acabamos de recibir una solicitud de transmisión desde el *Libertador*. La asistente de la consejera Organa pide poder hablar con ella. Dice que es importante.

- No llamaría por algo trivial, almirante - dijo Leia. Eso era verdad, y Leia no pudo dejar de preguntarse si se trataría de buenas o de malas noticias.

- Puede usted atender esa llamada, consejera. El teniente la acompañará a la misma sala que ha utilizado usted anteriormente para efectuar sus transmisiones privadas.

- Gracias, almirante, pero no será necesario. Si no le importa, preferiría hablar desde aquí, si eso es posible. De ese modo no tendremos que interrumpir la reunión, y podremos tomar juntos una decisión si eso es lo que la situación requiere.

Sellman exhibió una de sus raras sonrisas. - Por supuesto que es posible, consejera. Gracias a usted por su confianza - El centro de la mesa de reuniones se plegó hacia ambos lados y el disco de un holoprojector apareció por la abertura. El dispositivo rotó alrededor de su eje hasta que el foco del tricorder quedó centrado sobre Leia. Notó un ligero calor en la cara cuando la luz del aparato se encendió para iluminarla. Segundos después, la imagen

tridimensional de la cabeza y los hombros de Invierno aparecieron sobre la mesa, mirando directamente a Leia casi como si realmente estuviera allí.

- Consejera.

- Invierno, el almirante Sellman y sus oficiales te están escuchando también - *Un pequeño aviso no debería molestar al almirante* -. ¿Ha sucedido algo?

- Se trata de la *Compasión*, consejera. La lanzadera de búsqueda y rescate accidentada que sus anfitriones accedieron a buscar por nosotros.

- Como ya le comuniqué, consejera, no encontramos ningún rastro de sus tripulantes - intervino Sellman.

- Eso fue porque consiguieron llegar por sus propios medios hasta uno de nuestros campos de refugiados, señor - explicó Invierno, que aunque no podía ver al almirante, sí que le había oído. - El hecho es que uno de ellos, un doctor ithoriano que iba allí para atender las necesidades médicas de los refugiados, está gravemente herido. Su vida corre serio peligro, por lo que han pedido su evacuación urgente.

- Nos encargaremos de ello - se apresuró a decir el almirante. - Debemos tener a alguien entre nuestro personal médico que haya tratado alguna vez a ithorianos - Sellman tecleó sobre un pequeño panel que se encontraba en su sección de la mesa. - Puente, aquí el almirante Sellman.

- Aquí el puente, almirante - se escuchó la inmediata respuesta. - Soy el capitán Bormeis.

- Capitán, quiero que envíe una de nuestras lanzaderas a Seibergia, a las coordenadas que voy a facilitarle - Leia asintió en dirección a Invierno y ésta procedió a transmitir la posición exacta de Campo Uno. - También quiero que localice en nuestra flota a un médico que tenga experiencia con ithorianos.

- A sus órdenes, almirante - Sellman copió la serie de dígitos proporcionados por Invierno y las retransmitió al capitán del *Primer Ciudadano*. - Bien, ya tengo las coordenadas - confirmó Bormeis. - Pero creo que tenemos un problema, señor. Esta posición está en el interior de la Región Balania.

- ¿Y?

- Me han informado que las condiciones atmosféricas en toda esa zona van a ser terribles durante las próximas doce o catorce horas. Demasiado como para enviar una lanzadera entre esas montañas.

- Entiendo. Prepárelo todo y envíe la lanzadera tan pronto como lo considere usted prudente, sin esperar a consultarlo conmigo.

- Afirmativo, almirante. Así lo haré.

- Almirante Sellman fuera. Lo siento, consejera - la mirada del coreliano mostraba una preocupación que parecía sincera. - Espero que no lleguemos demasiado tarde como para poder ayudar a ese doctor.

- Hay cosas que no están en nuestras manos, almirante, y la climatología suele ser una de ellas. Muchísimas gracias por su interés y por su ayuda - *Otro punto para él*, pensó Leia. *Después de esto, denegarle la posibilidad de socorrer al pueblo seibergio parecería casi un acto criminal, y él lo sabe*. Leia asintió en dirección a Invierno, que cortó la transmisión holográfica desde el *Libertador*.

- Es lo menos que podemos hacer. La vida debería estar siempre por encima de los intereses políticos. Y ahora, estábamos discutiendo el asunto de nuestros envíos de ayuda a Seibergia...

- El pueblo seibergio no está pasando hambre, almirante - dijo Leia, intentando que su tono de voz sonara lo más respetuoso y comprensivo posible -, aunque debo admitir que nuestro bloqueo está causando problemas reales en el abastecimiento. - Sellman asintió, y Leia detectó procedente de él algo parecido a la alegría. *Cree que está a punto de obtener una concesión, por el precio irrisorio de un viaje en lanzadera.* Leia decidió que había llegado el momento de, efectivamente, hacer esa concesión, pero sería ella quien le pusiera precio. - Sé que el hecho de que la Nueva República se haya implicado en esta crisis ha sido causa de un profundo malestar entre su gente, y que han llegado a oírse voces en Corellia acusándonos de utilizar a la población balania para poder hacernos con Seibergia - Sellman no hizo ningún intento de negar o de confirmar las palabras de Leia. Se limitó a cruzar los brazos sobre la mesa y a esperar. - Almirante, si hemos invadido el espacio y los cielos de Seibergia ha sido con dos únicos objetivos: proporcionar refugio a los balanios que huyen hacia las montañas y defenderlos del acoso de las fuerzas paramilitares. Esas mismas fuerzas que, bien equipadas, les han obligado por las armas a abandonar sus casas y, al mismo tiempo, han sembrado de minas las rutas espaciales que han venido utilizando los pocos balanios que han podido abandonar el planeta. Todo esto ha sido llevado a cabo con la complicidad del gobierno seibergio.

- Consejera...- empezó Sellman a decir, mostrando en su voz la irritación que comenzaba a crecer en su interior, y que Leia percibía a través de la Fuerza. La consejera alzó la mano con la palma abierta para contener la protesta del coreliano.

- Por favor, almirante, déjeme usted terminar. Comprendemos que no podemos continuar atacando a los paramilitares como hemos hecho hasta ahora. No sin arriesgarnos a causar más daños colaterales - la referencia al incidente con el transporte era muy clara, así como la consideración que la Nueva República le daba al suceso -, o una nueva y más grave confrontación entre nuestras respectivas flotas, que sin duda acarrearía terribles consecuencias más allá de la inmediata pérdida de vidas por ambas partes. Puede usted comprobar que hemos suspendido por completo nuestras actividades ofensivas.

- Doy por sentado que el segundo de los riesgos que ha mencionado usted es el que más preocupa a sus militares, consejera, pero continúe.

Es decir: no se haga la santa conmigo, consejera. Leia casi podía escuchar lo que el almirante estaba pensando, y eso no tenía nada que ver con sus habilidades heredadas. Al mismo tiempo, no le había pasado desapercibido el hecho de que Sellman hubiera dicho "a sus militares" y no "a la Nueva República" o simplemente "a usted". Aún admitía la posibilidad de que las buenas intenciones de Leia, como representante de la Nueva República, fueran sinceras, a pesar de que su paciencia estuviera empezando a agotarse.

- Gracias, almirante. Lo que iba a decir es que pretendemos continuar llevando a cabo misiones relacionadas con el primer objetivo, es decir, ayudar a los refugiados que, en mayor número cada día, siguen llegando a nuestros ya saturados campos. Y sí, comprendo que no pueda usted consentir que volvamos a invadir el espacio aéreo seibergio ni siquiera con esos fines, ya que eso nos permitiría seguir realizando acciones ofensivas, aunque fuera a pequeña escala.

- Todas sus naves, incluso las lanzaderas de búsqueda y rescate, están armadas.

Leia dejó escapar un suspiro - Por desgracia así es. Ése es un signo más de estos tiempos de guerra en los que nos ha tocado vivir, como ya hemos comentado antes.

- Y además, podrían ustedes aprovisionar a la guerrilla balania con armas, municiones y todo tipo de cosas - Ahora fue Sellman el que alzó la mano, imitando el anterior gesto de Leia. - Aunque va usted a decirme que jamás han prestado apoyo a la guerrilla, lo cierto es que su equipamiento militar proviene casi exclusivamente de mundos de la Nueva República.

- Tiene usted razón, almirante, pero me gustaría señalar que desde que hemos establecido nuestro bloqueo la guerrilla balania ha sido la más perjudicada, pues como usted bien ha dicho sus principales fuentes de armamento se encuentran en el exterior del planeta, a diferencia de lo que sucede con los paramilitares seibergios. Lo que pretendo expresar es que comprendo muy bien la posición en la que se encuentra usted, y es por eso que se me ha ocurrido proponerle una alternativa.

- La escucho - La irritación había desaparecido de la voz de Sellman, junto con la sensación de alegría anticipada. Podía imaginarse que la propuesta de Leia no iba a ser la ganga con la que había llegado a especular, pero aún así no podía evitar sentir curiosidad por saber qué se traía ella entre manos.

- Aceptaré su palabra, la de usted, almirante, de que los suministros que transportan sus naves no incluyen elementos de naturaleza militar, y que en cualquier caso su destino no serán nunca los grupos paramilitares que actúan en la región balania. - Lo que Leia intentaba sugerir al hablar en primera persona y aclarar que no se dirigía a los corelianos en general, sino a Sellman en particular, era que éste no iba a ser un acuerdo entre Corellia y la Nueva República, que tenían intereses y necesidades que podían forzar, impedir o deformar la forma y el contenido de cualquier entendimiento al que pudieran llegar ahora, sino un pacto entre ellos dos, el almirante Sellman y la consejera Organa. Dos personas. Dos seres que, a pesar de tener que responder finalmente antes sus respectivos gobiernos, podían poner su honor personal sobre la mesa y aceptar un compromiso que los vinculara a ambos. Sus gobiernos podrían desautorizarlos y anular cualquier trato que hubieran realizado, pero no serían ellos quienes traicionaran el espíritu del acuerdo. Sellman entrecerró los ojos y la miró fijamente. *Lo ha entendido. Y ahora es cuando yo le leo la letra pequeña.* - Si me da usted esa palabra, permitiremos pasar al convoy sin inspeccionar a ninguna de sus naves, pero debe consentir usted en que una parte de ese cargamento sea enviado a nuestros campos de refugiados, tan pronto como el tiempo en la región Balania lo permita. De esta forma, toda la población del planeta se verá beneficiada por su ayuda. Los seibergios, por supuesto, pero también los balanios.

El almirante Sellman permaneció en silencio durante todo un minuto, sin dejar de mirar a Leia directamente a los ojos. Ella le devolvió la mirada - *y al infierno con las reglas de la diplomacia, en este momento somos iguales* -, esperando en suspense, sin atreverse casi a respirar. Los otros cuatro oficiales corelianos de alta graduación presentes se mantuvieron también callados - en realidad apenas habían intervenido en las conversaciones, salvo para aconsejar esporádicamente al almirante -, cada uno de ellos guardándose para

sí tanto su opinión sobre la propuesta como sus emociones al respecto, conscientes de que en este momento eran meros testigos. Si realmente se alcanzaba un acuerdo todos ellos participarían en las discusiones de detalle, pero la esencia iba a ser decidida ahora mismo, y lo sería exclusivamente por ese hombre y por esa mujer.

- Los suyos también - dijo finalmente el almirante, sobresaltando a algunos de los congregados. - Me refiero a los suministros que se proponían enviar a los balanios - aclaró, notando el desconcierto en las caras vueltas hacia él. - No me preocupan las tiendas de campaña y toda esa clase de material, pero la comida y las medicinas tendrán que compartirlas también con los seibergios que viven en la Región Balania. Todo ello será cargado a bordo de *nuestras* naves.

Leia no pensó ni por un instante en argumentar que esos seibergios a los que se refería Sellman no estaban sufriendo ni siquiera una décima parte de lo que sus vecinos balanios estaban aguantando. Abrió la boca y pronunció una única palabra.

- Sí.

- Consejera Organa - dijo el almirante sin apartar de ella su mirada -, ahora sé que su reputación era bien merecida.

Sellman se puso en pie y extendió su mano derecha hacia Leia. Ella se levantó también y tomó la mano que se le ofrecía entre las suyas. Algunos de los oficiales corelianos aplaudieron tímidamente. Mientras sonreía y asentía cortés hacia el almirante, la mente de Leia pensaba ya en su siguiente meta: conseguir una lista de los prisioneros que los corelianos habían hecho durante e inmediatamente después de la batalla, y permiso para que pudieran ser visitados por personal de la Nueva República como paso previo a su liberación.

- Tenemos ya respuesta a su petición, señora - le dijo uno de los comandos Lince a Lllamarada cuando ella y Alce llegaron al refugio prefabricado que albergaba la unidad de comunicaciones del campo, junto a la gran antena.

- Bien. ¿Cuánto tardarán en enviar la lanzadera para evacuar al doctor Al Saruff?

- Es un poco complicado, señora...

- Cuéntenoslo todo, cabo - dijo Pantera, que entraba también en ese instante.

- Casi al mismo tiempo que les derribaban a ustedes se desató una batalla ahí arriba - Lllamarada y Alce intercambiaron sendas miradas de alarma. Pantera se limitó a asentir. Uno de sus tenientes le había contado ya algo mientras ponía bajo su custodia al prisionero seibergio. - Una flota coreliana con varias naves capitales entró en el sistema, y los nuestros hicieron lo que pudieron por contenerles. Al parecer, nuestro satélite de comunicaciones lo derribaron los seibergios aprovechando la confusión. Las cosas se estaban poniendo muy feas cuando apareció el *Libertador*, con la consejera Leia Organa a bordo. Entre ella y los cañones del *Libertador* convencieron a los corelianos para alcanzar una tregua. Resumiéndolo mucho, los corelianos no dejan que ninguna nave de la Nueva República descienda sobre Seibergia, pero han prometido encargarse ellos mismos de evacuar al doctor tan pronto como amaine la tormenta.

- ¿Tormenta? ¿Qué tormenta?- preguntó Lllamarada, intentando aún asimilar todo lo que el comando había dicho en un puñado de frases.

- La que está a punto de caer encima, señora. Va a ser de las gordas.

La cabeza de Rúster apareció en la entrada al ya abarrotado refugio. - ¿Qué pasa, Lllamarada? ¿Cuándo vienen a por el doctor? - Al ver la expresión de los rostros que la miraban, la lumi palideció. - No van a venir, ¿verdad?

- Aún no, Ru. Está a punto de llegar otra tormenta - Lllamarada decidió callarse de momento el resto de cosas de las que acababa de enterarse. En esos instantes nada podía ser más importante para Rúster que la vida de Ben Al Saruff. - Hasta que no mejore el tiempo no podrán enviarnos a una lanzadera.

- Pero es que no va a poder aguantar mucho más. Puede que no llegue ni siquiera hasta el amanecer.

- ¿No hay nada más que puedas hacer por él, lo que sea? - preguntó Lllamarada, consciente de que ya le había hecho la misma pregunta la noche anterior y que la respuesta difícilmente podía ser otra que la que Rúster le había dado entonces.

- Sí - contestó la lumi para su sorpresa. Sus extensiones neurales se habían vuelto de un color tan blanco como su cara. Exactamente el mismo color que tenían cuando estaban esperando a que les atacara el caminante seibergio. - Puedo correr el riesgo de suministrarle una sobredosis de estimulante para obligarle a despertarse. Si eso no lo mata, luego le preguntaré a él qué hacer a continuación.

La capitana de navío Gen'yaa se acababa de retirar a descansar tras lo que había sido un larguísimo turno de guardia en el puente. Una vez más había dejado el *Guarida del Lobo* en manos de Nil Wumb, a quien acompañaban prácticamente los mismos oficiales que habían estado con él durante la batalla, quienes volvían a entrar en servicio al mismo tiempo que él. El sulustano observó las pantallas mientras los recién reparados sensores del portanaves llevaban a cabo el seguimiento de las naves de transporte corelianas y de sus escoltas de nuevo en ruta hacia Seibergia, después de casi tres días de detención forzosa. En el silencio que reinaba en el puente, el sonido de las voces provenientes de la unidad de comunicaciones llegaban a todas partes a pesar del reducido volumen al que estaba ajustada la salida. Siguiendo instrucciones de Wumb, APD-5 había programado un canal para sintonizar los servicios corelianos de noticias, sacando partido del hecho de que estaban siendo retransmitidos en abierto para la flota coreliana.

- ... la presión ejercida por el almirante Sellman ha conseguido su fruto finalmente. La Nueva República ha renunciado en su intención de inspeccionar nuestros cargueros y ha retirado sus naves para permitirles proseguir su viaje a Seibergia. El portavoz del Ministerio de Defensa, el señor Jondl Misharra, ha explicado a esta reportera que la ayuda va a ser distribuida también entre la población balania, alcanzando incluso a los campos de refugiados ilegalmente instalados por la Nueva República. De este modo el gobierno de Corellia demuestra que su política sigue basándose en la neutralidad y en la defensa de la paz, allá dónde ésta es amenazada. Hoy mismo, el Diktat ha efectuado una llamada a todos los mundos que quieran también contribuir enviando

suministros de primera necesidad a esta afligida región de la galaxia. Esta llamada ha sido respondida ya por...

Wumb hizo una mueca y desconectó él mismo la recepción del noticiero. Con las manos cruzadas a la espalda, subió los tres escalones que conducían al pasillo lateral del puente, el que daba a babor, y caminó hasta el final del pasamanos. Allí se apoyó para mirar hacia el exterior a través del gran panel de observación, mientras escuchaba las informaciones que esporádicamente intercambiaban entre sí los miembros de la tripulación del puente.

El convoy coreliano no podía distinguirse a simple vista, salvo por los ocasionales destellos causados por las toberas de maniobra de los cargueros o la súbita aceleración de uno o más de los ala-X de escolta cambiando de posición. En esos casos, los gases ionizados expulsados por las turbinas de las naves iluminaban el espacio por un brevísimo instante, allá a lo lejos, asemejándose a cometas errantes que desaparecían antes casi de que uno hubiera reparado en su presencia. Lo que sí se veía perfectamente era la silueta en forma de punta de flecha del *Libertador*, cuyas superficies superiores reflejaban la luz del sol de Seibergia, que en esos momentos le daba casi de pleno. No era fácil acostumbrarse a contar con destructores estelares en el propio bando. La visión de sus mortíferos contornos conseguía aún que los corazones de muchos de los seres que servían en la flota de la Nueva República se acelerasen, víctimas de un involuntario espasmo de miedo, antes de reparar en que la escarapela pintada sobre su casco no era el símbolo del Imperio. Wumb había visto antes al *Libertador*, pero por aquel entonces se llamaba *Dictaminador*, y sus imponentes baterías láser, junto con las del resto de destructores del Escuadrón de la Muerte, nominalmente al mando del mismísimo Darth Vader, segaban vidas sin pausa entre las tripulaciones de las naves de la Alianza atrapadas frente a la segunda Estrella de la Muerte. Wumb bajó la mirada apartándola del inmenso navío y volviéndola hacia su propia nave. Frente a sus ojos, los restos retorcidos de lo que había sido el cañón de iones le recordaban lo cerca que había estado, una vez más, de encontrarse con la muerte que desde Endor no había dejado de susurrar amenazas a su espalda.

El brusco cambio que acababa de dar la situación no le hacía en absoluto infeliz, a pesar de que algunas de las naves que pasaban casi invisibles - salvo para los sensores - rumbo a Seibergia, varios miles de kilómetros hacia proa, fueran las mismas que apenas setenta y dos horas antes había luchado para detener. Sólo a bordo del *Guarda del Lobo*, docenas de personas habían perdido la vida intentando evitar que cruzasen las líneas del bloqueo, y muchas otras sufrían aún a causa de sus heridas. Algunas de éstas jamás volverían a pisar la cubierta de una nave de guerra. Pero la travesía de los cargueros corelianos, bajo las condiciones impuestas por la consejera Organa, significaba que la repetición de esa última batalla era ahora menos probable que la última vez que había salido del puente para irse a su camarote. Eso era algo digno de ser celebrado, aunque aún fuera muy pronto como para bajar la guardia. Wumb era muy consciente de que el peligro seguía allí, acechando.

- ¿Capitán de fragata Wumb?- dijo APD-5 acercándose por el pasillo. - Hay una nueva solicitud de transmisión para usted, procedente de Campo Uno. Es la teniente coronel Schroeder.

Star Wars: Daños Colaterales

- Voy para allá - Wumb caminó de vuelta hacia el sillón de mando, indicando al androide de comunicaciones que abriera el canal. - Teniente coronel, aquí el capitán de fragata Wumb. ¿Me copia usted?

- Afirmativo, señor. Tenemos una tormenta de nieve muy seria aquí. No sé cómo afectará eso a la calidad de la transmisión.

- Su voz suena un poco distorsionada y hay algo de ruido de fondo, pero aparte de eso la copiamos lo suficientemente bien. Me alegro de escucharla de nuevo. ¿Cómo se encuentra el doctor Al Saruff?

- Mal, señor. En estos instantes la capitán Rus'ti se dispone a llevar a cabo un intento desesperado por salvarle la vida. Pero no es por eso por lo que me he puesto en contacto. ¿La línea es segura?

- Tan segura como lo sean nuestros códigos de encriptación más recientes, señora - intervino APD-5 aunque la pregunta no fuera dirigida a él. Calculo que las probabilidades de que los corelianos o el Imperio hayan conseguido romperlos tan pronto no alcanzan el uno por mil.

- Gracias, APD-5 - dijo Wumb. - Ahora activa el campo de aislamiento sonoro y desconéctate de este canal. Puede usted hablar, teniente coronel.

- Señor, no sé qué es lo que sabe sobre el siniestro de la *Compasión*.

- Sus escoltas informaron de que fue derribada, pero no pudieron ver al atacante. Hemos supuesto que se trataba de paramilitares.

- Negativo, señor. Lo hizo un AT-ST del ejército seibergio. El capitán Gregory consiguió destruirlo utilizando uno de los cañones de la *Compasión*, y eso nos permitió escapar y llegar hasta aquí.

- Me sorprende usted, teniente coronel. Esas noticias son preocupantes. ¿Ese AT-ST estaba solo?

- Lo acompañaba un grupo reducido de soldados de asalto que se desplazaban en motojets. El capitán Gregory capturó a uno de ellos con vida y lo hemos traído con nosotros. De momento no ha respondido a ninguna de nuestras preguntas, pero nuestra teoría es que actuaban como exploradores. Posiblemente se dirigían a encontrarse con el resto de sus tropas cuando vieron nuestra lanzadera, y nos derribaron para evitar que pudiéramos informar sobre su presencia allí.

- ¿Así que su conclusión es que el ejército balanio ha comenzado ya la invasión de la Región Balania?-

- Afirmativo, señor. De otra forma no se explica la presencia de un caminante y de tropas regulares tan al interior. Al enterarnos de que había tenido lugar una batalla espacial, mi primer pensamiento ha sido que los seibergios estaban informados que la flota coreliana venía de camino, y que habían coordinado sus acciones para que coincidieran con la entrada de sus naves en el sistema. ¿Es cierto que fueron ellos quienes destruyeron nuestro satélite geoestacional?

- Eso parece. Se detectó el lanzamiento de un misil desde la estratosfera, probablemente desde un Interceptor TIE. A partir de ese instante estamos ciegos y sordos respecto a lo que sucede en la mayor parte de la Región Balania, al no poder enviar cazas de reconocimiento ni instalar un nuevo satélite. No tenemos más información que la que nos han podido enviar desde los campos, pues también ellos habían perdido el contacto con sus patrullas.

- Todo concuerda, señor.

La expresión de Wumb se oscureció. *Y yo que pensaba que las cosas estaban mejorando. Esto podría obligarnos a intervenir, con corelianos o sin ellos.* - Una nave de búsqueda y rescate coreliana acudió en búsqueda de la *Compasión* a petición nuestra. Les dimos las coordenadas del punto de siniestro y tenemos la certeza de que descendieron a la superficie, aunque no pudiéramos ver lo que hacían allí. Nos dijeron que no había nadie en la lanzadera ni en los alrededores cuando llegaron, pero no mencionaron nada de un AT-ST destruido.

- Pues tuvieron que verlo, señor. Cayó prácticamente encima de la *Compasión*.

- Así que o bien están ocultando ese hecho, o bien los seibergios se llevaron el AT-ST antes de que llegara el equipo de rescate coreliano.

- Para moverlo de allí les habrían hecho falta unos buenos repulsores, pero sin duda podrían haberlo hecho. Sin una inspección en detalle, las piezas más pequeñas que pudieran haberse quedado en el terreno, medio ocultas además por la nieve, podrían pasar por restos procedentes de nuestra lanzadera.

- Es posible. ¿Tiene usted alguna prueba de la presencia de ese caminante o de las tropas que lo acompañaban en el interior de la Región Balania?

- Afirmativo, señor. Cogimos los chips de identificación de un soldado muerto y de los tripulantes del AT-ST, un datapad, y los collares suicidas de todos ellos.

- Repita la última parte, teniente coronel. He entendido que hablaba usted de collares suicidas, ¿es así?

- Afirmativo, eso es lo que he dicho, señor. Cada uno de los seibergios llevaba un collar con un colgante, un símbolo militar. En la parte de atrás se ocultaba una dosis letal de algún tipo de droga, con casi total seguridad un veneno mortal. Uno de los pilotos del AT-ST hizo uso de él para quitarse la vida antes de que tuviéramos ocasión de inspeccionar la cabina.

- Comprendo - *Esto cada vez tiene peor aspecto.* - ¿Tiene alguna otra información?

- Afirmativo, señor. La situación de los refugiados, al menos en este campo, es desesperada. Necesitamos reemplazar el equipo y las provisiones que se perdieron con la *Compasión*. Tiendas y comida, sobre todo.

- Los corelianos han aceptado enviar algunos suministros a nuestros campos de refugiados. Trataré de asegurarme de que le llegue lo que ha pedido, pero no puedo prometerle nada.

- Lo comprendo, señor. No tengo nada más de lo que informar.

- Muchas gracias, teniente coronel. No pierda de vista las cosas que cogieron de los soldados seibergios. De momento eso y su palabra es todo lo que tenemos para demostrar que el ejército seibergio se ha adentrado en la Región Balania. La ayuda llegará cuando cese la tormenta, pero como ya le he advertido, serán los corelianos quienes la lleven. No les permita que vean al prisionero ni tampoco, bajo ninguna circunstancia, acepten una posible oferta para sacarlos a ustedes del planeta. El único que se subirá a una nave coreliana será el doctor Al Saruff, y eso porque no hay otro remedio, ¿entendido?

- Afirmativo, señor. Hemos venido a echar una mano, y aquí hay muchísimo que hacer antes de que podamos permitirnos regresar.

- Exactamente eso es lo que debe decirles a los corelianos si se da el caso. Cuídense, ¿de acuerdo? Y si tiene la ocasión, deséele buena suerte a la capitán Rus'ti, sea lo que sea lo que esté haciendo. *Guarida del Lobo* fuera.

Wumb desvió la mirada hacia el panel de observación, contemplando por un instante al *Libertador* y a las estrellas más allá. - APD-5, abre una línea con el *Alma Valiente*. Quiero hablar al vicealmirante Sinessis. Y despierta a la capitán de navío Gen'yaa.

- Doctor Al Saruff, ¿puede usted oírme?

En el exterior la tormenta arreciaba con gran violencia. Empujada por el vociferante viento, la nieve caía sin cesar cubriéndolo todo, y golpeando con fuerza contra las paredes y el techo de la tienda en la que se encontraban Rúster y Ben Al Saruff, junto con uno de los comandos Lince - un tal sargento Daboro - y el prisionero balanio, aparentemente dormido sobre su camilla en la parte del fondo. Esa tienda era la de mayor tamaño que había entre las que habían podido recuperar de la *Compasión*, con capacidad para unas cuarenta personas. Rúster la había convertido a toda prisa en un hospital provisional con la ayuda de Alce y un par de comandos. Aunque de momento sólo estaban allí los dos pacientes que había traído con ella, la lumi sabía que no tardaría en quedárseles pequeña. El resto de refugios habían sido erigidos en cada hueco disponible, con el tiempo justo para que todos los recién llegados pudieran cobijarse antes de que los cielos comenzaran a descargar toda su furia sobre el desprotegido campamento. Rúster intentaba apartar de su mente la profunda impresión que la visión de ese lugar le había causado. Los ojos de los balanios reflejaban tanta desesperación que hacía daño mirarlos. Los niños, sobre todo los más pequeños, le hacían sentir ganas de llorar. Las pobres criaturas no podían comprender lo que estaba sucediendo a su alrededor, ni por qué sus vidas se habían vuelto de pronto tan miserables. Tiendas de fibroplástico y sopa aguada. Si eso era todo lo que podían ofrecer a esta gente para ayudarles a paliar su desgracia, la Nueva República estaba muy lejos de ser una esperanza real para los desdichados de la galaxia. Se invertía tanto esfuerzo y tantos recursos en la guerra... ¿Era ésta tan inevitable? Palpatine estaba muerto, ¿no era así? ¿No podía Mon Mothma y su legión de diplomáticos sentarse a hablar con los nuevos gobernantes del Imperio y alcanzar con ellos una paz duradera? La peor de las paces es preferible a la mejor de las guerras. Había escuchado decir eso antes, pero sólo ahora comprendía del todo cuánta verdad se escondía bajo esas palabras. No podía evitar preguntarse si merecía la pena pagar el precio de tanto sufrimiento a cambio de la libertad. Estos balanios, por ejemplo, habían vivido mucho mejor cuando se encontraban bajo el yugo del Imperio.

Rúster negó con la cabeza. Esas ideas no le conducirían a ninguna parte y además la realidad era mucho más complicada que todo eso. Había comenzado a entenderlo cuando estaban aún en la lanzadera, intentando decidir que sería mejor dadas las circunstancias, si rendirse o luchar. Sí, era cierto que los balanios vivían mejor antes, pero eso era sólo porque son de raza humana. Ese hecho por sí solo era razón más que suficiente para mantenerse en guerra. *Pero intenta explicárselo a esos niños que lloran porque tienen hambre y frío.*

Lo mejor que podía hacer era concentrarse en la tarea que tenía delante. Eso ya sería bastante duro de por sí. *Quizá mi mente se está empeñando en darle vueltas a todo porque en el fondo me da mucho más miedo pensar en lo que me propongo hacer. Porque estoy asustada de intentarlo y fracasar, y que el doctor se me muera en los brazos.*

- ¿Doctor? ¿me escucha usted?

Nada aún. Ben Al Saruff parecía ya más muerto que vivo. Daba la impresión de que cada inspiración le costaba un mayor esfuerzo que la anterior. Rúster miró a su alrededor, más que nada para apartar la vista, aunque sólo fuera por un instante, de los rasgos macilentos del agonizante ithoriano. A su lado el sargento Daboro esperaba en silencio. El delgado pero musculoso humano, experto en explosivos - por lo visto sus compañeros le apodaban *Mechas* -, era entre los comandos Lince el que había recibido un entrenamiento médico más completo, aunque carecía de la amplia experiencia práctica de Rúster. Al mirar hacia la pared trasera de la tienda, descubrió que el soldado seibergio no dormía en realidad, sino que los estaba observando. Su muñeca derecha, la del lado opuesto a su herida, estaba sujeta a la cabecera de la camilla por unas esposas de choque - cualquier intento por soltarlas provocaba una descarga eléctrica de media intensidad, no letal, pero muy desagradable para el sujeto -. Alce y Pantera lo habían estado interrogando tras llegar al campamento, pero ni siquiera les había dicho su nombre. Rúster les había pedido que lo dejaran para mañana y ellos habían accedido comprensivos. No quería que nadie los distrajera a Daboro y a ella. Si el seibergio hacía aunque sólo fuera un ruido, Rúster no dudaría en volver a sedarlo.

- El estimulante debería haber hecho efecto ya - comentó Daboro.

- ¿Sabes algo acerca de los ithorianos y cómo reaccionan a los estimulantes?

- No, lo siento, señora.

- Llámame Rúster como hace todo el mundo, o no sabré con quién estás hablando - Rúster hizo una mueca de disgusto y levantó las palmas de ambas manos en un gesto de disculpa. - Perdóname, estoy nerviosa.

- Lo comprendo, Rúster. Yo también estoy nervioso.

Rúster asintió y de nuevo puso toda su atención en el médico ithoriano. El suero seguía goteando rítmicamente desde la botella colgada de uno de los listones que sujetaban el techo de la tienda. Ya casi se había acabado, pero Daboro tenía otra en la mano. Rúster se preguntó si debería suministrarle otra dosis de estimulante, pero sabía que podían llegar a ser muy peligrosos si no sabías bien cómo usarlos. Una sobredosis podía dejar al paciente en coma profundo o incluso matarle.

- ¿Doctor? ¿Me oye usted?- *Todavía puedes volverte atrás, Rúster. ¿Qué crees que vas a poder hacer? Quizá me equivoco al pensar que ésta es la única salida. A lo mejor el doctor aguanta hasta que pase la tormenta y puedan venir a por él. Si intento operarle por mi cuenta lo más probable es que lo mate, y sin embargo, si no hago nada, aún podría sobrevivir. Esto es demasiado para mí. No soy más que una piloto de lanzaderas, y no demasiado buena, aunque Llamrada y Alce parecen pensar que he mejorado en eso. Puedo reducir una fractura y poner parches de bacta. Bueno, ahora también sé algo acerca de partos humanos, ¿pero esto? No, no lo haré. Ya he hecho todo lo que he podido, lo mejor que he sabido. No voy a operarle.*

Star Wars: Daños Colaterales

- ¿C-c-capitán? - la voz de Al Saruff sonaba débil y vacilante, pero estaba consciente. Rúster se acercó más a él para poder oírle mejor.

- Doctor, ¿cómo se encuentra?

- La si-situac-ción s-se está volviendo de-sesperada, ¿verdad?

Rúster hizo una mueca de dolor. - Sí, doctor, así es. Dos de sus costillas están rotas, y una de ellas ha penetrado en su saco respiratorio derecho. Bueno, no sé cómo llaman ustedes a sus... pulmones.

- Sa-sacos resp-pi-ratorios l-los describe muy b-bien.

- Esa herida, y el daño que las astillas de hueso han causado en los tejidos circundantes, le han provocado varias hemorragias internas, además de sus dificultades respiratorias, que cada vez van a más. Ya ha perdido usted mucha sangre, y no sé cuánto mal pueden causar los coágulos. Tengo miedo de que en cualquier momento sufra usted una embolia, una insuficiencia respiratoria aguda, un fallo cardíaco o todo eso a la vez. Necesita cirugía urgente, doctor.

- Y u-usted e-es lo más p-parecido q-que t-te-tengo a un ci-cirujano.

- Es verdad - Rúster sintió unos deseos tremendos de echarse a llorar, pero pudo contenerse.

- B-b-bien, no s-será diff-ícil. S-ssólo ab-brirme el pe-pecho, s-sacar la co-ostilla d-del s-saco, sut-uturar la herida, co-colocar en ssu s-sitio l-las co-cost... - Al Saruff tosió antes de poder continuar. - Q-uitar l-las astillas, l-limpiar los coág-gulos y cer-rar t-todo otra v-vez.

- Bendita Fuerza, tiene que estar usted bromeando, doctor. ¿No hay otra opción?

- M-mala-mente p-puedo b-bromear c-con esto. M-me estoy ju-jugando l-la vida.

Rúster eso lo sabía, como también había sabido lo que tenía que hacer en líneas generales, antes de que Al Saruff se lo dijera. Pero hasta este momento había conservado la esperanza de que el doctor le dijera que no hacía falta que le operase. Ahora se sentía incapaz de hacerlo.

- El autodoc no está programado para ithorianos - dijo, aunque una parte de su mente le chillaba que ésa no era excusa para cruzarse de brazos y no hacer nada mientras el doctor se le iba poco a poco. - No voy a saber hacer todo eso. Seguramente le mataré sin querer.

- Tendré que ser mi propio autodoc - respondió el ithoriano sin tartamudear, como si estuviese sacando fuerzas de una reserva oculta.

Rúster abrió los ojos de par en par. - ¿Cómo?

- ¿Qué ha usado p-para despertarme?

- Stimil 500, quince miligramos.

- S- Stimil... T-tendrá que valer. El ojo derecho del itoriano giró para mirar hacia la vía que Rúster le había puesto en el brazo. Satisfecho al parecer con lo que había visto, continuó. - Póngame diez m-miligramos más ahora, y otros v-veinte cada m-media hora o así. C-cada v-vez que vea que estoy a punto de desmayarme o-otra vez.

- Pero eso podría...

- Sssh, d-déjeme hablar. In-inyécteme también c-cuarenta, no, cincuenta miligramos de Nervioxol. ¿T-tenemos Nervioxol?

- Sí, más que suficiente - respondió Daboro antes de que Rúster pudiera comprobarlo.

- E-eso n-neutralizará los centros de d-dolor pero no con-contrarrest...-
Un nuevo ataque de tos volvió a interrumpirle. Rúster vio saliva mezclada con sangre resbalándole por la comisura de ambas bocas. En la sangre apreció pequeñas burbujas. Venía directamente de los sacos respiratorios. Rúster le limpió con una gasa intentando controlar el temblor de las manos.

- Creo que el doctor intentaba explicar que el Nervioxol no neutralizará los efectos del Stimil 500 - explicó Daboro. - Sé algo acerca de supresores neurales.

Rúster le echó una mirada al sargento. Al pensar en ello, se dio cuenta de que en la instrucción médica que le habrían dado a un comando como él, las drogas para eliminar o al menos amortiguar el dolor tenían que estar a la cabeza del temario.

- E-eso es - dijo el ithoriano recobrándose un poco. - Vamos. N-no perdamos más tiempo. Ca-capitán...

- ¿Sí, doctor?- Junto a ella, y aparentemente mucho más calmado, Daboro estaba abriendo ya un paquete de Stimil 500. Por un instante Rúster se sintió tentada de pedirle que ocupara su lugar.

- U-usted será m-mis ojos y mis m-manos.

Rúster inspiró y expiró tres veces seguidas, muy lentamente, y después se miró las manos. Para su sorpresa habían dejado de temblar. Daboro ya había hecho pasar el estimulante por la vía y estaba a punto de inyectar también el supresor neural.

- Dígame por dónde empiezo.

- Escalpeló l-láser a t-res cent-tímetros de l-ongitud. C-corte sobre mi pecho d-derecho, d-directamente sobre las c-costillas rotas.

Sin pensárselo dos veces, Rúster hizo lo que Al Saruff le había dicho. La sangre, casi negra, empezó a manar lentamente a través de la incisión, pero Rúster ni siquiera pestañeó.

Araña abrió los ojos sintiéndose terriblemente confuso. ¿Dónde estaba? ¿La zona médica? ¿Por qué? No le habían herido durante la batalla, ¿o sí? Lo único que recordaba era haberse sentido tremendamente exhausto y mareado. Ahora, sin embargo, se encontraba descansado, mucho más de lo que lo había estado en mucho tiempo, aunque un tanto aturdido. Quizá había dormido demasiado. ¿Pero cómo era eso posible, en mitad de una crisis? Y de nuevo, ¿por qué aquí?

- ¿Capitán Somarriba?- Araña giró la cabeza hacia la voz, encontrándose con uno de los androides médicos del doctor Ben Al Saruff - a quien él, como muchos otros, solía llamar doctor Benny -. No se trataba del usual modelo 2-1B de Automaton Industrias, sino un ejemplar de la nueva serie SY-S, más comúnmente conocidos como "Tijeras".

- Estoy complacido al comprobar que ha recuperado usted la consciencia - continuó el androide. - Le someteré a unos tests rápidos para asegurarnos de que todo está bien y después podrá usted volver al servicio activo. Por favor, mantenga los ojos bien abiertos mientras llevo a cabo un escáner de retina.

- ¿Por qué he sido hospitalizado?

- Principalmente por agotamiento - El Tijeras pasó una de sus manos especializadas sobre el rostro de Araña. El piloto tuvo una visión fugaz de un

grupo de pequeñas lentes moviéndose entre dos de los dedos. A continuación el androide colocó una mano diferente sobre su frente. Araña escuchó un zumbido muy bajo. - Ya puede cerrar los ojos si quiere. ¿Ha tenido usted dificultades para dormir últimamente, capitán?

Araña casi se echó a reír. - ¿Y quién no las tendría, después de varias semanas en estado de prealerta y otra en alerta completa? No he pasado ocho horas seguidas en mi litera desde antes de que viniésemos a parar a este sistema de mala muerte.

- ¿Pero no durmió usted correctamente durante sus periodos de descanso? El doctor Al Saruff distribuyó píldoras relajantes a los pilotos para ayudarles. Cada una de ellas garantiza un sueño profundo de entre dos horas y dos horas diez minutos en un humanoide. Vuelva la cabeza hacia su izquierda, por favor.

- No me las tomé - admitió Araña. - Nunca me han gustado las drogas de ninguna clase. Siento aversión hacia ellas.

- Esas píldoras difícilmente pueden ser consideradas como drogas, capitán. Ahora a su derecha, por favor. Gracias. El hecho es que tenía usted tantas toxinas acumuladas en su organismo por falta de sueño, que podría haberse desmayado en cualquier momento. Es una suerte que no le sucediera estando en vuelo. ¿Se ha sentido usted nervioso, sobre excitado, enfadado o demasiado agresivo?

- Puede que sí. Pero es que hubo una batalla, ¿sabes?

- Sí, señor. Estaba usted también al borde de experimentar alucinaciones, o de confundir la realidad con su propia imaginación. Los seres humanos necesitan soñar casi tanto como comer.

- Algo de eso he oído alguna vez. ¿Alucinaciones, dices? - Araña empezaba a sentirse muy preocupado.

- Sí, señor. ¿Tuvo usted alguna?

- Err....No, no lo creo - ¿Las tuvo?

- Bien. Comandante Stauber, ya puede usted hablar con el capitán Somarriba. Puede marcharse cuando quiera. Le declaro apto para volar.

- Gracias, SYS-0 - dijo Víbora. Araña no le había visto hasta ese momento. Debía estar esperando fuera de su campo de visión. - ¿Cómo te encuentras, piloto?

- Muy bien, jefe. De hecho, casi demasiado bien. ¿Cuánto tiempo he dormido?

- Tres días.

- ¡Tres días!

- Efectivamente. Está claro que lo necesitabas, y lo sorprendente es que nos lo hemos podido permitir. Pero ahora volvemos a estar en prealerta.

- ¿Desde cuándo?

- Desde hace quince minutos. Ahora escúchame bien. La próxima vez que decidas ser tu propio doctor, piénsatelo dos veces. Maldita sea, tanto preocuparnos todos por si Rúster dormía o no dormía, y resulta que el problema más serio lo teníamos contigo. Si las píldoras no te inspiraban confianza, lo que tenías que haber hecho es hablar con el doctor Al Saruff para que te explicara en qué consisten y cómo actúan, o bien para que te diera otra solución más de tu agrado. ¿Entiendes lo que te digo?

- Sí - Araña enrojeció. El tono de Víbora se había vuelto demasiado serio de pronto, incluso tratándose de él.

Star Wars: Daños Colaterales

- Estupendo, porque la próxima vez te doy una patada en el culo y te echo del escuadrón. ¿He hablado claro?

- Sí, señor.

- No me llames señor, bocazas, que sabes que no me gusta. Ahora vístete y vete directamente a la sala de reuniones. Allí te informaré de lo que ha pasado mientras... - Los gritos procedentes de otra cabina interrumpieron a Víbora. Araña volvió la cabeza para mirar en esa dirección, pero la pantalla estaba opacada, por lo que no pudo ver nada. Le había parecido que era Sparks el que gritaba.

- Luego te veo - dijo Víbora, yéndose directamente hacia la cabina en la que se escuchaba el jaleo. Araña quería haberle preguntado a Víbora por los pilotos que no habían vuelto inmediatamente tras el combate, eso ante todo, pero también decirle otras cosas. Que no había sufrido alucinaciones. Que, exhausto o no, había hecho lo que debía. Que no se sentía responsable de haber iniciado la batalla.

Esperaba tener la oportunidad de explicárselo en otro momento, a él y al resto de sus compañeros. Sobre todo a Solo.

Pero antes, no obstante, tendría que meditar mucho sobre lo que había sucedido, y quizá también estudiar las grabaciones de la batalla.

Víbora entró en la cabina justo a tiempo de ver cómo Sparks le lanzaba una bandeja de comida aún medio llena al androide médico. Uno de los cubiertos le golpeó a él en un muslo, manchándole de puré los pantalones.

- ¿Qué está pasando aquí?

- ¡Víbora, cuánto me alegro de verte! ¡Esta oxidada colección de circuitos, tuercas y tornillos dice que no puedo volver a volar! ¿Dónde está el doctor Al Saruff? ¡Quiero que venga él, y no esta chatarra!

- El doctor Al Saruff está en la Región Balania, pasándolo probablemente mucho peor que tú.

- ¿De qué estás hablando? Los chicos me dijeron que...

- Los chicos no te lo contaron todo para no complicar más tu situación. El androide médico me ha dicho hace un rato que ya deberías ser capaz de oír malas noticias sin alterarte demasiado, pero al parecer se equivoca.

- Se equivoca en muchas cosas, ya lo ves. No le vendría mal una revisión técnica a ese Tijeras.

- Puede ser, pero el diagnóstico que SYS-0 ha emitido en tu caso es correcto. He enviado personalmente el resultado de los tests y de los análisis que te han hecho a otros médicos de la flota, médicos humanos. Uno en el *Rescatador* y otro en el *Libertador*, ambos de reputación intachable. Los dos se han mostrado completamente de acuerdo con el androide. Tu corazón no está bien. Había una lesión previa que o bien desconocías tú mismo o bien preferiste no declarar. No, no me lo digas, no quiero saberlo. El hecho es que la descarga de iones que sufriste la ha complicado. Sufriste un pequeño infarto en la cabina, y otro más grave cuando te traían hacia aquí. Quizá deberías saber que fue ese mismo Tijeras el que te salvó la vida. Ahora, gracias a él, estás ya bastante recuperado. De aquí en adelante podrás llevar una vida normal, pero no como piloto de caza.

Star Wars: Daños Colaterales

- Podrían sustituirme el corazón por un órgano cyborg - respondió Sparks fríamente, como si no le hubiera sorprendido del todo lo que Víbora acababa de contarle. - Conozco un tipo al que se lo han hecho.

- Eso es decisión tuya, amigo mío, y también tu dinero, porque la nueva República no va a pagarlo. No si tu vida no corre peligro. Por la misma razón tampoco te pondrán en lista de espera de trasplantes, que sería la otra solución posible. Lo he preguntado.

- ¿Qué? ¡No es justo, mierda de hutt, no es justo! Les he entregado mi vida y ahora se limitan a darme un apretón de manos y mandarme a casa. ¿A qué casa? No he tenido otra durante años que no fueran las bases militares y las naves en las que he servido. ¿Sabes qué? Sí que declaré que tenía una lesión de corazón congénita cuando me presenté voluntario para unirme a la Alianza como piloto. Eso fue antes de Yavin y de la Estrella de la Muerte, cuando estaban desesperados por conseguir pilotos con experiencia. ¿Quieres saber lo que me dijeron? Que me aceptarían incluso si no tuviera brazos ni piernas, que robarían las prótesis si hacía falta.

- Ahora las cosas son diferentes - dijo Víbora, sintiéndose abochornado y violento, como si fuera él el responsable de la política de la Nueva República y las más que justificadas protestas de Sparks fueran dirigidas contra él.

- Sí que lo son. Rúster tenía razón en eso. Estos ya no son los viejos tiempos.

- ¿Vengo en mal momento?- dijo una voz metálica a espaldas de Víbora, imponiéndose a lo que parecía una serie de gruñidos. Al volverse, Víbora se encontró con Grozник - la voz que había oído era la de su traductor -, plantado en la entrada de la cabina en compañía de Parody y de Granito. - Podemos volver más tarde.

- No, Grozник - contestó Víbora, aliviado como si el wookiee y los demás hubieran llegado para rescatarle a él en lugar de para hacerle una visita a su compañero y amigo. Eso hizo que se sintiera aún más avergonzado, pero de todas formas se movió hacia la salida. - Sparks, tengo cosas que hacer...- empezó a decir mirando hacia el hombre tumbado sobre la camilla. La barba de tres días le hacía parecer más viejo, pero no tanto como su expresión deprimida, llena de decepción y amargura, tan diferente al buen humor del que Sparks solía hacer gala. Sus ojos ya no brillaban como solían.

- Vete, Víbora. Haz lo que tengas que hacer, lo comprendo - Sparks levantó la mano y la agitó en un adiós cansado. Víbora asintió y salió de la cabina sin decirle nada a los tres pilotos del grupo Zarpas que esperaban para entrar. Al escuchar los primeros gritos de enojo de Granito y los terroríficos aullidos de Grozник, se acercó hasta donde estaba el androide médico, recomendándole que buscara algo que hacer lejos de allí, preferiblemente en otra cubierta.

- No es culpa tuya, SYS-0, pero ahí dentro hay un wookiee y un lunático que podrían hacerte pagar los platos rotos.

- No recuerdo haber visto platos rotos, señor. La bandeja era metálica. Ah, ¿se trata de una expresión humana, señor?

- Sí. Una que viene a significar que lo mejor será que te marches durante un rato, si deseas seguir funcionando durante muchos años.

- Gracias, señor. Aprecio su preocupación.

Víbora se marchó del área médica caminando con grandes zancadas, deseando alejarse de allí cuanto antes. La alegría que había experimentado

hacia apenas unas horas al enterarse de que Lllamarada, Alce y Rúster seguían con vida había quedado ensombrecida por la preocupación por los que aún seguían desaparecidos - seguían sin tener noticia alguna de ellos - y por los heridos, culminando ahora con el terrible sabor de boca que le había dejado la visita a Sparks. Durante un momento de debilidad su único deseo fue que Lllamarada estuviera de vuelta y que él pudiera dejar de ser el comandante en funciones del escuadrón.

- Sabacc perfecto - declaró Solo colocando su última carta boca arriba. El campo aleatorio acababa de convertir el Ocho de Monedas en nada menos que el Idiota. Los otros cuatro jugadores, todos seibergios, daban por sentado que la del coreliano era una mano perdedora, ya que sus otras cartas sumaban entre todas veintitrés. Una carta de valor positivo le habría hecho pasarse, y una de valor negativo le habría alejado de la puntuación de sabacc, pero el valor del Idiota era cero, como sabían hasta los niños pequeños, y eso le daba a Solo la victoria absoluta en la partida. La pequeña sala de reposo del *Mercader Nómada* se llenó con los gritos de rabia y decepción de los seibergios, al ver como el sonriente piloto echaba mano al abultado montón de créditos que a esas alturas había alcanzado la bolsa. Uno de ellos se quejó en voz alta de que no había visto al Idiota durante varias manos, sugiriendo implícitamente que Solo podría haberla tenido escondida y a salvo de la acción del campo aleatorio, esperando una ocasión como ésta para utilizarla y llevarse la bolsa. Vigilando la escena desde la cabina, Raiven abrió discretamente la funda del bláster que llevaba colgado del cinturón. Solo y él habían estado de acuerdo en que lo mejor sería que no participase en el juego y se quedara apartado, manteniendo los ojos bien abiertos por si alguno de los seibergios resultaba ser un mal perdedor. De pronto la precaución parecía más que acertada. *Primera partida, primer problema*, pensó Raiven haciendo una mueca.

- Me parece que no andas muy bien de memoria, compañero - dijo Solo sin perder ni la calma ni la sonrisa. - Tu amigo Dieter tuvo el Idiota metido en el anulador de campo aleatorio durante toda la mano anterior, aunque no le sirvió de gran cosa. ¿A que sí?

- Sí, es verdad - admitió encogiéndose de hombros el tal Dieter. - Me vinieron de primeras el Idiota y el Dos de Sables, y me tiré todo el juego esperando a que me saliera un maldito Tres de lo que fuera para hacer una Mano del Idiota, pero no hubo manera. Al final, encima, el Dos de Sables se me convirtió en el Cinco de Báculos...

- Vale, vale, estaba de broma - dijo el primer seibergio, vaciando de un trago los últimos restos de Whyren Reserva que le quedaban en el vaso. Al dejarlo de nuevo en la mesa soltó una carcajada como para probar su sinceridad. Ayudados probablemente por las generosas dosis del whisky coreliano que todos habían consumido desde que subieron a bordo, sus tres compañeros se echaron a reír con él. Solo se unió a ellos hasta que terminaron todos tosiendo, con los ojos lagrimeando y dándose palmadas unos a otros en la espalda. Raiven se relajó un poco, pero mantuvo la mano cerca de la empuñadura del bláster. *Los borrachos cambian de humor a la velocidad de la luz.*

Cuando se marcharon los seibergios, acarreando con sorprendente seguridad las dos cajas de licor que habían comprado entre los cuatro, Raiven se levantó y fue a reunirse con Solo en la mesa de juego.

- Por un momento creí que iba a tener que rescatarte antes de que decidieran freírte.

- Las cosas no estaban tan serias - Ante la mirada incrédula de Raiven, Solo decidió elaborar un poco más su explicación. - No, en serio. No estaban tan enfadados como querían hacernos creer. Saben que recuperarán con creces lo que han perdido revendiendo parte del whisky. El precio que les estamos ofreciendo sería caro para Coronet City, pero aquí es una ganga.

- Si tú lo dices... En fin, ¿cómo ha ido?

Solo enseñó los dientes en una gran sonrisa. - Geniaaaaal. He ganado casi quinientos créditos corelianos. Son mucho más fáciles de cambiar que la moneda local, así que insistí mucho en que o jugábamos con créditos corelianos o nada.

Raiven soltó un gruñido. - No me refiero al juego, pirata. ¿Has obtenido alguna información útil?

- ¿Acaso no lo grabaste todo? - preguntó Solo súbitamente serio.

- Por supuesto que lo hice. Pero no podía oírlos bien desde la cabina, y no me apetece tener que revisar tres horas de grabación si puedes darme un resumen. ¿Estás sobrio?

- Ahora me estás ofendiendo, ¿sabes? Me tomé sólo dos vasos, pero los hice durar para que pareciera que estaba bebiendo tanto como ellos. Es un viejo truco de jugador.

- Ya veo - Raiven estaba perplejo por lo *coreliano* que parecía Solo desde que había adoptado ese papel, y no sólo por el acento o las expresiones típicas que utilizaba. No era que antes no lo pareciera, sino que ahora Raiven hubiera podido confundirlo con uno de los aventureros corelianos que aparecían en los holofilmes que veía cuando era niño. Todos ellos bebían whisky y jugaban al sabacc casi todo el tiempo. Eran descarados y atrevidos, encantadores e imprudentes, despreciando las leyes de probabilidades con la misma despreocupación cuando apostaban a las cartas que cuando estaban arriesgando la vida. Raiven estaba por pensar que aquellos personajes novelescos no estaban tan alejados de la realidad. Se preguntó cuánto de todo eso iba impreso en los genes comunes de los corelianos y cuanto eran conductas aprendidas, algo que hacían en un intento por parecerse al modelo que el resto de la galaxia tenía de ellos. En cualquier caso lo que estaba claro era que Solo estaba disfrutando de veras con esta misión, más incluso de lo que Raiven habría esperado. Era cierto que en ocasiones se volvía mortalmente serio, casi introspectivo, cuando hablaban sobre los sucesos acaecidos en las últimas semanas. Pero ahora, después de más de dos horas de sabacc, parecía haberse olvidado de todo. *Estoy empezando a entender algunas de las cosas que dice de él su expediente.* - Muy bien, ¿has averiguado algo entonces?

- No mucho, tengo que admitirlo - Solo se encogió de hombros. - He dejado caer que nos haría algo más que felices poder ganar un dinerito extra transportando refugiados balanios fuera de aquí en nuestro viaje de regreso. Me han dicho que es un poco tarde para eso, que la mayoría de los que podían pagarse el pasaje ya se han ido, y que el resto no se atreverán a poner sus pies en Nurtina ahora que está llena de soldados seibergios. Me han explicado

además que las noticias sobre el derribo de ese carguero han circulado deprisa, que todo el mundo habla de ello, por lo que a los banianos no deben quedarles ganas de probar suerte mientras los cazas de la Nueva República sigan ahí afuera. En realidad me han recomendado que no nos vayamos hasta que los corelianos tomen el sistema, pero no sé si era preocupación sincera o más bien que quieren volver a echar otra partidita y sacarme el dinero que les he ganado - Solo sonrió por un momento. - Les he preguntado tan discretamente como he podido si conocían al piloto del carguero, dando por sentado que se trataba de un coreliano y que quizá fuera amigo mío, pero todos han dicho que no.

- Quizá lo saben pero no se fían de ti como para decírtelo.

- Quizá, aunque siempre he pensado que el Whyren Reserva hace milagros cuando se trata de aflojar lenguas. No desesperes aún. Éste era sólo el primer intento. A lo mejor nuestros próximos clientes están mejor informados o tienen menos reparos en contar lo que saben.

Raiven suspiró ruidosamente. - Ojalá tengas razón.

La luz inusitadamente intensa de la mañana sorprendió a Rúster cuando intentó abandonar la tienda. La lumi se protegió sus cansados y enrojecidos ojos con el dorso de la mano y salió al exterior no sin dificultades. La nieve acumulada a ambos lados le llegaba a la altura de los muslos, pero alguien se había tomado el trabajo de despejar un camino frente a la tienda. Rúster sólo se hundió hasta los tobillos. Unos metros más allá, sobre la intersección con otro camino abierto en la nieve, Lllamarada y Alce se encontraban sentados sobre un par de contenedores vacíos. A su alrededor el campamento bullía de actividad. Por todas partes se veía a personal de la Nueva República, comandos Lince y refugiados banianos muy ocupados reparando los daños causados por la tormenta, y despejando senderos entre tiendas y refugios. Lllamarada y Alce, que al parecer habían estado esperándola, se levantaron de golpe tan pronto como la vieron salir. Alce llevaba una pala metálica en las manos, y por el color ligeramente carmesí de su cara daba la impresión de haber estado trabajando hasta muy poco antes.

- Espera, Ru - dijo el piloto -, yo te ayudo.

- No, estoy bien, gracias. Habéis hecho un buen trabajo con las palas... ¿Cuándo ha acabado la tormenta? - Al hablar, Rúster sintió la boca completamente seca.

- Hará una hora más o menos - respondió Lllamarada. Su brazo derecho descansaba sobre el cabestrillo que Rúster le había colocado el día anterior. - Llevas ahí dentro casi diez.

Rúster asintió. Diez horas. Había parecido una vida entera, y de hecho podía serlo para el doctor Al Saruff. El ithoriano los había obligado a Daboro y a ella a mantenerlo consciente hasta que estaban a punto de cerrar la herida, probablemente no hacía más allá de hora y media. Después de eso...

- ¿Cómo está?- preguntó Alce.

- Ha entrado en coma. No sé si es por la sangre que ha perdido, por un exceso de estimulantes o por algo que he hecho mal. No lo sé. Probablemente es todo eso al mismo tiempo.

- Pero todavía está vivo - dijo Lllamarada, obviamente intentando animarla.

- No por mucho tiempo, me temo - Rúster se sentía incapaz de ver las cosas con el optimismo que Lllamarada pretendía imbuirle. Se sentía agotada y vacía, como si las horas que se había pasado luchando por la vida de Ben Al Saruff le hubieran desprovisto de todo menos del cansancio. Lllamarada y Alce la miraban con preocupación, como si estuviesen esperando a que añadiera algo más, pero no sabía qué otra cosa podía decirles. Ella, Daboro y el propio doctor más que nadie, lo habían intentado. Sí, Al Saruff seguía con vida, pero eso no era decir demasiado. En realidad podría morirse en cualquier momento a causa de una nueva hemorragia que ya no podría aguantar, una simple complicación de su estado, o de un fallo sistémico de cualquier clase. Podría no salir jamás del coma, o hacerlo con daños irreversibles, físicos, neurológicos o de ambos tipos a la vez.

De pronto la sobresaltó un ruido por encima de su cabeza. Rúster lo reconoció como el sonido de una nave invirtiendo flujo para reducir su velocidad a la vez que activaba sus repulsores gravitatorios. Sorprendida, miró hacia arriba, hacia el lugar al que Alce señalaba.

- Allí - dijo su compañero. - Es una lanzadera coreliana. Debe ser la ayuda que estábamos esperando. Vienen a evacuar al doctor.

Rúster se dio la vuelta y casi se fue al suelo en sus prisas por volver a entrar en la tienda. Prácticamente arrolló al sargento Daboro, que salía para comprobar si el sonido que había oído era lo que parecía.

- ¡Están aquí! - le dijo. - ¡Los corelianos! ¡Hay que activar los repulsores de la camilla y llevarlo a la zona de aterrizaje!

- Cúbrele con unas mantas - dijo Lllamarada tras ella. - ¡Aquí fuera hace frío!

- ¡Sí, sí, eso también, sargento! ¡Vamos, vamos!

- Alce - escuchó aún decir a Lllamarada -, tú y yo vamos a llevarnos al seibergio a otra parte, por si acaso.

Menos de cinco minutos después la lanzadera volvía a elevarse hacia el cielo, desapareciendo casi de inmediato tras las nubes plomizas que lo cubrían por completo. Rúster sintió que alguien, Alce o Daboro, no sabría decirlo, le pasaba los brazos por debajo de las axilas para sujetarla. Sólo entonces se dio cuenta de que le estaban fallando las piernas. Notó que los párpados se cerraban sobre su ojos, pero esta vez no se resistió. La lumi no volvió a pensar ni a ser consciente de nada durante el resto del día.

STAR WARS DAÑOS COLATERALES

Capítulo XV

- Lo siento, capitán – dijo la imagen holográfica del vicealmirante Sinensis -, pero no puedo concederle el permiso para enviar una patrulla de reconocimiento a la Región Balania. Eso significaría casi con toda seguridad la rotura de la tregua por parte de los corelianos. No podemos correr ese riesgo.

Talina Gen'yaa se mordió la parte interior de la mejilla, intentando que su enfado no fuera demasiado evidente. Esto había sido una pérdida de tiempo. Sinensis ya le había dejado claro la primera vez que el informe de la teniente coronel Schroeder no era razón suficiente como para hacer nada. Había tenido la esperanza de la consejera Organa tuviera una opinión diferente, pero no debía ser así, o el discurso del vicealmirante habría cambiado en las últimas horas. Maldita sea. A pesar de la cautela de Sinensis, Gen'yaa estaba empezando a preguntarse si los corelianos estaban realmente dispuestos a combatir. Ahora se iban a encontrar delante nada menos que a dos destructores estelares y a un crucero moncalamari, sin olvidar al más que respetable *Alma Valiente*. ¿Arriesgarían el *Primer Ciudadano*, el *Misionero* y sus otras naves capitales por una simple cuestión de orgullo nacional? Esos navíos eran la mejor garantía con la que contaba el Diktat para mantener el presente estatus de independencia de los mundos corelianos, lo mismo frente al Imperio que frente a la Nueva República. No podían permitirse perderlos, teniendo en cuenta que sus intereses no estaban realmente en juego. Gen'yaa daba por sentado que los corelianos protestarían de forma contundente si la Nueva República volvía a invadir el espacio seibergio, y sin duda las negociaciones actualmente en curso sufrirían una importante recesión. Pero lo que no tenía tan claro es que fueran a ir más allá de las palabras, siempre y cuando no se atacaran objetivos fuera de la Región Balania. Había intentado hacerle ver eso a Sinensis, pero el vicealmirante se negaba a escucharla. Decidió que lo mejor sería no insistir. Si había un modo prácticamente infalible para echarle el freno a su, todavía, prometedor carrera, ése sería ganarse la reputación de discutir siempre las órdenes de sus superiores.

Pero no le era fácil callarse.

- Señor, no tenemos ninguna otra forma de saber qué es lo que está pasando en la Región Balania. No desde que los seibergios destruyeron nuestro satélite y a nuestras naves de retaguardia se les ordenó alejarse de la órbita del planeta.

- Esas órdenes fueron dadas por la consejera Organa en persona, capitán – A pesar de los esfuerzos de Gen'yaa por parecer considerada, resultaba obvio que el vicealmirante Sinensis estaba empezando a perder la paciencia con ella. Otra vez. – Me consta que lo hizo como un gesto de buena

voluntad hacia los corelianos y, sinceramente, alabo y comparto la prudencia de la consejera. Debemos evitar una confrontación con Corellia por todos los medios.

- ¿Y qué hay de las razones que nos trajeron aquí en un principio, señor?

- No las olvido ni por un sólo instante, capitán. Pero no tenemos la seguridad de que el ejército seibergio haya avanzado un solo metro más allá de Nurtina. Si los paramilitares han conseguido ponerles las manos encima a unos cuantos AT-ST dejados atrás por los imperiales, bueno, son malas noticias, pero eso no significa que hasta el último de los pueblos balanios se encuentre en peligro. Debo recordarle a usted que ninguno de nuestros campos ha sido objeto de ataque alguno, a pesar de que los seibergios han tenido tres días para intentarlo con total impunidad.

- Sí, señor - Gen'yaa renunció a decir ni una palabra más. Nada de lo que dijera convencería al vicealmirante. Por supuesto que los campos de refugiados no habían sido atacados. Somolovich estaba encantado con que los balanios corrieran en masa a refugiarse en ellos. Cuando la situación en ellos se volviera insostenible - no podía faltar mucho para que eso sucediera -, y estando la Nueva República atada de manos por la presencia de la flota coreliana, podrían verse obligados a evacuar los campos cuando los refugiados empezaran a morir de hambre y de frío, o a caer víctimas de las epidemias causadas por la falta de higiene. A los supervivientes se les llevaría a la ya superpoblada Balania, o se les repartiría entre aquellos mundos de la Nueva República que estuviesen dispuestos a acoger a unos cuantos miles. Y entonces, los únicos balanios que quedarían en Seibergia serían los muertos. Limpieza étnica terminada con éxito, objetivo cumplido. Gen'yaa se encogió mentalmente de hombros. *Nadie podrá decir que no lo haya intentado. El fracaso y la catástrofe humana no caerán sobre mis hombros.*

- Aprecio su preocupación, capitán de navío Gen'yaa - dijo Sinensis, aparentemente más sosegado al comprobar la aceptación de su subordinada -, y me aseguraré de que el Alto Mando sepa del excelente comportamiento que el *Guarida del Lobo* y el escuadrón Cabeza del Lobo han tenido en toda esta crisis, a pesar del infortunado incidente con ese transporte civil - *No podía evitar recordármelo, ¿verdad?* - Pero todos nosotros tenemos que ser capaces de reconocer y aceptar cuáles son nuestras prioridades aquí.

- Lo comprendo perfectamente, señor. Puede usted contar con nosotros.

- Ya lo sé, capitán. *Alma Valiente* fuera.

Gen'yaa permaneció mirando al ya inactivo holoproector durante cerca de medio minuto, luchando por contener la frustración que la falta de vista y el exceso de prudencia tanto del vicealmirante Sinensis como sobre todo de la consejera Organa - eso sí que era una decepción - le habían causado. Tras ella, el capitán de fragata Nil Wumb había presenciado en silencio toda la conversación. El sulustano se acercó hasta su lado.

- ¿Quiere usted que cancelemos el estado de prealerta, señora? Ninguna otra nave de la flota lo ha adoptado.

- No, capitán. Tarde o temprano, lo que está sucediendo ahí abajo se hará evidente hasta para los que no quieren verlo. Cuando eso suceda quiero que seamos los primeros en disposición de actuar.

Star Wars: Daños Colaterales

- Bien, señora. Aunque espero que no nos veamos obligados a combatir de nuevo. Incluso con las reparaciones de emergencia que hemos efectuado, el *Guarida* está bastante tocado.

- ¿Cree usted que no lo sé?

- Lo siento, señora, no era mi intención ser impertinente – Gen'yaa había lamentado de inmediato haberse dejado llevar por su genio y más aún haberlo pagado con su segundo de a bordo, pero no obstante no se disculpó. Wumb la conocía lo suficientemente bien como para no sentirse ofendido con tanta facilidad. Además, de cuando en cuando, no estaba de más recordarle a la gente cuál era su sitio. *Justo lo que Sinensis acaba de hacer conmigo, por cierto.*

Nadie volvió a hablar en el puente durante un rato, hasta que media hora más tarde el controlador de vuelo de servicio llamó la atención de Gen'yaa.

- Señora, un ala-X procedente del *Libertador* solicita permiso para apuntar en nuestro hangar. El piloto ha pedido poder hablar en persona con usted.

Gen'yaa arqueó una ceja. – Qué extraño. ¿Se ha identificado ese piloto, alférez?

- Negativo, señora. No ha comunicado ni su nombre ni su rango, sólo la identificación del caza, aunque por la voz me ha parecido que se trata de una mujer humana. ¿Quiere que...?

- No, no será necesario. Envíela al hangar principal. Me encontraré allí con ella.

- A sus órdenes, señora.

- El puente es suyo, capitán Wumb. No tardaré mucho.

- Bien, señora.

Gen'yaa llegó a la cubierta de vuelo a tiempo de ver cómo el ala-X era conducido por el rayo tractor hasta una posición de estacionamiento desocupada en un lateral del hangar. Tras la batalla había varias para elegir. La piloto descendió por la escalerilla que le había acercado un técnico. Al ver a Gen'yaa se dirigió directamente hacia ella. La mujer era de corta estatura y aspecto atlético, y en su forma de andar se percibía una agilidad y una economía de movimientos poco comunes. Gen'yaa había visto entrenar a los comandos Lince más de una vez, y las mujeres que había entre ellos caminaban así. Quien quisiera que fuera esa mujer, sabía cómo utilizar su cuerpo en combate. Aunque todos los pilotos de caza procuraban mantenerse en buena forma, muy pocos entre ellos serían capaces de aguantar un asalto ante el menos hábil de los comandos. Gen'yaa tenía la impresión de que esta dama sí que podría.

- Capitán de navío Gen'yaa – dijo deteniéndose a un paso de la bothan, a la vez que se quitaba el casco de vuelo. Su cabello blanco le cayó sobre los hombros. Eso y el azul glacial de sus ojos eran los rasgos que más desmentían el parecido con Leia Organa, que por otro lado resultaba aún más obvio al verla frente a frente.

- Invierno.

- Sí, capitán. Lamento el secretismo, pero la consejera Organa me pidió que fuera tan discreta como me resultara posible.

- ¿Qué es tan importante como para que haya tenido que venir a decírmelo en persona?

A Invierno no pareció molestarle la relativa dureza de Gen'yaa. – Nada, en realidad. Pero prefería verla a usted cara a cara en lugar de hacerlo otra vez vía holograma. Es lo que haría la consejera Organa si tuviera la ocasión.

Gen'yaa comenzó a caminar hacia la pequeña oficina de la teniente de navío Hanniuska, sabiendo que la encontraría vacía – había comprobado que el mecánico jefe estaba una cubierta más arriba, dirigiendo las reparaciones sobre varios cazas del escuadrón Cabeza de Lobo -. Allí podrían hablar a salvo de las miradas curiosas de técnicos, pilotos o cualquier otra persona que acertara a encontrarse en el hangar en esos momentos. A Gen'yaa no le hacía falta volverse para saber que más de un par de ojos las observaban con curiosidad, pues no era habitual que la capitana bajara hasta allí, y menos a recibir a un piloto desconocido. La enigmática joven la siguió sin hacer preguntas. Tan pronto como la puerta del habitáculo se cerró tras ellas, Gen'yaa se plantó frente a Invierno y, sin ofrecerle siquiera asiento – tampoco era fácil encontrarlo allí, pues Hanniuska tenía todas las superficies horizontales cubiertas de cables, engranajes y componentes a medio montar -, decidió ir directamente al grano.

- Parece que cuenta usted con la total confianza de la consejera, ¿no es así?

- Sí – admitió Invierno.

- ¿Suele ella escuchar cuando usted le habla?

- Sí que lo hace - Invierno sonrió por un instante. – Aunque siempre es ella quien toma sus propias decisiones, no necesariamente siguiendo mi consejo o el de otros.

- Ya veo. Por favor, siéntese – Algunas personas tendían a sentirse inseguras, e incluso a ponerse nerviosas, cuando se les hacía permanecer en pie, pero evidentemente Invierno no era de esa clase. A Gen'yaa no le sorprendió comprobarlo. Como si fuera lo más normal del mundo, la mujer de pelo blanco apartó una caja con unidades de energía agotadas y se sentó sobre el contenedor que había debajo. Tras dejar el casco en el suelo, cruzó las piernas con desenvoltura y volvió a sonreír en dirección a Gen'yaa.

- Gracias. Seguramente tiene usted muchas otras cosas que hacer, así que no le robaré mucho tiempo.

- Tómese el que necesite – respondió Gen'yaa apoyándose sobre el borde de la mesa, no sin antes pasar la mano para asegurarse de que no iba a mancharse el uniforme. – He dejado al *Guarida* en buenas manos.

Invierno asintió. – Su tripulación es muy competente, capitán. - Gen'yaa aceptó el elogio con una simple inclinación de cabeza. Invierno continuó. – Estoy al corriente de su reciente conversación con el vicealmirante Sinensis. Él mismo informó a la consejera.

- ¿Sigue a bordo del *Primer Ciudadano*?

- No. La consejera ha regresado al *Libertador*. El próximo encuentro con los corelianos ha sido fijado para mañana, una vez que hayan vuelto todos los cargueros. La consejera ha convocado al vicealmirante Sinensis y a algunos de los capitanes de la flota para discutir con ellos cuál puede ser la evolución de la situación a partir de este momento. ¿Cree usted de verdad que los seibergios se están aprovechando de la cobertura que les están dando los corelianos para ocupar la Región Balania?

Star Wars: Daños Colaterales

- Sí, estoy convencida de ello. Y si me dejaran enviar aunque sólo fuera una simple sonda para tomar unas cuantas fotos desde la estratosfera, además podría probarlo.

- No está claro que eso pudiera hacer cambiar a los corelianos de postura, capitán, pero sí que podría forzarnos a movernos a nosotros. Quizá sea una suerte que no podamos verificar sus sospechas por el momento.

- ¿Por qué dice eso?

- Si se llega a saber que el gobierno seibergio está empleando su ejército para llevar a cabo una limpieza étnica en la Región Balania, todos los ciudadanos de la Nueva República esperarían de nosotros que cumpliéramos nuestro compromiso de defender a la población balania. Tendríamos que ir contra las tropas seibergias con todas las fuerzas a nuestra disposición, a pesar de la oposición de los corelianos.

- No necesariamente. Podríamos mantenerlo en secreto por un tiempo, mientras utilizamos las evidencias para obligar a los corelianos a cambiar de política. No creo que les agradase la idea de ser presentados ante toda la galaxia como cómplices de un genocidio.

- No veo como podríamos mantener algo así en secreto. Hay periodistas por todas partes intentando colarse en nuestras frecuencias, ofreciendo sobornos a todo el mundo a cambio de información y observando de cerca todo lo que hacemos, haciendo conjeturas y publicándolas sin pruebas en forma de artículos de opinión. Hacemos todo lo que podemos por evitar que interfieran en nuestras operaciones, pero no podemos echarles de aquí, ni siquiera aunque los corelianos decidiesen hacer lo propio con los enviados de sus propios medios de comunicación. Somos una democracia y una de las normas básicas es la libertad de palabra.

- Todo eso me lo sé.

- Entonces debe estar de acuerdo conmigo en que más pronto que tarde se produciría una filtración y la prensa se enteraría de que hemos hecho ese hipotético reconocimiento, sobre todo si los resultados confirmaran lo que creemos - Gen'yaa frunció los labios. Invierno tenía razón en lo referente a los medios. Si ella misma había tomado tantas precauciones para evitar que su pequeña operación en Nurtina fuera descubierta, no había sido tanto por temor a la reacción del vicealmirante si descubría que había actuado sin su permiso, como para evitar que ningún periodista pudiera enterarse de algo y de ese modo terminaran sabiéndolo los corelianos, los propios seibergios y la galaxia entera.

Tras una pausa, en la que Invierno la miró como si supiera lo que estaba pensando, la asistente de Leia Organa prosiguió. - Es más, incluso aunque consiguiéramos mantenerlo lejos del dominio público, la consejera Organa no comparte su opinión acerca de que con esa información se pudiera influir en el ánimo de los militares corelianos con los que estamos tratando - De la frase de Invierno, Gen'yaa dedujo que Organa y ella ya habían discutido esta posibilidad y la habían descartado. - Para ellos, como para el resto de sus compatriotas, la Región Balania es parte integrante de Seibergia, y la crisis balania un problema interno. Consideran que los seibergios tienen todo el derecho de la galaxia a llevar tropas a cualquier parte de la superficie de su propio planeta, y que toda la responsabilidad de lo que está sucediendo la tienen las guerrillas balanias. El genocidio del que usted habla, aunque real, no van a querer verlo por ninguna parte. - Al llegar a ese punto, Invierno se permitió dejar escapar un suspiro. - La

única utilidad práctica que tendría una misión de reconocimiento sobre la Región balania sería la de proporcionar blancos para un inminente ataque por nuestra parte. Pero en el momento en el que disparemos un solo disparo contra el ejército seibergio, o quizá incluso antes, durante el reconocimiento mismo, los corelianos nos atacarán a nosotros para defender a sus aliados seibergios.

Gen'yaa gruñó por lo bajo. Dey'jaa y ella se habían pasado horas discutiendo sobre todo esto, al parecer igual que habían hecho Organa e Invierno, y Dey'jaa tampoco estaba de acuerdo con ella en esto. *Supongo que por algo he elegido la carrera militar en lugar de la política*, pensó la bothan con ironía. No obstante, decidió insistir y presionar así un poco más a Invierno. Ésta era una oportunidad inmejorable para descubrir cuáles eran las intenciones de la consejera Organa, y quizá averiguar algo más sobre el contenido de sus conversaciones con los corelianos. - No pueden ganar. La flota que han traído hasta aquí es poderosa, sí, pero también lo es la nuestra. Las pérdidas serían terribles por ambas partes, pero aún así no conseguirían echarnos de aquí. Ya no.

- Esas pérdidas no nos las podemos permitir ni unos ni otros, ésa es la clave, y es por eso que se sigue negociando. Al coste de dejar otros lugares indefensos ante la posibilidad de un ataque imperial, podríamos traer nuevos refuerzos y derrotar claramente a los corelianos. Pero entonces el Diktat se tragaría su orgullo y el de sus compatriotas y llamaría al Emperador para pedirle su ayuda, la misma que hasta el día de hoy se ha empeñado en rechazar.

- ¿Y no cree que el Diktat podría dar marcha atrás con tal de no tener que pasar por eso?

- No si pretende seguir siendo Diktat. Una parte significativa de la población le retiraría su apoyo a Francmonde si mostrara cualquier signo de debilidad frente a nosotros. Los pro-imperiales provocarían manifestaciones, huelgas y disturbios, y al final se vería forzado a convocar nuevas elecciones. Ésas las ganaría un candidato imperialista. Francmonde sabe que a la larga el final sería el mismo con él o sin él, así que puede usted dar por seguro que hará lo que tenga que hacer para mantenerse en el poder, aunque sea a las órdenes de Coruscant. Si tiene que sacrificar su preciosa flota para conservar el puesto no vacilará en hacerlo.

Gen'yaa frunció el ceño. - ¿Querría el Emperador a una Corellia sin naves? No, no me conteste, es una pregunta retórica. Por supuesto que sí la querría. Con tantos corelianos repartidos en las fuerzas armadas y en la administración de la Nueva República, el golpe psicológico sería peor que lo que pudieran hacernos seis flotas como ésta.

Invierno asintió. - Exacto. No sólo la consejera Organa, sino Mon Mothma y la mayoría del Consejo Provisional están de acuerdo en que esta batalla no se puede ganar por la fuerza de las armas. La consejera Doman Beruss, por cierto, se ha abstenido en las votaciones. No obstante, lo cierto es que el tiempo para evitar un final violento se nos está agotando. Tras recibir su informe a la consejera Organa le preocupa, y mucho, que mientras seguimos esperando y retrasando lo que quizá sea inevitable, miles de balanios están perdiendo sus casas y quizá también sus vidas. Se está planteando ordenarle a Sinnessis que vuelva a activar las patrullas armadas sobre la Región Balania, aunque eso signifique romper la tregua.

Gen'yaa cruzó los brazos sobre el pecho. Ahora estaban empezando a hablar el mismo idioma. *Así que Leia Organa no es ni ciega ni insensible ante la dura realidad, como acostumbran a ser otros muchos políticos.* - ¿Y en qué puedo ayudarles yo? Porque no creo que haya venido hasta aquí solamente para charlar.

- En realidad sí, aunque también me gustaría que me diera usted algunas respuestas.

Gen'yaa no alteró su expresión en lo más mínimo. - Si está en mi mano dárselas las tendrá.

- Gracias, capitán. Verá, desde que el *Guarida del Lobo* fue enviado al cúmulo Viayak, se da la circunstancia de que usted o su gente han tenido siempre algo que ver en cualquier suceso de importancia que haya tenido lugar aquí. Primero, una de sus patrullas de cazas fue la responsable del tristemente famoso incidente que ha terminado por meternos a todos en este lío - Gen'yaa abrió la boca para contestar, pero Invierno le pidió con un gesto que le permitiera continuar. - Por favor, capitán. Mi opinión personal es que tarde o temprano tenía que suceder una desgracia de este tipo, pero el hecho es que fue a pilotos del escuadrón Cabeza de Lobo a quienes les pasó. Bien, después de eso, entra en escena la flota coreliana y de nuevo son sus pilotos los primeros en detectarlos y los primeros también en abrir fuego en esta guerra sin declarar. El *Guarida de Lobo* resultó ser también el primer navío de la Nueva República que entró en combate, y su actuación resultó clave en el desarrollo de la batalla al mantener a los corelianos ocupados hasta la llegada del *Libertador*. Sin duda, fueron su nave y su tripulación quienes salvaron el día. Sorprendentemente, y casi al mismo tiempo, su lanzadera de búsqueda y rescate se convirtió en la primera nave que perdemos en Seibergia, y no por accidente, sino derribada por un caminante seibergio. Esto constituye la primera y de momento única evidencia que tenemos de que el ejército regular seibergio está operando en el mismo corazón de la Región Balania. Contra todo pronóstico, sus pilotos sobreviven al siniestro y se las apañan para llegar a uno de nuestros campos sin ser capturados y así poder informar de lo que han visto. Impresionante, ¿no cree?

- Puede ser. ¿A dónde quiere ir a parar?

- Otros dos pilotos suyos fueron vistos en Sullust hace tres días. Partieron de allí a bordo de un carguero ligero de fabricación coreliana, modelo YT-2100, aparentemente el mismo que una pareja de cazas del escuadrón Cabeza de Lobo interceptaron ayer. Teníamos más de una docena de cazas en el espacio en ese momento, pero coincidió que eran esos dos los que estaban más cerca al punto de entrada del carguero. Lo más curioso es que se limitaron a dejarlo pasar, con la ayuda involuntaria de los dos corelianos que les hacían de sombra.

Y todavía pretendía que su visita era de cortesía. - Está usted muy bien informada para ser simplemente una asistente - dijo Gen'yaa, que no veía beneficio alguno en intentar negar las afirmaciones de Invierno. Era obvio que Organa y ella contaban con fuentes condenadamente buenas.

- Cierto. Y ahora dígame qué es lo que está pasando.

Gen'yaa sopesó la cuestión y decidió que no tenía nada que perder poniendo todas sus cartas sobre la mesa. Si las cosas iban mal, prefería tener a la consejera Organa como aliado que como enemigo, y para ello su mejor oportunidad parecía ser ganarse las simpatías de la tal Invierno. *Qué infiernos.*

Por todo lo que sé, podría tratarse de la propia Organa con unas lentillas, un poco de maquillaje y una peluca blanca.

- Es cierto. Tengo a dos de mis pilotos en Seibergia, buscando pruebas de la implicación del Imperio en toda esta crisis, y en particular en el, como usted lo ha llamado, tristemente famoso incidente.

Invierno frunció el ceño levemente, pero no pareció en absoluto sorprendida. - ¿Dónde están exactamente?

- En Nurtina.

- La Inteligencia de la Nueva República tiene a varios agentes en Seibergia intentando hacer lo mismo. ¿Por qué cree que sus dos pilotos pueden tener éxito allá donde otros no han conseguido nada hasta el momento?

- Uno de ellos es coreliano. Ha estado antes en Nurtina y sabe desenvolverse muy bien entre pilotos de carga, contrabandistas y la clase de gente que uno esperaría encontrarse en un espaciopuerto tan miserable como éste. El otro es un antiguo piloto imperial con cierta experiencia en operaciones encubiertas. Pensé que podrían tener alguna posibilidad y por eso los envié allí.

- Pues espero que los dos anden bien de suerte, porque no vamos a poder prestarles ningún apoyo. No podemos arriesgarnos a descubrir a nuestros agentes. También debe usted saber que si meten la pata y las cosas empeoran a causa de su intervención, todas las miradas se van a volver hacia usted.

Gen'yaa apretó los labios. Era mucho esperar que Organa fuera a ayudarla en esto. - ¿Así que era esto lo que le ha hecho venir hasta aquí?

- No. Es sólo una parte. La consejera necesitaba saber con certeza qué se traía usted entre manos, y si lo que fuera iba a ayudarnos a resolver la crisis o más bien todo lo contrario - Gen'yaa no respondió. Invierno la miró fijamente durante unos instantes y finalmente hizo una profunda inspiración. - Voy a pedirle a la consejera que aguante unos días con los corelianos, a ver si sus hombres consiguen darnos lo que necesitamos. Que la Fuerza nos perdone si esperamos para nada, y muere más gente porque no actuamos cuando debimos.

- Esperemos que no sea así.

- También quería escuchar sus otras ideas.

- ¿Otras ideas?- Ahora el desconcierto de Gen'yaa era sincero.

- Parece usted tener ideas para todo, capitán, y acostumbra a salir con bien de toda clase de situaciones. Eso es lo que dice su expediente, y también lo que contestó el consejero Fey'lya cuando la consejera Organa le preguntó por usted.

Gen'yaa tragó saliva, comenzando a sentirse incómoda. No le gustaba en absoluto el rumbo que estaba tomando la conversación. En menos tiempo del que tardaría un toydariano en guardarse un crédito que no es suyo, se había encontrado con que la responsabilidad de salvar o de arruinar el futuro de la Nueva República había caído sobre sus hombros y los de los dos pilotos a los que había enviado a buscar un milagro, y por si eso fuera poco descubría que había sido objeto de escrutinio por parte de la consejera Organa y de su misteriosa ayudante. A pesar de lo delicado de su situación, no podía dejar de encontrarla un tanto irónica. *Esto es lo chocante de llevar tanto tiempo juntos*

bajo la misma bandera. Ahora los humanos empiezan a comportarse como bothans.

- Me encantaría poder ser de utilidad - contestó sin perder la calma -, y también que lo que acaba de decir fuera cierto. Pero si tuviera alguna solución mágica para la situación que nos ocupa la habría compartido ya con el vicealmirante Sinensis y con la consejera Organa.

- Ya veo. Si es así ya he terminado aquí.

- Espere. Hay algo de lo que hemos estado hablando mi oficial de Inteligencia y yo.

- La escucho.

- En realidad, usted misma lo ha mencionado de pasada. Se trata de los medios. Sus holocámaras han estado presentes en todo este desaguisado desde el mismo comienzo. Si lo pensamos bien, las imágenes que emitieron los de Coronet Holocaust News y el tratamiento que les dieron tienen tanta culpa de las consecuencias que pueda tener la destrucción de ese carguero como los pilotos que lo derribaron. Después de todo, al responsable de la cadena le dio igual que pudieran estar metiendo a su mundo en guerra con tal de apuntarse la exclusiva y multiplicar sus niveles de audiencia durante unos días.

- Creo haber mencionado antes el tema de la libertad de expresión.

- A eso iba. Estoy de acuerdo en que no podemos librarnos de los periodistas, pero, ¿por qué no usarlos en nuestro favor? - Gen'yaa sabía que esto era como disparar contra un blanco que se encuentra más allá del radio de alcance efectivo de tu arma, pero no perdía nada por intentarlo. *Funcione o no, al menos podría servir para distraer la atención de la prensa, y le daría al Alto Mando algo que pensar aparte de en cómo cortarnos el cuello a mí y a mi gente.*

Invierno levantó levemente ambas cejas, el primer signo que Gen'yaa veía en ella de que algo pudiera sorprenderla o pillarla desprevenida. - ¿Cómo haría usted eso? Supongo que está usted enterada de que reporteros de varios mundos visitaron nuestros campos hace cosa de diez días, poco antes del incidente. Se emitieron varios reportajes, en un intento de concienciar a la opinión pública sobre los padecimientos de los balanios, pero para lo único que nos sirvió fue para atarnos aún más de pies y manos. Ahora ya no podemos retirarnos de Seibergia bajo ninguna circunstancia sin hacer pedazos con ello la credibilidad de la Nueva República.

- Eso ya no tiene remedio, así que no veo qué mal podría hacer seguir insistiendo por esa vía hasta conseguir conmover a los propios corelianos. La situación en los campos es mucho peor ahora que hace diez días. Ahora están saturados más allá de su capacidad y los refugiados llegan a ellos medio congelados y muertos de hambre. Pero ya no hay periodistas allí, ¿verdad?

Invierno se encogió de hombros. - No nos interesaba que se quedaran merodeando por la zona y que pudieran tomar holos de nuestros ala-B persiguiendo a los paramilitares sobre suelo seibergio, así que hicimos todo lo posible por mantener a los medios lejos de la Región Balania. Se enviaron invitaciones a los principales canales para que visitaran nuestras naves capitales y acompañaran a alguna de nuestras patrullas en las operaciones relacionadas con el bloqueo. Dejamos fuera de la invitación al *Guarida del Lobo* por motivos evidentes. La mayoría de los canales aceptaron la oferta y retiraron temporalmente a sus enviados especiales de la Región Balania, y ahora no podemos llevarlos de vuelta - Invierno permaneció en silencio durante unos

momentos, considerando las opciones. A Gen'yaa le pareció que se estaba tomando bastante en serio su propuesta, por lo que esperó sin decir nada. - Aún quedan en Seibergia periodistas procedentes de medios independientes. Que sepamos, la mayoría están en la capital, peleándose por conseguir una entrevista exclusiva con el presidente Somolovich. No podemos descartar, no obstante, que algunos *freelances* estén todavía en la Región Balania.

- Pero si no están en nuestros campos, ¿dónde...? - Gen'yaa se interrumpió a media frase, pensando en una posibilidad que hasta el momento no se le había ocurrido. - Las guerrillas, deben estar con las guerrillas.

Invierno asintió. - Seguro que algunos sí. El Ejército Balanio de Liberación está tan necesitado de propaganda que no me extrañaría demasiado que estuviesen ayudando a la prensa a grabar imágenes de los desmanes de los seibergios. A otros los han detenido las autoridades seibergias, según nos han informado nuestros agentes. Seguramente los retendrán durante unos días y después los expulsarán del planeta.

- Ahí tenemos otra prueba. No detendrían a ningún periodista si no tuvieran nada que ocultar. Es evidente que tiene usted buenos contactos en Inteligencia. Dígales que manden a alguien a darse una vuelta por las principales agencias de noticias, que comenten en voz baja a quien quiera oírlo que los buenos reportajes están ahora en la Región Balania. El público ya debe estar saturado de ver repetidas las imágenes de la batalla. Allá donde nosotros no podemos ir sin provocar la reacción de los corelianos, quizá la prensa sí que pueda llegar. Si los seibergios los detienen en el intento, las protestas se multiplicarán. Eso es presión para Somolovich e, indirectamente, también para el Diktat.

- No la entiendo a usted, capitán. Creí que estábamos de acuerdo en que no nos conviene que se revele la posible entrada del ejército seibergio en la Región Balania. Tendríamos que romper la tregua con los corelianos, lo queramos o no. Aunque puede que terminemos llegando a eso de todas formas, no veo en qué puede beneficiarnos el forzar las cosas.

- Una cosa es que la prensa se entere por una filtración nuestra de algo que hemos descubierto durante una misión de reconocimiento, y otra muy diferente que sean sus cámaras las que lo descubran. Imagine el efecto que causarían las imágenes de las mujeres y los niños balanios huyendo de sus aldeas en llamas. Quizá incluso se dieran de bruces con un AT-ST como el que derribó a nuestra lanzadera, destruyéndolo todo a su paso. Menuda exclusiva. A nosotros nos obligaría a intervenir, sí, pero quizá tras hacerse público algo así los corelianos no nos lo impedirían.

Invierno consideró lo que Gen'yaa acababa de decir - Los periodistas que grabasen algo semejante se estarían jugando la vida.

- Esa gente se ganan el sustento corriendo esa clase de riesgos. Todo por una noticia, ¿no es eso lo que dicen? Además, también podría haber reporteros corelianos. Me gustaría escuchar lo que dicen si uno solo de sus cámaras resulta herido por culpa del ejército seibergio.

- Eso es verdad. Está bien, pondré al corriente a la consejera de lo que hemos hablado. No creo que le guste mucho la idea, pero puede que se muestre de acuerdo con usted en que en este caso el fin puede justificar los medios - Invierno se puso en pie. - Antes de que me marche, tengo algo aquí para usted - dijo sacando una tarjeta de datos de uno de los bolsillos de su traje de vuelo y entregándosela a Gen'yaa.

- ¿Qué es esto?
- La lista de prisioneros de los corelianos.
- Por fin.
- Por fin. Después de este corto pero productivo periodo de buenas relaciones han accedido a darnoslas. Debo avisarla, no obstante. No son buenas noticias en lo que respecta a su gente.
- Gracias de todos modos.

Gen'yaa no acompañó a Invierno a su ala-X, sino que se encaminó directamente al puente. La visita de la supuesta asistente le había aclarado algunas dudas, y sobre todo le había hecho ser consciente de la atención que había despertado sobre sí misma. También le había servido para averiguar lo más importante de las negociaciones en curso: ni Corellia ni la Nueva República estaban dispuestos a ceder ni un ápice en sus posiciones, más allá del acuerdo que había permitido que los transportes corelianos descargaran en Seibergia. Como consecuencia, ahora que al parecer los seibergios habían entrado en la Región Balaria con su ejército, una nueva y definitiva confrontación a tres bandas era ya sólo cuestión de tiempo. A menos que Tengroth y Rovardi, o cualquiera de los agentes de la Nueva en Seibergia, consiguieran dar con algo que pudiera darle un giro radical a la situación. La bothan arrugó el gesto. El que se hubiera descubierto lo de su pequeña operación había hecho aumentar las probabilidades de que también ella, y no sólo Schroeder y Gregory, se convirtiera en cabeza de mynock al final de esta historia. Gen'yaa se maldijo a sí misma por ser tan arrogante e ingenua como para pensar que podía hacer algo así sin que el servicio de Inteligencia de la Nueva República se enterase.

Para cuando llegó al puente, no obstante, ya había empezado a aceptar el cambio de circunstancias y a dejar atrás su malestar previo. El daño ya estaba hecho, reflexionó, así que no tenía ningún sentido perder el tiempo en lamentaciones. Después de todo, si Tengroth y Rovardi tenían éxito, ella se iba a apuntar un tanto enorme. Ese pensamiento le ayudaría a sobrellevar la incertidumbre sobre su futuro y el de la Nueva República. A pesar de la aversión innata que a la mayoría de los bothans les causaría la idea de correr riesgos incontrolados, Gen'yaa hacía mucho tiempo que había llegado a la conclusión de que no se pueden alcanzar grandes metas sin asumir grandes riesgos. Le dijo a Wumb que todo iba bien y retomó el mando del *Guarida del Lobo* enviando a su segundo a descansar, aunque en realidad debería haber sido ella la que se retirase. Contando con que durante las próximas horas ningún piloto de caza, coreliano o de la Nueva República, perdiera los nervios y provocase que se abrieran de nuevo las hostilidades, este turno de guardia prometía ser bastante tranquilo. Tendría tiempo de sobra para pensar y para hacer planes por anticipado. Envío un mensaje corto al teniente de navío Dey'jaa y abrió de nuevo el canal de noticias que Wumb había desconectado horas antes, dejando el volumen bajo para no distraer a los miembros de la tripulación que estaban de servicio en el puente. Mientras comenzaba a escuchar a los locutores corelianos, tomó nota mental de algo que quería hacer más adelante, en cuanto se presentara la oportunidad. La tal Invierno había conseguido despertar su curiosidad, tanto como para consultar a sus propias fuentes. *Veremos lo que puede decirme sobre ella la red de espías bothan.*

Para cuando Rúster abrió los ojos ya se había hecho de noche. Tras haberse pasado cerca de once horas seguidas durmiendo – en ese instante ignoraba aún que hubieran sido tantas –, se sentía aturdida y completamente desorientada. En lugar del techo de su camarote en el *Guarida del Lobo*, o el panel superior de instrumentos de la *Compasión*, su mirada se topó con la tela de fibroplástico verde oscuro de una tienda de campaña militar. Estiró los brazos a la vez que bostezaba. Sus pensamientos se iban aclarando lentamente. Ayer - ¿había sido ayer la última vez que había dormido, o quizá había sido antes de ayer? – se había despertado con la misma visión. Habían acampado en un paso de montaña, y la noche anterior ella había estado atendiendo un parto - ¿un parto? ¿Ella? - y después... Sí, cambiándole los parches de bacta a la cadera del doctor Al Saruff y al costado del soldado seibergio. Con ese recuerdo los últimos restos de somnolencia se desvanecieron por completo. Rúster se apresuró a liberarse del saco de dormir y se puso en pie, mirando frenética a su alrededor en busca de sus pacientes. Descubrió que allí no había nadie aparte de ella, tan sólo unos cuantos sacos pulcramente plegados y colocados junto a las paredes de la tienda, y unas cuantas cajas conteniendo ropa y utensilios varios, algunos de los cuales reconoció como procedentes de la *Compasión*. Por unos instantes todo eso pareció dar vueltas a su alrededor. *Oooh, maldita sea, no he debido levantarme tan de golpe...* La lumi esperó a que se le pasara el momentáneo mareo antes de intentar salir de la tienda, que definitivamente no era la misma en la que había operado al doctor Al Saruff. Finalmente se acercó a la entrada, abrió el cierre hermético, y echó un vistazo al exterior. La oscuridad no le permitió distinguir gran cosa del campo, lo cual quizá fuera lo mejor. Su primera impresión de cuando llegaron aparecía un tanto difuminada en su memoria, pero se acordaba de las tiendas y de las hogueras, y de la gente con aspecto miserable agolpada alrededor. De su breve salida esa misma mañana, cuando evacuaron al doctor, sólo recordaba la nieve.

Rúster se puso el abrigo termal y se aventuró al exterior, cerrando la tienda tras ella. Había un cartel pintado a mano, clavado sobre un poste frente al refugio grande que tenía a su derecha. Al acercarse pudo leer las dos palabras escritas en básico, debajo de otras dos que debían decir lo mismo en balanio: Tienda Médica. Hizo un gesto de dolor al reconocerla. Sí, allí era dónde había pasado la noche anterior junto al sargento Daboro, intentando salvarle la vida a Ben Al Saruff. Rúster se puso en marcha, caminando tan deprisa como podía sin resbalar sobre el suelo helado. Tenía que encontrar a Lllamarada y a Alce, a ver si tenían noticias del doctor. Más tarde volvería a ver cómo se encontraba el balanio, si es que habían vuelto a traerlo allí.

La nieve estaba aún muy alta, pero por todo el campo se habían excavado senderos y las entradas a cada una de las tiendas estaban despejadas. La mayor parte de los destrozos causados por la reciente tormenta habían sido ya reparados, aunque aquí y allá todavía se apreciaban daños. Rúster vio tiendas cuyas paredes lucían parches de tela o de fibroplástico cosidos de forma apresurada pero eficiente, vientos rotos que se habían vuelto a empalmar por medio de grapas metálicas o incluso simples pero efectivos nudos, y mástiles dañados a los que se había reforzado con trozos de madera sujetos con cuerdas e incluso con trapos rasgados y hechos tiras. Al principio se preguntó dónde se había metido todo el mundo, pero pronto empezó a encontrarse con gente que caminaba en dirección opuesta a ella, llevando en

las manos recipientes llenos de sopa. El aspecto de muchas de esas personas hacía que el corazón se le encogiera de dolor. Se les veía sucios y demacrados, caminando con la cabeza gacha y los hombros caídos, con sus pálidos y delgados rostros surgiendo de cuerpos que parecían engañosamente gruesos, ya que la mayor parte llevaban puesta toda su ropa para intentar protegerse mejor del frío. Casi todos lucían grandes ojeras, que hablaban de noches enteras sin dormir a causa del miedo y de la preocupación, y también de muchas lágrimas vertidas. Muchos llevaban improvisados vendajes, cubriendo heridas a medio curar o incluso mutilaciones. Algunos usaban bastones para caminar, o bien se apoyaban en amigos o parientes, sosteniendo sus boles con cuidado en la mano libre, y haciendo muecas de dolor cada vez que derramaban aunque sólo fuera una gota. Rúster se enteraría más tarde que las caídas y el frío extremo habían sido las causantes directas de la mayor parte de esas lesiones, mucho más que las armas de los paramilitares seibergios – aunque no por eso era menor la responsabilidad de éstos, pues eran ellos quienes les habían obligado a huir hacia las montañas a pesar de lo traicionero de los senderos y de las terribles inclemencias del tiempo -. Algunos habían perdido uno o varios dedos, o incluso un pie completo, congelados sin remedio durante la marcha hacia los campos, y sobre todo en las gélidas noches pasadas al raso. Rúster comprendió que lo que había percibido la primera vez que vio Campo Uno, y especialmente en los breves minutos que transcurrieron desde su llegada hasta que se encerró con Daboro en la ahora llamada tienda médica, no había sido un macabro espejismo causado por la ansiedad y los nervios que sentía en aquellos momentos. Las condiciones en las que se encontraban los refugiados eran realmente tan malas como le habían parecido entonces.

Pero tenía la sensación de que ahora había algo en ellos que no estaba allí antes. Algunos de los balanios la saludaban al pasar, alzando la barbilla o incluso agitando la mano como si la conocieran. Un chiquillo de unos siete años le dijo “hola, doctora.” ¿Doctora? Rúster se sintió perpleja en un primer instante, pero entonces comprendió. Obviamente sus receptores neurales, no del todo cubiertos por la capucha del abrigo, la hacían muy fácil de reconocer para cualquiera al que, aún sin haberla visto antes, le hubieran hablado de ella. Y seguramente alguien, probablemente uno de los refugiados con los que había viajado, había ido diciendo por ahí que era médico tras haberle visto atender a los heridos. Algunas personas le sonreían con sus labios agrietados por el frío. Eso sí que era extraño. Si no fuera por lo miserable de su aspecto, casi se diría que estaban contentos. ¿Cómo podía estar nadie contento en un lugar como ése, bajo semejantes circunstancias?

Sintiéndose triste y confundida al mismo tiempo, Rúster siguió avanzando hasta que llegó a la zona central del campo. Allí vio a Lllamarada y a Alce, junto a dos mujeres a las que Rúster no conocía - por su aspecto una de ellas era personal de la Nueva República y la otra una refugiada -, ayudando a servir la cena. Alrededor de doscientas personas esperaban aún, con mayor o menor paciencia, a que les llegara el turno. Uno tras otro, iban alargando sus tazones, boles, o recipientes variados para que se los llenaran con humeante sopa. Lllamarada volvió un instante la cabeza y vio venir a Rúster.

- ¿Has dormido bien, Ru? - preguntó alegremente mientras levantaba un nuevo cucharón lleno de sopa con su brazo bueno. Alce agitó la mano en señal de bienvenida, pero la lumi no respondió a los saludos de sus compañeros. En

esos momentos, la ansiedad por saber si Ben Al Saruff seguía o no con vida no le dejaba pensar en nada más.

- ¿Sabéis algo del doctor Al Saruff? - preguntó a bocajarro en cuanto llegó junto a Lllamarada.

- Nada, lo siento. Quizá durante la siguiente comunicación con el *Guarida* nos puedan decir algo. Eso será mañana por la mañana.

- Ah. Gracias - La respuesta de Lllamarada fue como un jarro de agua fría. Sin noticias hasta mañana. Rúster se sintió frustrada y decepcionada, pero no le duró demasiado. Por un lado, pensó, era mejor no saber nada a que le hubieran dicho que Al Saruff había muerto. Por otro, Lllamarada no estaba en absoluto dispuesta a permitirle que se deprimiera.

- Has venido justo a tiempo para pillar tu ración - dijo exhibiendo una radiante sonrisa. - ¡No encontrarás un restaurante mejor en ningún otro lugar de estas montañas!

Rúster no pudo evitar sonreír. - Ahora que lo mencionas, sí que estoy hambrienta - La lumi echó un vistazo cargado de desconfianza al contenido del gran perol térmico en el que Lllamarada introducía su cucharón una y otra vez, acordándose con pesar de los dos procesadores de alimentos que se quedaron en el compartimento de carga de la *Compasión*. Mientras miraba, la mujer de mediana edad a la que Lllamarada acababa de servir le dio un sorbo a su sopa y se dirigió en voz baja a la que venía detrás. - Mucho mejor, sí - Su sonrisa era la misma que Rúster había visto en los refugiados con los que se había cruzado por el camino.

- Se diría que les gusta - comentó.

- Sí - contestó Lllamarada sin detenerse en su trabajo. - Es gracias a nuestra amiga Sdermila. Esto que ves es en esencia la misma mezcla de fibra, grasa, proteínas y otros componentes que metemos normalmente en un procesador de alimentos, disuelta en agua hirviendo. Es comestible, sí, pero en lo que se refiere al sabor... - Lllamarada arrugó la nariz haciendo una mueca de lo más significativa. - Después de desayunar y de comer esa misma bazofia, Sdermila vino y nos dijo que la sopa se podía mejorar, y nosotros le preguntamos cómo. Ella nos explicó que las hojas de los arbustos enanos que crecen por aquí, bien machacadas, pueden utilizarse como condimento. También nos dijo que si buscáramos bajo la capa de nieve, lo más probable sería que encontrásemos algunos brotes tardíos de cereal salvaje, que serviría para añadir un poco de sabor adicional.

- ¿Cereal salvaje?

- Los antepasados de esta gente cultivaron estas montañas hace mucho tiempo, durante al menos dos siglos - explicó Alce. - ¿Ves esas terrazas excavadas en las laderas alrededor nuestro? Allí es donde encontramos el grano. Cuando corrimos la voz de lo que nos proponíamos hacer, muchos de los refugiados se animaron a echar una mano para excavar en la nieve y cosechar tanto cereal como fuera posible. Se han conseguido llenar varios sacos.

- Eso y las hojas de los arbustos son la diferencia entre esta sopa y la que llevan tomando algunos de ellos durante varias semanas - continuó Lllamarada. Mírales ahora - Lllamarada movió la cabeza de un lado a otro, al tiempo que dejaba escapar un suspiro. *Sí, pensó Rúster, creo que sé lo que quieres decir. Qué poco cuesta hacer un poco más felices a los que son tan desgraciados.* - Muchos de los refugiados que estaban aquí antes de que

llegáramos nosotros sabían que el cereal estaba ahí - prosiguió Lllamarada -, pero después de pasar por lo que la mayoría de ellos han pasado se contentaban con disponer de un refugio y de comidas más o menos regulares, aunque fueran frugales e insípidas. Hasta que llegó Sdermila.

- Esa mujer tiene una iniciativa tremenda - dijo Alce con visible admiración. - Ya lo demostró cuando se aventuró con su kala'ballo para intentar ayudarnos después de que nos estrelláramos, pero como ves no se detuvo ahí. También tiene un encanto personal muy particular. Consigue que todo el mundo la quiera al poco de conocerla. Lleva aquí un día y medio y ya se ha convertido en el alma de Campo Uno. La pobre parece un poco abochornada por la popularidad, pero eso no la impide seguir ayudando allá donde ve que puede hacer algo por los demás. Es algo innato en ella.

- ¿Y dónde está ahora?

- Se fue a llevarle la cena a Deveralia - contestó Lllamarada. - La acompañaban sus hijos, Figor y Lía. Parece que la han adoptado como abuela.

- Oh, Deveralia - Rúster se golpeó la frente con la palma de la mano. - Tengo que ir a ver cómo están ella y el bebé.

- Yo me he acercado a verlas esta tarde y las he encontrado bastante bien. Además de Sdermila, algunas de las otras mujeres cuidan de ellas procurando que no les falte de nada. Aquí se ayudan todos los unos a los otros.

- Ya veo, ya - Rúster volvió a sonreír, esta vez de forma más abierta. Lllamarada y Alce parecían haberse adaptado con bastante rapidez a los que serían sus nuevos roles en aquel lugar. Desde luego, si a Rúster le hubieran dicho alguna vez que llegaría el día en el que vería a Alce sirviendo tazones de sopa, se habría reído a carcajadas. - Está bien. Voy a ponerme a la cola.

- No hace falta, Ru - dijo Lllamarada. - Puedo llenarte un bol ahora mismo.

- Cuando me toque el turno - Rúster bajó el tono de voz, al tiempo que adoptaba una expresión más seria. - Difícilmente podremos ganarnos la confianza de esta gente si les hacemos pensar que nos consideramos por encima de ellos.

Lllamarada frunció los labios y asintió. - Correcto.

- Además - añadió Rúster, temiendo que Lllamarada pudiera haberse molestado por haber rechazado su ofrecimiento -, la mejor parte es la que se queda pegada al fondo.

- ¿De verdad? - Lllamarada se echó a reír. - Nos alegramos de saberlo, ¿verdad, Alce? - El otro piloto sonrió a la vez que asentía vigorosamente. Rúster les dio la espalda para irse hacia el final de la cola, sintiendo cómo se ruborizaba. Acababa de darse cuenta de que, a pesar de su posición privilegiada, Lllamarada y Alce no habían probado aún la sopa, y que no pensaban hacerlo hasta que todo el mundo hubiera tenido su ración. *¿Y qué otra cosa esperabas de ellos?* pensó avergonzada. *Creo que ya está bien de sentirte moralmente superior a todo el mundo, Ru, o vas a tener que morderte la lengua muchas veces.*

Media hora más tarde y con el estómago lleno, Rúster regresó a la tienda médica. Además del seibergio, que volvía a encontrarse junto a la pared del fondo acompañado por Pantera, Rúster comprobó que en la tienda había ahora tres nuevos inquilinos, una mujer y dos ancianos, a los que el sargento

Daboro estaba atendiendo. Los tres estaban recostados cerca de la entrada, tan lejos, notó Rúster, como les era posible del soldado seibergio.

- Hola, Daboro - dijo agachándose junto al comando. - ¿Qué tienes aquí?

- Hola, Rúster. Lo habitual. Cortes y magulladuras, síntomas de congelación y una posible neumonía - respondió el comando señalando por turnos a cada uno de los pacientes. - Me he permitido cogerte prestado el autodoc, y gracias a él he podido tratar a esta gente. ¿Qué tal estás?

- Mucho mejor, ¿y tú? Supongo que habrás dormido algo.

- Sí, no te preocupes. ¿Has visto? Ya es oficial. Esto es nuestro hospital de campaña, o la tienda médica como la llama todo el mundo. Y mientras no esté de servicio, Pantera me ha nombrado tu ayudante - Rúster miró hacia donde se encontraba el jefe de los comandos Lince, y éste le saludó con la mano.

- No sé quién tendría que ayudar a quién, pero en fin, muchísimas gracias. Esta mañana no he tenido ocasión de dártelas.

- No hay de qué - Daboro sonrió.

- Voy a ver al seibergio y ahora vuelvo para echarte una mano, ¿de acuerdo?

- De acuerdo.

Rúster se incorporó y se acercó hasta el lugar en la camilla sobre la que se encontraba tumbado el seibergio, de nuevo esposado. Al parecer Pantera lo había estado interrogando, aunque por su expresión el prisionero no estaba precisamente colaborando. Rúster temió que Pantera pudiera haber maltratado al soldado, aunque cuando lo observó de cerca no apreció ningún signo de tortura. Pensando que era mejor asegurarse, se dispuso a examinarle con mayor detenimiento con la excusa de comprobar cuál era la evolución de su herida. Intentó ser lo más sutil posible en su inspección, pero Pantera se dio cuenta de todas formas de lo que estaba buscando.

- No te preocupes, no lo he tocado. Todavía.

Rúster miró de reojo al jefe de los comandos Lince. A pesar del tono hosco que había empleado y la amenaza velada que ocultaba su comentario, Rúster tuvo la impresión de que lo único que pretendía Pantera era asustar al seibergio, meterle un poco de miedo para que se decidiera a hablar con tal de evitarse una hipotética paliza, quizá cuando no estuviera ella delante. Rúster conocía lo suficiente acerca de cómo funcionaban estas cosas como para saber que cuanto más tiempo transcurriera, menos utilidad tendría la información que pudiera proporcionar el prisionero. Pantera y sus hombres no debían disponer de drogas hipnóticas ni nada por el estilo, pues de haberlas tenido seguramente ya las habrían empleado. Rúster se preguntó si los comandos no terminarían recurriendo a la violencia, en el caso de que el seibergio siguiera empeñado en mantener su silencio. Quizá si no lo habían hecho aún era porque estaban seguros de que no sabía nada importante, pero Pantera o cualquiera de sus subordinados podían perder la paciencia en un momento dado y... Molesta de nuevo consigo misma, Rúster obligó a callarse a esa parte de su mente que se empeñaba en seguir pensando ese tipo de cosas, a esa vocecita interior que parecía actuar como conciencia de los actos de la gente que la rodeaba. *Tengo que dejar ya de juzgar a todo el mundo. No sólo no tengo derecho ninguno a hacerlo, sino que muchas veces estoy descubriendo que mis sospechas son infundadas e incluso injustas.* ¿Desde

cuándo llevaba haciendo esto? De forma consciente, desde que se enteró de que Alce había derribado a un transporte de refugiados. Inconscientemente, probablemente desde que escapó de la luna Lumi y empezó a encontrarse con seres de otras especies diferentes a la suya. Gente cuyos sentimientos y emociones ella no podía discernir, ya que carecían de receptores neurales que sin palabras le dijeran todo eso. Con el tiempo, había aprendido a interpretar decentemente las expresiones faciales de los humanos y también las de otras razas galácticas, pero nunca podía tener la certeza de que sus impresiones fueran correctas. En algún momento había llegado a la conclusión de que, a diferencia de los lumi, la mayoría de los seres inteligentes no siempre decían lo mismo que pensaban. A menudo escondían sus verdaderas motivaciones e intenciones, y casi siempre pretendían ser mejores de lo que realmente eran. O simplemente diferentes. Pero ahora se daba cuenta de que ella había terminado por hacer lo mismo, por ser un poco como ellos. ¿Acaso no pretendía ocultarle a Pantera la incomodidad que sentía y las dudas que albergaba?

El soldado seibergio miró a Pantera bajo su ceño fruncido, con una expresión en la que se adivinaba una cierta incertidumbre, aunque si la indirecta del comando le había impresionado ponía todo su empeño en disimularlo. Rúster reconsideró su posición y decidió que bien podía intentar ayudar a Pantera en su propósito. Después de todo, aquel joven imberbe de aspecto inofensivo - ahora que se encontraba desarmado y esposado -, había disparado contra Llamarada, Alce y ella misma con evidente intención de matarlos. Quizá también había ayudado a expulsar de sus casas a algunos de los desgraciados que ahora abarrotaban el campo. Quizá había asesinado a alguno, pues ya había oído decir que eso era lo que les sucedía a los que se resistían. La lumi se volvió hacia el comando, intentando que su tono sonara tan despreocupado como le fuera posible.

- Me conformo con que no le causes heridas que no podamos curar. Recuerda que ni Daboro ni yo somos médicos.

Pantera le dirigió una mirada fugaz, en la que Rúster creyó detectar sorpresa primero, y un leve atisbo de diversión después. Podría haber sido su imaginación, pero en cualquiera caso el comando captó la indirecta y le siguió el juego.

- Sabes cómo tratar huesos rotos, ¿verdad?

- Sí, siempre que las fracturas sean lo suficientemente limpias. Si no es así en el mejor de los casos quedan lesiones crónicas. También pueden quedar astillas que le hagan al sujeto la vida imposible con cada movimiento, desgarrando los músculos y volviendo a abrir las heridas una y otra vez, hasta que un cirujano le opere o hasta que lo mate una infección.

- Está bien, si llegamos a eso intentaré que sean limpias, pero no te prometo nada - Pantera comprobó las esposas de choque y se marchó sin mas comentarios. El prisionero pareció relajarse un poco mientras Rúster levantaba el último parche bacta e revisaba la herida con el escáner médico. No pudo evitar sobresaltarse cuando escuchó por primera vez la voz del seibergio.

- ¿Tanto esfuerzo por un alienígena? - dijo en perfecto básico.

- ¿Un alienígena?

- Anoche. Esa cosa con la cabeza de martillo.

Rúster frunció el ceño disgustada. - El doctor Al Saruff es un ithoriano. No es una cosa. Es un ser, como tú y como yo, aunque lo cierto es que no estoy tan segura en tu caso.

Aparentemente cogido por sorpresa por el comentario mordaz de Rúster, el soldado se quedó callado y su expresión se tornó más huraña. Rúster se dio cuenta de que se había equivocado cortándole como lo había hecho. Después de todo el seibergio había empezado a hablar. Eso era más de lo que Pantera había conseguido hasta el momento. Decidió que merecía la pena hacer un esfuerzo y tratar de recuperar algo parecido a una conversación.

- Seguro que no veis a muchos ithorianos por aquí, ¿verdad? - dijo haciendo un amago de sonrisa.

El soldado la miró sin decir nada. Rúster pensaba que iba a cerrarse de nuevo en su obstinado mutismo cuando, de repente, se decidió a contestarla. Quizá necesitaba hablar con alguien, después de todo. Y ésta era la primera vez en que no le estaban interrogando.

- No, es verdad - dijo encogiéndose de hombros. - Los únicos alienígenas que he visto en mi vida eran nemoidianos y rodianos - A Rúster no le extrañó esa revelación. Nemoidianos y rodianos se contaban entre las pocas especies no humanas cuyos miembros solían colaborar con el Imperio. - Y tú, ¿también eres una alienígena?

Rúster le miró fijamente a los ojos, pero esta vez el seibergio evitó devolverle la mirada. Tras pensarlo un momento, llegó a la conclusión de que el joven soldado no había pretendido ofenderla, simplemente tenía curiosidad. Eso podía ser un comienzo.

- Soy una lumi.

- ¿Una lumi? Jamás lo había oído. Se te ve casi humana. En realidad todo en ti parece humano, excepto esos...

- Se llaman extensiones neurales. Los lumi las usamos, entre otras cosas, para comunicarnos nuestros sentimientos. Cambian de color dependiendo de qué humor estemos.

- ¿De verdad? A mí no me gustaría que todo el mundo pudiera saber lo que estoy pensando.

- No lo que piensas, sino lo que sientes.

- ¿Y qué sientes tú ahora?

Rúster prefirió no contestar a eso. Ya había suficiente gente alrededor capaz de interpretar, aunque fuera sólo superficialmente, los cambios de color de sus apéndices. No le apetecía nada concederle esa ventaja a un extraño. *No sólo un extraño. Un enemigo, por todo lo que sé de él. Y además, ¿cómo es que hemos terminado hablando de mí?* Decidió dejarlo por el momento. Estaba claro que el arte del interrogatorio no estaba entre sus habilidades.

- Ya estás casi curado - dijo cambiando completamente de tema. - La herida está cerrada y piel nueva ha cubierto casi toda la zona quemada. Le diré al comandante que puede continuar.

La expresión del seibergio se ensombreció de golpe. - No pienso decirle nada.

Rúster se encogió de hombros al tiempo que se dirigía a la entrada de la tienda. - Eso es decisión tuya. Mi responsabilidad hacia ti ha terminado.

- A menos que ese comando me rompa un hueso.

- Eso es. Si te rompe algo volveré.

Víbora recorrió con la mirada los rostros del puñado de pilotos congregados frente a él, desperdigados por los asientos de la sala de reuniones. Ellos eran todo lo que quedaba ahora del escuadrón Cabeza de Lobo, al menos hasta que pudieran recoger a Lllamarada, a Alce y a Rúster por un lado, y a Solo y a Raiven por otro. Los dos pilotos sulustanos estaban fuera de patrulla, pero a ellos Víbora no los consideraba aún como parte del escuadrón. De hecho apenas había intercambiado unas palabras con ellos desde que llegaron, aunque difícilmente se le podía culpar por no poder dedicarles más tiempo. A pesar de la ayuda de Ibero, la tarea de dirigir un escuadrón al que le faltaban tres de sus oficiales de mando en situación de prealerta le daba a Víbora demasiadas cosas que hacer y muy poco tiempo para llevar a cabo ninguna de ellas. En teoría los dos sulustanos eran un refuerzo temporal, tan sólo hasta el regreso de Solo y de Raiven, pero en vista de lo que estaba a punto de anunciar iba a tener que retenerlos tanto tiempo como le fuera posible. Víbora suspiró. Ojalá le mandaran a más. En ese momento agradecía de todo corazón el poder contar con los sulustanos pues, entre otras cosas, el que ellos se hicieran cargo de este turno de patrulla le permitía reunir a todos los veteranos al mismo tiempo. Bastante difícil le iba a resultar contar esto una vez, como para tener que repetírselo luego a los ausentes.

¿Por dónde empiezo?

Había estado a punto de convocarles en el Refugio Antibombas. En el improvisado bar había sitio de sobra, y la atmósfera allí podría resultar considerablemente menos fría que la de la inmaculada y medio vacía sala de reuniones, pero finalmente había decidido que hacer esto allí no sería una buena idea. Tanto era así que antes de venir había ido a cerrar el acceso al bar, asegurándose de que nadie pudiera entrar sin su signatura de voz o sin fundir la cerradura. Lo último que necesitaba era que uno o más pilotos, o todos ellos quizá, sucumbieran a la tentación de emborracharse tras enterarse de las noticias.

En la primera fila, justo enfrente de él, Ibero lo miraba con expresión mortalmente seria. El oficial ejecutivo en funciones del escuadrón, a quien él solía llamar en broma "el optimista", parecía ahora la viva imagen del fatalismo. Víbora y él habían estado discutiendo durante más de una hora acerca de la conveniencia o no de comunicar al resto del escuadrón lo que la capitana de navío Gen'yaa acababa de transmitirles a ellos. Ibero defendía que lo mejor sería mantenerlo en secreto mientras fuera posible. Según él, sería mucho más complicado controlar los deseos de venganza que ambos habían detectado entre varios de los pilotos si sabían a ciencia cierta lo que había sido de sus, hasta ahora, desaparecidos compañeros. Con que a uno solo de ellos le pudiera el instinto y cayera en la tentación, por ejemplo, de abrir fuego contra su sombra durante una patrulla, la caja de los truenos se habría abierto de nuevo. Aunque Víbora compartía parcialmente esa preocupación, veía que la incertidumbre estaba haciendo estragos en la moral. Al final, y en contra de la opinión de Ibero, había decidido contarles la verdad. Su esperanza era que eso les ayudase a concentrarse más en su trabajo, y a estar más dispuestos a hacerlo bien con tal de que ninguno más se dejara el pellejo ahí afuera.

Era el momento de comenzar. Víbora tosió ruidosamente para llamar la atención de los congregados. Los últimos en darse cuenta fueron los miembros

del grupo Zarpas de Lobo, sentados juntos un par de filas por detrás del resto de pilotos, que aún siguieron susurrando entre ellos durante algunos instantes antes de que Reek les avisara. Desde donde se encontraba Víbora no podía escucharles, pero no le hacía ninguna falta oírles para saber de qué discutían. La expresión entre triste e indignada de Parody, los puñetazos que Granito se daba constantemente en la palma de la mano y la forma en que Groznik enseñaba los colmillos mientras farfullaba, eran lo suficientemente elocuentes como para adivinar que ya se habían enterado de que la exclusión de Sparks del servicio activo por razones médicas era ya oficial e irrevocable.

- Lo primero de todo – dijo cuando por fin se hizo el silencio -, ya sabemos qué fue lo que derribó a la *Compasión*. Se trataba de un AT-ST seibergio – Los murmullos se desataron por todas partes, tal y como Víbora ya se había esperado. Tampoco le sorprendió el taco que soltó Drake, que se escuchó perfectamente en toda la sala. Esto no había hecho más que empezar. - ¡Callaos, por favor! Fue la propia Llamarada quien nos transmitió esta información hace algunas horas. Os alegraréis de saber que Alce se las apañó para destruir el caminante, disparando con sus propias manos uno de los cañones de la *Compasión* – Ahí se produjo un espontáneo aplauso que Víbora consintió. Aquella era la única cosa buena que tenía que decir.

- Vale, vale, ya le daréis palmaditas en la espalda a Alce cuando todos ellos regresen. El doctor Al Saruff, que como ya habréis oído la mayoría resultó gravemente herido cuando se estrellaron, ha sido evacuado por una lanzadera coreliana, que lo ha llevado a bordo de uno de sus cruceros para recibir tratamiento médico. Rúster tuvo que realizarle ella misma una operación quirúrgica de emergencia, así que si el doctor consigue salir de ésta buena parte del mérito habrá que concedérselo a nuestra compañera – Silencio ahora. Para los pilotos, Ben Al Saruff se había convertido en uno de los miembros más queridos de la tripulación del *Guarida del Lobo*. No podía ser de otro modo, teniendo en cuenta que a todos ellos los había tratado alguna vez y que a más de uno le había incluso salvado la vida. Si el doctor sobrevivía, Víbora sabía que la hazaña de Rúster sería tan celebrada como la de Alce. Si no era así, y aunque nadie fuera a echarle la culpa, la compasiva lumi iba a pasarlo fatal. Víbora la conocía lo suficientemente bien como para imaginárselo, y también que iba a necesitar la ayuda de todos para superarlo. Pero ya se enfrentarían a ese problema cuando se produjera, si realmente se producía.

- Ahora volvamos a ese AT- ST, porque es la razón principal de que sigamos en estado de prealerta. Su presencia a escasos treinta kilómetros de uno de nuestros campos de refugiados nos ha hecho pensar que el ejército seibergio ha penetrado en la Región Balania, seguramente con gran cantidad de efectivos, y que no se detendrán hasta llegar a las puertas de nuestros campos, si es que se detienen allí. Probablemente están haciendo uso de todo su material pesado, que por lo que sabemos incluye tanques repulsores, baterías láser y lanzadores de misiles móviles, junto con caminantes AT-ST y AT-AT. Puesto que en estos momentos no suponemos una amenaza para ellos, es de prever que también contarán con el apoyo aéreo de sus cazas TIE.

- ¿Cómo es eso de que no somos una amenaza para ellos?

- Lo sabes tan bien como yo, Granito. Se nos ha prohibido expresamente entrar en espacio seibergio con el fin de no provocar a los corelianos a romper la tregua.

- ¿Y qué si lo hacen? ¡Ahora tenemos destructores estelares de nuestro lado!

- ¡Ya es suficiente, Granito! Si vuelves a interrumpirme otra vez te vas fuera de aquí. Esas órdenes han venido de lo más alto, de la propia Mon Mothma, ¿te enteras? Así que... - *Cálmate, hombre, cálmate. Ya conoces a Granito, ¿no?* Víbora hizo una inspiración profunda antes de proseguir. *Mierda, cada vez pierdo los nervios con mayor facilidad...* – Mira, vamos a llevarnos bien, así que no me molestes con estupideces, ¿de acuerdo? - Granito no contestó. El caldaniano se limitó a cruzar los brazos sobre el pecho y seguir mirando a Víbora con expresión de pocos amigos. Víbora decidió que, mientras siguiera callado, le daba igual que intentara fulminarle con la mirada.

- El hecho es que esas órdenes fueron impartidas antes de que supiéramos lo del AT-ST – continuó Víbora -, con todo lo que eso conlleva. Es por eso que la capitán de navío Gen'yaa nos mantiene en prealerta, y sí, somos los únicos en toda la flota. No me hagáis preguntas sobre este particular, por favor, porque no tengo respuestas que daros. Y ahora, éstas son vuestras instrucciones. Groznik, quiero que el grupo Zarpas esté preparado para volver a realizar misiones sobre la Región Balaria en cualquier momento. Ojo, si se os ordena actuar, vuestro objetivo no serán ya las partidas de paramilitares, sino los caminantes y los tanques repulsores del ejército seibergio, así que llévate a tu gente a los simuladores y entrenad mientras podáis – Groznik acusó recibo de las indicaciones de Víbora con un gruñido feliz que su traductor interpretó tentativamente como “un montón de gracias”, lo que provocó algunas carcajadas entre los pilotos. Probablemente Groznik fuera el wookiee más civilizado de la Nueva República, pero no dejaba de ser un wookiee. No había nada mejor para calmar la frustración de uno de ellos que la perspectiva de un poco – o un mucho - de acción violenta.

- Cuando eso suceda, si sucede, el resto de nosotros tendremos que darles cobertura frente a los seibergios, que nos interceptarán viniendo desde tierra, y también frente a los corelianos, que probablemente nos perseguirán desde atrás. Esto significa más entrenamiento para todo el mundo. Ibero y los dos sulustanos se unirán a Drake como grupo Colmillos. Yo volaré con los Sombras. ¿Preguntas? ¿No? Entonces lo siguiente...

- ¿Víbora?

- No y otra vez no, Drake. No te puedo decir dónde están Solo y Raiven ni lo que están haciendo – Algunos de los presentes se rieron por lo bajo.

- No iba a preguntar eso. Bueno, no sólo eso – Más risas. Drake también sonrió, pero enseguida se puso serio. – Lo que realmente quería saber es si tienes o no alguna noticia sobre nuestros compañeros desaparecidos.

Víbora asintió con expresión sombría, y de pronto todo el mundo se quedó callado. – Éso es justo lo que iba a comunicaros. Los corelianos nos han entregado una lista de prisioneros – Víbora tragó saliva, intentando aclararse su repentinamente seca garganta. *Maldita sea, esto se me está haciendo aún más difícil de lo que creía* – Tienen a Torpedo a bordo del Soberano. Se ha pasado los últimos tres días metido en un tanque bacta, pero eso no le ha servido de gran cosa. Su unidad de soporte vital resultó dañada cuando se eyectó y se quedó sin aire antes de tiempo. Los corelianos consiguieron reanimarlo, pero su cerebro había resultado afectado ya por la falta prolongada de oxígeno. Ahora se disponen a entregárnoslo para que pueda ser evacuado a un hospital de la Nueva República. Las esperanzas de que se recupere son

cuando menos remotas, pero nunca se sabe – Como era de esperar, en la sala de reuniones se escucharon tacos, maldiciones y lamentos. La intención de Víbora era esperar un poco antes de continuar con el resto de noticias, aún peores que ésta, pero el eco de sus últimas palabras apenas se había desvanecido cuando Drake volvió a preguntar. - ¿Y qué hay de los demás?

Víbora bajó la mirada por un instante. – Nada. Los corelianos no recuperaron a nadie más de este escuadrón. Probablemente se desintegraron junto con sus naves – Un “no” colectivo salió de varias gargantas. Los ya pálidos rostros de la mayoría de los pilotos congregados reflejaron incredulidad al principio, pero ésta pronto fue sustituida por una tristemente familiar mezcla de rabia y de pena. Ésas, como Víbora sabía muy bien por su ya larga experiencia, eran las sensaciones más comunes que se experimentaban cada vez que caía un compañero en combate, junto con el inevitable alivio porque no le hubiera tocado a uno. Esta vez no se escuchó ni una sola exclamación, más allá del lamento gutural que se escapó entre los dientes apretados de Groznik, ininteligible para el traductor y sin embargo perfectamente comprensible para todos los que lo escucharon. La confirmación de aquello que todos llevaban días temiendo oír pero esperando no hacerlo cayó como un torpedo de protones en un blanco de prácticas, dejándoles sin palabras. A algunos, como Drake o Parody, se les veía tan conmovidos que parecían a punto de echarse a llorar, aunque ninguno lo hizo. Como todos los que estaban allí, hacía mucho tiempo que habían aprendido a contener las lágrimas. Víbora no recordaba haber visto nunca llorar a Drake, por ejemplo, ni siquiera cuando asesinaron a Hoja, aunque sin duda debió hacerlo en privado, a solas en su camarote. Otros, como Granito y Reek, permanecían extrañamente inmóviles y en silencio, aunque sus ojos parecían despedir fuego. La mayoría miraban a Víbora, como si todavía esperasen a que añadiera algo más, aunque era obvio que ya estaba dicho todo.

Los recuerdos de otras ocasiones similares se le venían ahora a la memoria, tan vívidos que parecían fundirse con la realidad presente haciéndole ver otros lugares, otras caras pertenecientes al pasado, e incluso otros uniformes muy distintos a los que ahora veía. En la Armada Imperial estaban más acostumbrados a este tipo de cosas. Los pilotos de TIE venían y se iban a una velocidad pasmosa en las unidades destinadas en primera línea, aunque precisamente por eso no se lamentaban tanto las pérdidas: la mayoría de las veces apenas se había tenido tiempo para llegar a conocer a los muertos. Tan sólo cuando caía un veterano a punto de cumplir con su periodo de servicio se producía alguna conmoción. Cuando se unió a la Alianza, Víbora descubrió enseguida que las relaciones personales entre los pilotos llegaban a ser mucho más intensas de lo que él había conocido, especialmente en aquellos casos en los que un grupo de ellos llevaban juntos años enteros. No tenía que esforzarse mucho para rememorar otras escenas tan patéticas como ésta, pero era la primera vez que le tocaba a él ser el encargado de transmitir las malas noticias. Como comandante del escuadrón, aunque sólo fuera en funciones, suya sería también la labor de grabar holovideos de condolencia que el Mando de Cazas enviaría después a los familiares o amigos más cercanos de los desaparecidos, siempre que éstos hubieran declarado alguno y vivieran en mundos de la Nueva República o por lo menos no alineados. Definitivamente ésta era una tarea que no tenía ninguna gana de llevar a cabo, pero a la que no podía escapar ni tampoco postergar, ni lo haría tampoco si pudiera. Se lo debía a los

caídos. Entre otras muchas cosas, porque habían perdido la vida siguiendo sus órdenes.

Con esa triste perspectiva en mente, y decidiendo que cuanto antes se pusieran en marcha mejor para todos, Víbora se disponía a dar por terminada la reunión cuando Araña levantó la mano solicitando permiso para hablar.

- ¿Y qué pasa si todavía siguen allí, flotando en el vacío? Las boyas de localización pueden resultar dañadas durante la eyección, como le sucedió al soporte vital de Torpedo. No sería la primera vez que sucede.

- Cierto, pero prefiero no pensar en ello ni siquiera como una posibilidad – Víbora movió la cabeza lentamente de un lado a otro. – Después de tres días, estarían igual de muertos, pero su agonía habría sido más horrible. Parecida a la que debió padecer Torpedo, pero mucho, mucho más larga – El silencio que siguió a esa frase fue tan terrible como completo. Se prolongó hasta que Víbora les dio a todos permiso para marcharse, no sin antes recordarles brevemente cuál sería el perfil de sus próximas misiones y recomendarles una vez más que pasasen todo el tiempo posible en los simuladores de vuelo. Desahogar la furia y la impotencia disparando contra ola tras ola de enemigos virtuales podía ser una buena medicina para todos, él mismo incluido.

Los deprimidos pilotos empezaron a levantarse y a caminar en dirección a la salida, con las cabezas gachas y los hombros caídos. A nadie parecían haberle quedado ganas de hablar, pero entonces se escuchó la voz de Ibero. Víbora se dio cuenta de que era el único que no se había movido de su asiento.

- Hay otras alternativas. Los corelianos podrían estar mintiendo, o bien un tercero podría haberlos recogido, quizá agentes imperiales haciéndose pasar por corelianos, o incluso una de esas naves fletadas por las cadenas de noticias. Cualquiera sabe.

Víbora frunció el ceño, sin poderse creer que Ibero le pudiera estar haciendo esto. – Eso es....- *Una soberana estupidez*, pensó, pero prefirió morderse la lengua antes que discutir con su oficial ejecutivo delante de todo el mundo. - ¿A qué viene eso ahora? – preguntó en un tono tan calmado como le fue posible emplear.

- No tenemos cadáveres, ¿verdad?

- No, no los tenemos.

- En ese caso yo seguiré llamándoles desaparecidos, no muertos – Algunos pilotos que se habían quedado de pie cerca de la salida para oír a Ibero asintieron mostrándose de acuerdo. Víbora miró fijamente al iberiano, dispuesto a ordenarle que se quedara y que se explicase, pero Ibero no se levantó ni dio muestra alguna de que tuviera intención de irse. Viendo que ya no había nada que hacer allí, el resto de pilotos terminaron por marcharse. Víbora esperó a que la puerta se cerrase tras el último de ellos y entonces se acercó a Ibero, sentándose en el asiento de al lado. Antes de hablar hizo un esfuerzo por controlar el enfado que sentía. Sólo lo consiguió a medias.

- ¿Se puede saber qué pretendías? Sé que no te gustaba la idea, pero pensé que habíamos quedado de acuerdo en que íbamos a decirles la verdad.

- Y eso has hecho - Ibero se encogió de hombros. – Lo que he dicho yo no cambia nada. Aunque no hayamos visto los cuerpos, tenemos la certeza de que Sacart, Iceberg y Ermitaño están muertos. Es imposible que ninguno de ellos sobreviviera sin que nadie les recogiera antes de que transcurriese un máximo de seis horas desde que se eyectaron. Nadie los recogió, lo que he dicho es una chorrada, ¿o no es eso lo que ibas a decir? Todos lo sabemos,

así que no seguiremos comiéndonos las uñas esperando noticias. Pero al señalar la ausencia de cadáveres, lo que he conseguido es hacerle un poco más difícil a todo el mundo pensar en nuestros compañeros como muertos, y quizá suavizar un poco esa rabia y esos deseos de venganza que nos pueden poner a todos en peligro. Piénsalo bien. Tú has hecho exactamente lo mismo al sugerir que no es completamente imposible que Torpedo se pueda recobrar en un hospital.

Víbora se detuvo a considerar aquello durante algunos momentos. – Ésa no era mi intención al decirlo. Ni siquiera había pensado en ello desde ese punto de vista.

- Ni yo, hasta que tú me has dado la idea – Ibero sonrió con tristeza.

- Vaya, parece que hacemos un buen equipo - gruñó Víbora, sintiendo que se le pasaba el enfado. Quizá Ibero no fuera del todo desencaminado, y en cualquier caso ya estaba hecho.

- Me gustaba más el que hacíais Lllamarada y tú, la verdad.

Víbora suspiró. –Créeme, sé muy bien lo que quieres decir.

STAR WARS DAÑOS COLATERALES

Capítulo XVI

Era su cuarto día en Nurtina, el séptimo tras la batalla, cuando Solo y Raiven recibieron la llamada de la administración del espaciopuerto de Nurtina. Su solicitud para entrevistarse con el director había sido aceptada. Accedía a verse con ellos esa misma mañana, si podían estar en su oficina dentro de una hora. Raiven aceptó sin dudarle, preguntándose si su suerte estaba a punto de cambiar. Para entonces Solo había organizado ya una docena de juegos de cartas con sus clientes y con el personal de tierra del espaciopuerto, pero lo único que habían sacado en claro eran los créditos. Para hacer honor a la verdad, lo justo era admitir que el piloto coreliano había conseguido amasar una pequeña fortuna a expensas de sus visitantes, seibergios en su gran mayoría. A Raiven esto le había resultado divertido al principio, pero ahora empezaba ya a impacientarse. Parecía que era él el único a quien le preocupaba la falta de resultados. Solo, por su parte, parecía estar pasándose mejor que un jawa con las llaves de una fábrica de construcción de andróides. Raiven no podía quejarse de que no le hubieran advertido de que esto podía pasar. Antes de partir, Ibero le había mostrado cierto párrafo extraído del expediente de Solo, que el teniente de navío Dey'jaa había accedido a copiar para él. El texto decía más o menos que Solo había demostrado estar dotado de recursos para salir de cualquier situación comprometida, aunque su afición compulsiva por el juego había levantado dudas sobre si era o no digno de confianza. El servicio de Inteligencia de la Nueva República recomendaba que no se le encomendaran misiones encubiertas a no ser que fuera acompañado por un oficial superior, y que debían tomarse precauciones especiales si se debía operar en zonas en las que el juego estuviera permitido. Sólo ahora se daba cuenta Raiven de hasta qué punto era acertado el informe. El problema era que Solo era aquí el oficial superior.

Con dos de las últimas botellas de Whyren Reserva bajo sus brazos, caminando con paso ligero por la acera de ajado ferrocemento que conducía al sector de oficinas del espaciopuerto, Solo parecía encantado de la vida. – Esta es la oportunidad que estábamos buscando, ya lo verás. Si hay alguien aquí que pueda saber algo, ése es el director en persona.

- Espero que tengas razón – respondió Raiven haciendo una mueca de fastidio. *¿Cuántas veces habré dicho eso desde que estamos aquí?* – Hasta ahora no tenemos otra cosa que chismorreos, nada que pueda servirnos para probar nada. Y ya has visto los informativos seibergios. La cosa se está calentando de veras ahí arriba.

Solo se encogió de hombros. – Se limitan a decir lo que su audiencia quiere oír. A los seibergios no les gusta nada lo de la tregua. Lo que esperaban era que la flota coreliana nos echara a patadas del sistema, y se han quedado con las ganas.

- No que me preocupa tanto lo que dicen como lo que callan. Hemos visto considerables movimientos de tropas en el área militar del espaciopuerto. Está pasando algo, pero las noticias ni siquiera lo mencionan.

- A lo mejor descubrimos eso también. Mira, ése ese el edificio principal. El despacho del director está ahí, en la primera planta. ¿Recuerdas cuál es tu papel?

- ¿Cómo podría olvidarlo?

Solo le echó una mirada, tomó nota de su aspecto y sonrió. – Sí, supongo que no es fácil. Hay una cosa más. Los seibergios son desconfiados por naturaleza, ¿sabes?

- Me he dado cuenta estos días.

- Sí, ¿verdad? Bueno, pues puedes apostar a que habrá guardias armados ahí dentro, y que antes de dejarnos pasar nos escanearán de la cabeza a los pies en busca de armas ocultas.

- Me mostraré adecuadamente indignado.

- Estupendo. Y estate listo por si tenemos que recurrir a la violencia. Si algo sale mal, lo mismo tenemos que salir de ahí a las bravas.

Raiven frunció los labios. – Yendo contigo, procuro estar siempre listo para recurrir a la violencia, para que las cosas salgan mal, y por supuesto para tener que hacer las cosas a las bravas.

Diez minutos más tarde, su mejor esperanza de encontrar lo que habían ido a buscar a Nurtina les miraba entrecerrando los ojos desde el otro lado de la mesa de madera sintética, sobre la que reposaban ya las dos botellas de Whyren Reserva junto al terminal de ordenador que ocupaba su extremo derecho.

- Así que lo que quieren saber es si tenemos trabajo para ustedes y para su nave, mercancías o pasajeros ¿es esto correcto?

- Correcto, sí - Solo sonrió educadamente al director del espaciopuerto. El seibergio era un hombre de mediana edad y aspecto corriente, la imagen misma de un funcionario no demasiado ambicioso que había alcanzado su posición presente más por el paso de los años que por sus méritos, y sobre todo procurando no causarle problemas a sus superiores. Aunque era Solo quien llevaba la conversación, el director parecía más interesado en Raiven, quien permanecía de pie cerca de la puerta estudiando con atención las imágenes bidimensionales enmarcadas que decoraban las paredes del espacioso despacho, dándole un aspecto anticuado pero no exactamente decadente. Solo confiaba en que el seibergio no se diera cuenta de que lo que realmente estaba haciendo Raiven era vigilar la puerta. – Seré sincero con usted. Hemos oído hablar de gente que han conseguido interesantes beneficios aquí a causa del bloqueo. Pensábamos que veníamos a hablar de negocios con usted.

- Así que va a ser sincero, ¿eh? Entonces, ¿por qué no me dice claramente qué es lo que quiere, CorSec?

- ¿CorSec?- Solo puso cara de sorpresa, aunque en realidad había contado con que el directivo seibergio le tomara por un agente del Departamento de Seguridad Coreliana, o CorSec, como popularmente se les conocía. Esa era una de las posibilidades que la capitana de navío Gen'yaa había previsto, y que Solo y Raiven habían mantenido abierta en espera de que se les presentara una ocasión como ésta. Un funcionario seibergio con una cierta posición podría sentirse inclinado a contarle cosas a un policía coreliano que no le diría a nadie más, salvo quizá a un policía seibergio. Aunque a Solo se le daban bien los idiomas el seibergio no era uno de sus fuertes, lo que dejaba el papel de CorSec como mejor opción. No obstante, lo directo de la pregunta que acababa de hacerle el director del espaciopuerto le había dejado casi sin respiración, pues no cuadraba en absoluto con la idea que se había formado de él. Evidentemente, había más en ese hombre de lo que podía verse a simple vista.

- Eso es lo que he dicho. Algunos de mis subordinados le han mencionado a usted, a su Whyren Reserva y a las partidas de sabacc que organiza a bordo de su nave, y en las que su compañero nunca participa. Eso y las preguntas más o menos sutiles que va intercalando usted entre mano y mano – Solo intentó adoptar una expresión neutra, como si no supiera a dónde quería ir a parar el director, o más exactamente, como si estuviera fingiendo no saberlo. El seibergio sonrió brevemente y bajó un poco la voz. – Quería verles con mis propios ojos para estar seguro, y ahora lo estoy. Mire, usted podría haberme engañado, pero su compañero... – El hombre hizo un gesto hacia Raiven, que en ese momento les daba la espalda. – Me han dicho que ha montado un buen escándalo en la entrada principal, cuando mi personal de seguridad les ha pedido que entreguen sus blásters. ¡Por todas las estrellas, si es que lleva puestas incluso las botas reglamentarias!

Solo lanzó lo que esperaba pareciera una convincente mirada de pura ira en dirección a Raiven. Su compañero le miró con rostro perplejo, frunciendo el ceño como si no entendiera nada de nada. Era sorprendente lo bien que estaba representando su rol. El director arqueó una ceja, aparentemente divertido, y continuó.

- También me han dicho que en estos días los CorSec viajan siempre en pareja con sus enlaces imperiales, ¿es verdad?

Solo dejó escapar un gruñido de cansancio y de fastidio, golpeando sin fuerza el borde de la mesa con ambas manos, como si en ese mismo instante hubiera decidido darse por vencido. – Puede verlo con sus propios ojos. Le dije que no se pusiera las malditas botas, pero no quiso escucharme, como de costumbre – Solo miró al otro hombre y sonrió con resignación. – Me rindo, nos ha pillado usted, aunque la verdad es que me hubiera sorprendido más que no lo hubiera hecho - La sonrisa de Solo se hizo más amplia, y el seibergio se echó a reír. *Vale* – pensó el coreliano satisfecho -. *Es el momento de enseñarle el cebo*. – Se trata del carguero que cazas de la Nueva República derribaron hace unos días – El director se limitó a asentir una vez con la cabeza, invitando a Solo a proseguir pero sin descubrir nada.

- No estamos interesados en la nave, sino en el piloto. Tenemos razones para pensar que se trataba de un astuto y escurridizo contrabandista cuya pista llevamos siguiendo hace cosa de seis meses estándar. Con lo que tenemos sobre él le esperaban de tres a cinco años de trabajos forzados en Kessel, una vez que pudiéramos llevarlo ante un tribunal coreliano. Pero si el piloto de ese

carguero era realmente nuestro hombre, bien podemos ir cancelando la orden de busca y captura que pesa sobre él y volvernos a Corellia.

- ¿Tan sólo necesitan un nombre?

Solo negó con la cabeza. - No. No es probable que el hombre del que hablamos se registrara aquí con su verdadero nombre, y su lista de alias es lo suficientemente amplia como para que pueda haber alguno que no conozcamos. Necesitamos algo más.

- ¿Por ejemplo?

- Un escáner de retina sería lo ideal, pero no creo que pueda proporcionarme usted eso. Probablemente nos bastaría una grabación de voz. Comprobaríamos el patrón con el de la ficha y con eso podríamos confirmar su identidad.

- ¿Una grabación con su voz? ¿Y por qué habría yo de poder facilitarle eso?

- Vamos, hombre. Si no tiene otra cosa, seguro que puede conseguir el registro de su conversación con Control de Vuelo, bien a la llegada o bien a la partida.

El director adoptó una posición más erguida en su sillón, probablemente de forma inconsciente. - Eso es imposible.

- ¿Por qué?- Solo miró al seibergio directamente a los ojos. Su reacción sugería que sabía algo sobre esa nave o su piloto. Algo que podría quedar revelado por el registro de transmisiones del espaciopuerto. *Estamos cerca del blanco.*

- No necesito mentirle - *Por supuesto que lo harás*, pensó Solo, pero dejó que el director se explicara. - Aquí nos encontramos bajo control militar. No tengo acceso a esos registros de los que me habla, asumiendo que realmente existen. Puedo darles el nombre del piloto, o al menos el que utilizó para registrar su nave en este espaciopuerto, pero eso es todo.

- Quizá deberíamos dirigirnos directamente a las autoridades militares, identificarnos ante ellos, y decirles lo que queremos.

El seibergio se mantuvo en silencio durante unos instantes. - Pruebe si quiere. Eso sí, no puedo garantizarle que vaya a sacar nada en claro de los militares - El hombre parecía decepcionado de algún modo, casi enfadado. *Su cara es la del propietario de una pequeña tienda cuando ve que un cliente potencial se sale de su establecimiento sin comprar nada, anunciando en voz alta su intención de ir a mirar en la tienda de la acera de enfrente.* Solo imaginaba que el salario del director no debía ser nada del otro mundo. No aquí, en Nurtina. Pero el salario fijo no era necesariamente la única fuente de ingresos para el director de un espaciopuerto. No sería el primero que se sacase un dinerillo extra agilizando trámites burocráticos para los pilotos mercantes, y mirando hacia otro lado para no ver ninguna irregularidad. Solo lo sabía bien, pues había tenido que pagar ese tipo de sobornos en su época, si no quería ver como su nave era aparcada en el hangar más lejano de la terminal de carga, o que pasaran días sin conseguir permiso para despegar. *Y después de todo se ha quedado las dos botellas sin ni siquiera pestañear.*

- Quizá no - dijo pensando tan deprisa como podía. *Lo de que están subordinados a la autoridad militar puede ser cierto. Lo que no me creo ni por un segundo es que no pueda acceder a los registros de vuelo. Si pudiera hacerle acceder al banco de datos del espaciopuerto desde aquí...* - Por otro lado, se suponía que debíamos llevar a cabo nuestra identificación sin revelar

nuestra presencia aquí - Solo le echó otra mirada a Raiven por encima del hombro, en beneficio del director. – Tiene gracia, ¿verdad?

- Puede – respondió el seibergio, sin devolver esta vez la sonrisa de Solo. De pronto parecía sospechar. - ¿Hay alguna razón especial para esa discreción? Lo que quiero decir es que podrían haberse presentado aquí directamente, el mismo día que llegaron, decirme quiénes son y preguntar lo que me acaban de preguntar.

Solo se mordió la punta de la lengua. Su propio comentario acerca de identificarse ante los militares acababa de volverse contra él. Decidió improvisar. El coreliano apoyó los codos sobre la mesa y se acercó más al director, bajando el tono de voz como si se dispusiera a conspirar con él. – Creemos que hay agentes de la Nueva República operando en Seibergia, y más concretamente aquí, en Nurtina. Y ahora olvide que le he dicho esto.

- Por supuesto, por supuesto – El director parecía considerablemente impresionado por la posibilidad de tener a agentes enemigos espiándole, tanto como para no poner en duda lo que acababa de oír. Solo se sintió aliviado.

- Bien, ahora, ¿podría usted darme el nombre supuesto del piloto, y todos los datos que me pueda facilitar sobre la nave y la carga que traía? Si no podemos identificar al hombre, a lo mejor sí que nos interesa la nave después de todo. Una cosa bien puede llevarnos a la otra.

El director asintió. – Eso sí que puedo conseguírselo – Ahora fue él quien se apoyó sobre la mesa, exhibiendo una sonrisa de predador que Solo no le había visto hasta ese mismo instante. Definitivamente su primera impresión del seibergio no había estado demasiado acertada, afortunadamente para sus intereses. - ¿Cuánto interés diría usted que tienen los imperiales en esto? ¿Y el Departamento de Seguridad Coreliana?

Y yo que pensé que el tipo carecía de ambición. – Podemos darle dos mil créditos corelianos, suponiendo que su información nos sea útil – Eso suponía una parte sustancial de los beneficios que Solo había obtenido de sus partidas de sabacc, pero sabía que de todas formas no podía quedarse con ese dinero. En el caso de que su mala conciencia no fuera estímulo suficiente para hacerle entregar hasta el último crédito al final de la misión, estaba seguro de que Raiven estaría allí para recordárselo.

- ¿Dos mil? ¿Y por qué no cinco mil créditos imperiales?

Ya te tengo. - Hey, no intente abusar de nosotros. He dicho créditos corelianos. Admitámoslo, hoy por hoy no le va a ser fácil encontrar salida a los créditos imperiales, ni aquí ni en ningún otro lugar del cúmulo. Bajo las presentes circunstancias, creo que dos mil créditos corelianos bien valen lo que cinco mil imperiales, si no más.

El seibergio se encogió de hombros. – Ponga cuatro mil ante mis ojos y les daré lo que necesitan.

- Le pondré tres mil y con eso será suficiente, ¿de acuerdo? – Solo hizo desaparecer la sonrisa de su cara sustituyéndola por una expresión de mortal seriedad. No necesitaba fingir demasiado. Tres mil era todo lo que había ganado, incluida la cantidad que había reservado para pagar las cajas de Whyren Reserva y hacerle un favor a Gen'yaa.

- Muy bien, muy bien, CorSec. No hace falta que nos pongamos así. Aquí somos todos amigos, ¿no?

- Por supuesto – contestó Solo sin sonreír. - ¿Trato hecho?

- Trato hecho. Enséñeme el dinero.

Solo sacó del bolsillo un chip de crédito y se lo entregó al codicioso seibergio. Éste lo introdujo en la ranura de su datapad personal y consultó la cifra que aparecía en la pantalla. La media sonrisa que se le escapó antes de componer de nuevo su expresión le traicionó. – No sé. En realidad esto no es demasiado considerando...

- Es más que suficiente – dijo Raiven acercándose repentinamente hasta la mesa y apoyando ambas manos en ella. – Y sólo tendrás ese dinero si decidimos que la información lo vale, ¿está claro? – El tono amenazante y la fiera mirada de su compañero casi sobresaltaron a Solo, que sabía que estaba actuando. El director del espaciopuerto no dudó ni por un instante que eran verídicos. Solo se dio cuenta de que la mano que había utilizado para coger el chip de crédito no volvía a la mesa. Quizá tenía un botón de alarma bajo el tablero, o incluso un arma. Solo se preparó para abalanzarse sobre la garganta del seibergio a la primera señal de movimiento en ese brazo.

- Está claro – dijo el seibergio en tono conciliador. – Siempre me he considerado un *ciudadano* leal – El modo en el que había pronunciado la palabra “ciudadano” y el guiño dirigido a Raiven sugería que había querido decir ciudadano *imperial*, pero eso no le ganó las simpatías del supuesto agente del Imperio.

- Los datos – dijo Raiven lacónico sin dejar de mirarle.

- Le imprimiré lo que tenga – respondió el seibergio, al tiempo que hacía girar el sillón para orientarlo hacia el anticuado terminal de ordenador y el aún más obsoleto teclado. Solo se apoyó discretamente en la esquina contraria de la mesa de forma que pudiera vislumbrar qué estaba haciendo el director. Al comprobar que, efectivamente, estaba entrando en el sistema de datos y no llamando a los de seguridad, se tranquilizó un poco – Transferiría los datos a sus datapads – estaba diciendo el seibergio -, pero eso quedaría registrado, ya saben. Va contra las regulaciones y podría...

- Muy bien – dijo Raiven interrumpiéndole. – Déjeme ver eso - dijo a la vez que rodeaba la mesa para situarse de pie a espaldas del director, mirando a la pantalla por encima de su cabeza. Solo pudo ver el menú principal de la base de datos de administración del espaciopuerto. Estaba dentro. El director miró a Raiven, sorprendido de encontrárselo allí, pero el pretendido oficial imperial no le prestó atención, concentrado como estaba mirando los contenidos que iban apareciendo sobre la pantalla. Al director se le vio incómodo durante unos instantes, pero después pareció decidir que no había nada de malo en dejarle al imperial que echara un vistazo por sí mismo. *Aún tienes que ganarte los tres mil créditos corelianos* – pensó Solo como si con ello pudiera hacérselo pensar también al seibergio. El propio Raiven recogió la primera hoja de sintpapel antes de que el dispositivo de impresión incorporado en el terminal terminara de expulsarla. Solo se encogió de hombros mirando al director, como si se excusara por los modales de su enlace imperial.

- Eso es – dijo Raiven plantando un dedo en la pantalla. – Imprímame eso.

El director asintió y seleccionó el elemento de información que le estaba indicando. Las hojas impresas seguían saliendo, pero a diferencia de la primera, que tenía sujeta en la mano, Raiven dejó que las demás cayeran en la bandeja. Con total naturalidad, apoyó la otra mano sobre el respaldo del sillón del director. – Así que hizo que le diagnosticaran el rendimiento de los motores, ¿eh? Quiero los resultados. – El seibergio comenzó a obedecer, pero entonces

Raiven movió su mano del sillón al cuello del director y presionó. El hombre se desplomó con un suspiro.

Sin pronunciar una palabra, Solo se levantó y se reunió con Raiven al otro lado de la mesa. Cogiendo al director por las axilas lo dejó en el suelo sin miramientos. Raiven se guardó en un bolsillo el minúsculo dosificador de droga que había mantenido oculto en la mano y se sentó frente al terminal de ordenador. El programa y la propia base de datos eran fáciles de manejar: se basaban en las mismas especificaciones básicas que los utilizados en muchas instalaciones imperiales con cuyos sistemas de información había trabajado en su día.

- Y decía que no tenía acceso. Está todo aquí, aunque necesitaré algo de tiempo para encontrar lo que necesitamos. Hay muchísima información.

- Descárgatelo todo tan deprisa como puedas – dijo Solo mientras inspeccionaba la parte posterior de la mesa y los cajones de debajo. – Ya lo revisaremos todo después - Tal y como sospechaba, había un bláster en el espacio que quedaba entre el tablero de la mesa y el primero de los cajones, y también un panel de control con la tapa desplazada hacia arriba. Solo miró alrededor. – Tiene que haber cámaras ocultas en el despacho. Estoy seguro de que se pueden activar y desactivar desde aquí.

- ¿Crees que nos pueden estar observando? - preguntó Raiven alarmado. Sin esperar respuesta conectó su datapad de alta capacidad a un puerto del terminal y empezó a transferir terabytes de datos sin verificar.

- No. Estoy convencido de que nuestro amigo las desactivó cuando llegamos o poco después. Si se disponía a aceptar un soborno no creo que le apeteciera dejarlo grabado. Pero alguien podría darse cuenta de que las cámaras no están funcionando, que muestran un ciclo pregrabado, o lo que sea. O uno de los guardias podría pasarse por aquí por cualquier motivo. Más vale que te des prisa.

- Ya está, ya está – dijo Raiven desconectando el datapad y abandonando el sistema, aunque dejó el terminal encendido tal y como lo tenía el director. También recogió todas las hojas impresas que había sobre la bandeja. - Ayúdame a ponerlo otra vez en la silla. Si alguien asoma la cabeza por la puerta puede pensar que se está echando una siesta, o en el peor de los casos que se ha desmayado. Hasta que se den cuenta de lo que ha pasado realmente ganaremos un poco de tiempo.

- Buena idea – Solo se fijó en que el datapad del director seguía sobre la mesa. – Voy a recuperar también el chip de crédito. Este golfo no se merece... ¡Ah, maldito canalla!

- ¿Qué pasa?

- ¡Que ya ha transferido todo el dinero a su cuenta!

- Déjale que se lo quede. Ahora vámonos de aquí.

- El bastardo. El sucio y tramposo bastardo...

Salieron caminando con calma y conversando casualmente. Los pocos miembros del personal administrativo del espaciopuerto con los que se cruzaron no les dirigieron una segunda mirada, acostumbrados a ver a pilotos y a comerciantes forasteros deambulando por los pasillos. Al llegar a la entrada principal, los guardias les devolvieron los blásters sin hacerles preguntas. Solo y Raiven se encaminaron hacia la zona de hangares, alejándose de las oficinas y acercándose más a su nave con cada paso que daban.

- Casi no puedo creerme que esto haya resultado tan fácil después de todo – dijo Solo, de nuevo feliz y animado a pesar de su retorno a la pobreza.
- Calla, ni siquiera lo pienses. Aún no estamos fuera.

Evitaron ceder al impulso de echarse a correr hasta que escucharon el sonido estridente de una alarma. El hangar asignado al *Mercader Nómada* estaba apenas a quinientos metros frente a ellos. Raiven giró la cabeza en todas direcciones escudriñando los alrededores, y después alzó la vista hacia el cielo. Nada. Esa alarma podía significar cualquier cosa, un accidente, un pequeño incendio, algún tipo de simulacro. Pero no había sobrevivido a un turno de servicio de un año pilotando un TIE sin escudos ignorando su sentido del peligro. Tras intercambiar una brevísima mirada con Solo, ambos comenzaron a correr.

Raiven desenfundó el bláster cuando habían cubierto la mitad de la distancia que los separaba del hangar. Con el rabillo del ojo vio que Solo ya tenía su arma en la mano. Cien metros más. Raiven sintió un aguijonazo de dolor en el costado. Pasar demasiado tiempo a bordo de naves espaciales no era muy adecuado para mantener una buena forma física. Le costaba respirar. Raiven se prometió a sí mismo que si salían de ésta visitaría mucho más a menudo el gimnasio del *Guarida del Lobo*. Casi habían alcanzado las puertas a medio abrir del hangar cuando escucharon una voz dándoles el alto a su derecha. Sin pensárselo dos veces, saltó hacia delante mientras abría fuego en la dirección de la que había venido la orden, prácticamente sin mirar. Cayó de mala manera golpeándose en el pecho y en el estómago, resbalando aún un par de metros antes de detenerse del todo, afortunadamente dentro ya del hangar. Una ráfaga de láser rebotó detrás suya tras estrellarse contra la sección expuesta de la puerta. Cuando intentó levantarse, Raiven descubrió que la caída le había dejado sin respiración. Solo le ayudó a ponerse de pie y juntos continuaron su carrera hacia la rampa de acceso al carguero. Solo tropezó al cruzar la compuerta y cayó de rodillas, fallando en su intento de golpear el botón para levantar la rampa. Raiven se estiró sobre él y consiguió pulsarlo justo a tiempo. El ruido de los disparos golpeando la rampa desde fuera hizo que el corazón se le acelerara más aún, aunque por suerte ninguno de los rayos llegó a colarse por la abertura antes de que la rampa se cerrara del todo y la compuerta quedara sellada.

Los dos pilotos llegaron a la cabina al mismo tiempo. Con la frente cubierta de sudor, Solo se dejó caer sobre el asiento delantero, activó los sistemas principales del *Mercader Nómada* y conectó los repulsores. Raiven levantó los escudos mientras el YT-2100 comenzaba a flotar a medio metro del suelo, orientado ya hacia la salida. Allí, media docena de guardias les disparaban con sus blásters. Los rayos rebotaban contra los escudos sin causar daños, a metro y medio por delante del panel visor frontal. Raiven puso en marcha los motores sublumínicos a la vez que Solo activaba los sistemas de armamento. El coreliano apretó el gatillo oculto tras los mandos. Los guardias se lanzaron al suelo cuando los cañones delanteros del *Mercader Nómada* cobraron vida. Algunos de los seibergios consiguieron quitarse de en medio antes de que las puertas del hangar saltaran por los aires, otros no fueron lo suficientemente rápidos. Solo empujó la palanca de selección de potencia un cuarto hacia delante. Los restos en llamas de las puertas cayeron a su alrededor mientras el carguero salía del hangar. Un instante después, Raiven se encontró aplastado contra el respaldo de su asiento cuando Solo empujó la

palanca hasta el final. El huracán de gases ionizados expulsado por las toberas arrasó el interior del hangar que acababan de abandonar, entre los gritos de los guardias seibergios que no habían conseguido ponerse a cubierto. El YT-2100 ganó velocidad enseguida, pero Solo no tiró de los mandos para hacerlo subir. En lugar de eso lo mantuvo volando paralelo a pocos metros del suelo, maniobrando para esquivar los edificios del espaciopuerto. Raiven tenía la certeza de que no escaparían fácilmente de Seibergia. Los sensores mostraban ya en las pantallas a media docena de cazas despegando en su persecución desde el área militar del espaciopuerto. Sin decir una palabra se levantó y corrió a ocupar el puesto de artillero superior.

- Batería cuádruple armada y lista – transmitió a través del intercomunicador, terminando de ajustarse los pequeños auriculares. El ritmo de su respiración había vuelto casi a la normalidad, pero no podía decirse lo mismo de los latidos de su corazón. - ¿Cómo lo ves?

- Mal. Esta nave es rápida, pero ni mucho menos tanto como los cazas TIE que vienen a por nosotros. Si intentamos ascender nos convertiremos en un blanco perfecto. Nuestra única oportunidad es mantenernos cerca del suelo.

- De ese modo tampoco los perderemos.

- No, pero al menos te daré la ocasión de encenderles la panza a uno o dos de ellos si insisten en pegársenos demasiado. Eso les dará algo en lo que pensar.

- Pero no tardarán en unírseles más cazas. Tío, nuestras probabilidades tienden a cero.

- ¡No me hables de probabilidades! ¿Es que no has aprendido nada sobre nosotros los corelianos?

Una vez más a bordo del *Primer Ciudadano*, la consejera Leia Organa se dejó conducir a la a estas alturas más que conocida sala de reuniones. Oculto bajo su túnica poco ceñida, llevaba el sable láser que le había dado su hermano. Apenas había empezado a entrenarse en su uso, y eso sólo a causa de la insistencia de Luke. Hubiera preferido ir armada con un bláster corriente, a los que estaba infinitamente más acostumbrada, pero el sable de los Jedi tenía una virtud de la que carecían las armas de fuego: era indetectable para la mayoría de los escáners de seguridad. Esta vez la acompañaba Invierno, caminando muy cerca a su izquierda mientras recorría con la mirada hasta el último detalle de los corredores por los que atravesaban, memorizándolos por si tenían que salir de allí por las malas. Sus manos eran todas las armas que su guardaespaldas, consejera y amiga necesitaba.

Ésta era la primera vez que Leia corría el riesgo de subir armada a bordo de la nave insignia de la flota coreliana. Invierno había insistido especialmente en que lo hiciera, y Leia siempre se tomaba muy en serio sus consejos. Aunque seguía reuniéndose a diario con el almirante Sellman, lo cierto era que las negociaciones estaban rotas desde que surgieron las sospechas acerca del inicio de una posible invasión de la Región Balania por parte del ejército seibergio. Los corelianos habían hecho todo lo posible por impedirles confirmar o descartar esas sospechas, pero esa misma oposición venía a confirmar de alguna manera que todo era verdad. ¿Por qué si no habrían empezado las autoridades seibergias a denegar sistemáticamente las solicitudes la entrada en el planeta a los reporteros civiles, prohibición en la que estaban colaborando

los propios corelianos al impedir que los periodistas alojados en sus naves pudieran abandonarlas ahora, argumentando razones de seguridad? Aquellos que ya se encontraban allí eran mantenidos bajo vigilancia, cuando no confinados en sus hoteles, y la amenaza de detención y encarcelamiento pesaba sobre cualquiera que osase violar la prohibición expresa de visitar la Región Balania, incluyendo la ciudad ocupada de Nurtina. Se rumoreaba que varios enviados especiales habían sido ya arrestados de hecho, al ser sorprendidos en las cercanías de las fronteras. Los gobiernos de una docena de mundos habían protestado ya oficialmente ante esta situación, pero eso era todo lo que se había conseguido hasta ahora con la idea de involucrar aún más a la prensa en la crisis. Leia lo había consultado con Mon Mothma, pero la presidente en funciones de la Nueva República se había limitado a decirle que hiciera aquello que considerase más conveniente. Leia tenía que esforzarse para que no se le notara en la cara el dolor que sentía por dentro, aunque no se tratase de un dolor físico. Resultaba muy duro para ella, una alderana educada para creer en la paz por encima de todo, ver acercarse el momento en el que una declaración de guerra resultase ser la mejor acción posible. Como diplomática aquello era sin duda el peor de los fracasos, pero la verdad era que se estaba quedando sin alternativas. No podía continuar permitiendo que se masacrara y se forzara al exilio a la minoría balania de Seibergia.

Hoy Leia no venía a negociar. Venía a presentarle un ultimátum a los corelianos.

Invierno temía que si las cosas llegaban tan lejos, no se podía descartar que el almirante Sellman decidiera retener a Leia a bordo del *Primer Ciudadano* en contra de su voluntad, bajo la pretensión de seguir con las conversaciones. Eso, teóricamente al menos, retrasaría los movimientos de la Nueva República mientras el vicealmirante Sinensis no tuviera la certeza de que Leia no seguía allí porque realmente estuviera intentando alcanzar un acuerdo. Incluso entonces, cuando no quedara ninguna duda de que se había convertido en rehén de los corelianos, el vicealmirante se vería obligado a extremar la prudencia en sus decisiones para no arriesgar la vida de un miembro del Consejo Provisional. A Leia le costaba creer que el almirante Sellman, a quien tenía por hombre de honor, pudiera caer tan bajo, pero no podía decir lo mismo del Diktat Francmonde. Con el fin de evitar que los corelianos pudieran utilizarla de ese modo, le había dado órdenes al vicealmirante Sinensis para que procediera según el peor de los escenarios previstos en un plazo máximo de treinta horas estándar, estuviera ella o no de vuelta a bordo del *Libertador*. El sable láser que llevaba consigo serviría para darle al menos una oportunidad de escapar, en el caso de que los temores de Invierno terminaran convirtiéndose en realidad. Leia contaba más con el efecto psicológico del arma – el pueblo coreliano siempre había demostrado el mayor de los respetos hacia los caballeros Jedi, al menos hasta que el Emperador Palpatine empezó a asesinarlos a ellos y a cualquiera que les ofreciera cobijo – que en su habilidad real para emplearla.

Invierno se había mostrado en contra de que se trasladara una vez más al *Primer Ciudadano*, insistiendo en que sería una imprudencia ponerse en manos del enemigo de esa forma, pero éste era un mensaje que Leia no podía transmitir por holograma. Necesitaba mirar a Sellman a los ojos y percibir lo que sentía. Ése era el único modo de saber qué podía esperar de él una vez que le hubiera dicho lo que pensaba decirle. Incapaz de convencerla, Invierno

se había empeñado entonces en acompañarla, sin que las protestas de Leia le hicieran cambiar de parecer. Si era cierto que las dos se parecían bastante en su aspecto físico, aún se parecían más en la tozudez que mostraban una vez que habían tomado una decisión. Ahora que se encontraba aquí, rodeada de soldados armados hasta los dientes, Leia no podía negarse a sí misma que se alegraba de tener a Invierno a su lado.

El almirante Sellman no les saludó cuando entraron en la sala de reuniones, lo que ya de por sí resultaba bastante extraño dados los exquisitos modales de los que había hecho gala hasta la fecha. Toda su atención parecía centrada en un oficial que le estaba comunicando algo en voz baja. Por su expresión, cada vez más nublada, Leia se dio cuenta de cómo aumentaba la tensión en el militar coreliano. A través de la Fuerza lo percibió con muchísima más claridad.

- Pensé que habíamos dejado bien claro este punto, consejera – dijo Sellman volviéndose hacia ella. – Ninguna de sus naves iba a volver a violar el espacio seibergio.

¿Qué? – Lo lamento, pero no sé cuál es el problema, almirante. Mis órdenes fueron tajantes. Estoy completamente segura de que ninguna ha abandonado la flota.

- ¿De veras? Pues parece que una sí que lo ha hecho, aunque sin duda su intención era que no nos diéramos cuenta. En estos momentos cazas seibergios se encuentran persiguiendo a un transporte armado que ha despegado sin permiso del espaciopuerto de Nurtina, causando varios heridos de consideración entre el personal de seguridad, además de daños muy graves en el hangar en el que se hallaba alojado. Hemos verificado los datos que nos han enviado las autoridades. Esa nave cruzó nuestras líneas hace cuatro días, haciéndose pasar por comerciantes corelianos. En realidad se trataba de espías, de saboteadores, o de ambas cosas a la vez. ¿Pretende realmente que me crea que no sabe usted nada de esto?

Los hombres de la capitán de navío Gen'yaa, tenía que habérmelo imaginado. Invierno no movió un músculo, pero Leia sabía que estaba preparada para actuar. Los dos guardias que las habían escoltado hasta la sala de reuniones estaban a su espalda, interponiéndose entre ellas y la única salida. Se preguntó si sería capaz de sacar y activar su sable láser lo suficientemente rápido, contando con que Invierno les distrajera. *No, Leia, no. Luchar es la última opción. Intenta primero usar las palabras, eso es lo que mejor sabes hacer.* Leia pensó a toda velocidad. Lo más fácil, le gustara o no, sería mentir y negar cualquier conocimiento sobre esa nave y sus ocupantes. Hasta ahora siempre había jugado limpio con el almirante Sellman, y él lo sabía. Tendría que concederle al menos el beneficio de la duda. Por otro lado, ¿y si esos pilotos habían tenido éxito en su misión? En esa nave podía encontrarse la prueba que resolviera esta crisis de una vez por todas, pero si resultaba capturada o derribada estarían mucho peor que antes...

Leia respiró hondo y asintió lentamente.

- Tiene usted razón, almirante. Se trata probablemente de agentes de la Nueva República. Fueron enviados para investigar la verdad acerca de la destrucción de la nave civil en la que viajaban los refugiados balanios.

- Sus cazas la derribaron. Esa es la única verdad.

- No, no la única. Pensamos que lo que sucedió fue el resultado de una trampa, tendida precisamente con el objetivo de precipitar la intervención de Corellia en el conflicto. Sospechamos que...

- No quiero escuchar sus sospechas, consejera. Ese carguero no va a conseguir escapar de Seibergia, y si cualquiera de sus naves interviene en su ayuda, violando una vez más los términos de nuestro acuerdo, consideraremos rota la tregua y reabiertas las hostilidades.

Leia tuvo que esforzarse para mantener la compostura frente al airado coreliano. Había demasiado en juego como para no seguir intentándolo. – Sabe usted tan bien como yo que ninguna de nuestras patrullas de cazas está lo suficientemente cerca de Seibergia como para hacer nada. Por favor, almirante. En beneficio de la verdad, y de la paz que esa verdad puede traer consigo, he de pedirle que se ponga en contacto con las autoridades seibergias y les diga que dejen partir al carguero. Que después lo intercepten sus naves, cuando salga de la atmósfera, y yo personalmente ordenaré a sus tripulantes que le entreguen toda la información que hayan podido obtener con el fin de que sus expertos puedan analizarla. En sus manos puede estar el encontrarle una salida a este conflicto.

- No haré nada de eso, consejera Organa. Si desea intentar contactar con sus espías para ordenarles que se entreguen a los seibergios, le permitiré utilizar las comunicaciones de esta nave. Eso es lo único que obtendrá de mí, si lo quiere.

- Los seibergios destruirían cualquier prueba que pueda encontrarse a bordo de esa nave. Usted lo sabe muy bien.

- ¡Basta ya, consejera! Lo mejor será que usted y su acompañante regresen a su lanzadera ahora mismo, antes de que me ordenen otra cosa.

Leia sostuvo la mirada de Sellman sin decir nada durante algunos instantes. A pesar de lo crítico de la situación y también del hecho de que, a sus ojos, Leia había traicionado su palabra, el almirante seguía mostrándose honorable al ofrecerle la oportunidad de marcharse por donde había venido. Ella no podía olvidar su gesto al acceder a que sus transportes reabastecieran los campos de refugiados de la Nueva República, y al evacuar al doctor ithoriano a esta misma nave. Y sin embargo se negaba a admitir que el presidente Somolovich y su gobierno pudiera ser responsable de estar llevando a cabo, o al menos de estar apoyando, una operación de limpieza étnica contra la población balania de su planeta. Sólo quedaba una cosa ya por hacer, aunque Leia había trabajado sin descanso durante la última semana por evitar que llegara ese momento.

- Me marcharé, almirante, si es que aún me permite que lo haga después de lo que voy a decirle. Mi misión al venir aquí hoy no era otra que la de advertirle. Dígale al Diktat Francmonde que, con o sin su consentimiento, en las próximas treinta horas vamos a enviar naves de reconocimiento para verificar si el ejército seibergio ha entrado en la Región Balania como creemos. Si esta sospecha resulta confirmada, la Nueva República se mantendrá fiel a su compromiso. Defenderemos al pueblo balanio con todos los medios a nuestra disposición. En esas treinta horas tendrán ustedes que decidir si trabajamos juntos o si luchamos los unos contra los otros como enemigos declarados, y elegir por tanto entre seguir siendo independientes o convertirse en siervos del emperador Pestage.

El almirante enrojeció violentamente, al tiempo que se le tensaban los músculos del cuello y de la cara y su mirada se volvía de fuego, pero no obstante consiguió que su tono de voz siguiera siendo firme y controlado. Eso y la determinación que percibió en él a través de la Fuerza, fueron lo que convencieron a Leia que ninguna de sus palabras era dicha a la ligera, o provocada por la ira. – Ahora seré yo quien le advierta a usted, consejera. Esto es lo que puede decirle de mi parte y también de parte del Diktat a su presidente Mon Mothma. En el momento en que la primera de sus naves intente cruzar los límites en torno a Seibergia que establecimos en nuestro anterior acuerdo, los mundos corelianos y la Nueva República estarán definitivamente en guerra. Ahora, por favor, abandone esta nave. Ya.

Tras mirarle a los ojos por última vez, Leia le dio la espalda al almirante Sellman y salió de la sala de reuniones seguida por Invierno, que en todo el tiempo que habían pasado allí no había dicho ni una sola palabra. Ahora sabía lo que necesitaba saber. No había confusión posible en lo que había sentido en la Fuerza. Sellman cumpliría su palabra también en esto, y con esa certeza se desvaneció la última esperanza de Leia de encontrar un resquicio en la férrea resolución del coreliano. Lo único que podía ya dirimir el resultado del conflicto era la potencia de fuego de las naves de guerra de ambas flotas. Eso y los dos pilotos de Gen'yaa, los cuales podían o no llevar consigo la única llave para mantener callados los cañones láser. Dos hombres que en esos momentos podían estar a punto de morir, y con ellos la última posibilidad de prevenir una tragedia. La respiración de Leia estaba aún acelerada, al igual que su corazón, que hacía latir la sangre en sus sienes. El sonido de las botas de los infantes de marina corelianos que las escoltaban levantaba ecos a lo largo del pasillo por el que todos caminaban con paso ligero, mientras las sombras amenazadoras de los rifles bláster que llevaban apoyados sobre sus hombros iban moviéndose, hacia delante y hacia atrás, a medida que las rosetas de iluminación instaladas en el techo iban pasando sobre sus cabezas, una tras otra. *Que la Fuerza ayude a esos dos pilotos a escapar*, pensó Leia, deseando que fuera cierto con todas sus fuerzas. *Que hayan encontrado lo que con tanta urgencia necesitamos. Que esta galaxia no se convierta en un lugar aún peor por algo que hicimos, o por algo que dejamos de hacer.*

Tan pronto como dejaron atrás Nurtina, Solo lanzó la nave en un errático curso hacia las áreas rurales de la Región Balania. En los breves instantes de los que dispuso para tomar la decisión, estimó que las posibilidades de toparse con una batería de misiles seibergia sería menor que si se adentraba en el continente o incluso hacia el océano. Además, el terreno montañoso debería proporcionarle obstáculos naturales entre los que maniobrar para no ofrecer un blanco fácil a sus perseguidores. Una vez sobre las montañas trataría de despistar a los seibergios. La gruesa capa nubosa que se cernía sobre las afiladas cumbres le daría aunque sólo fuera una oportunidad de escabullirse, aunque las nubes no engañarían a los sensores del enemigo. Todo eso era la teoría. La realidad estaba demostrando ser mucho más complicada, tanto que Solo estaba empezando a pensar que no iban a conseguirlo.

Para empezar, apenas podía distinguir detalle alguno del terreno que estaban sobrevolando. Todo lo veía emborronado por efecto de la velocidad casi suicida a la que volaba el *Mercader Nómada*. Solo se veía incapaz de

planificar por adelantado su siguiente movimiento, encontrándose limitado a pilotar por puro instinto, reaccionando siempre en el último momento antes de estrellar la nave contra las copas de los árboles, las rocas, o las cada vez más escasas construcciones humanas. Esto ya sería bastante difícil si se encontrara a los mandos de un ala-X o incluso un ala-A. Tratándose de un carguero, incluso uno tan maniobrable como era el YT-2100, Solo era plenamente consciente de que estaba jugando con la muerte. Y sin embargo no se atrevía ni a reducir la velocidad ni a ganar altitud. Eso era justo lo que los pilotos de caza seibergios que les perseguían estaban esperando, pero él estaba decidido a no concederles ventaja alguna. No quería ni pensar siquiera en lo que sucedería si cometía un error al calcular la distancia respecto a uno cualquiera de los accidentes del terreno entre los cuales zigzagueaba constantemente para no exponerse al fuego de los TIE. Si la nave se rozaba apenas con algo a esta velocidad, ni siquiera los escudos de un crucero bastarían para salvarles.

- ¿Sabes qué?- escuchó decir a Raiven a través de los auriculares. - ¡Estos tíos están tan seguros de que nos vamos a estrellar que apenas se molestan en dispararnos!

- Ya - Solo estaba tan concentrado en el pilotaje que a duras penas podía pensar en construir una frase con la que contestar a su compañero. - ¿Le has dado a alguno?

- Negativo. Sería un milagro si lo consiguiese. Con los bandazos que estás dando no sólo no puedo centrarlos en mi retícula de tiro, sino que estoy a punto de vomitar el desayuno, con o sin compensador inercial.

- ¡Mejor, ellos estarán igual!

Como si tratara de contradecir ese último comentario, el *Mercader Nómada* se sacudió de proa a popa al ser alcanzado por una descarga láser en la parte superior derecha del casco. Aunque los escudos consiguieron absorber la mayor parte, Solo estuvo a punto de perder el control de la nave. El piloto coreliano se estremeció de forma involuntaria. *No vamos a ninguna parte. Más pronto o más tarde fallaré al intentar esquivar una de estas rocas, o bien los seibergios conseguirán derribarnos.* El sonido de la batería láser cuádruple superior llegó hasta sus oídos, haciéndole saber que Raiven hacía lo que podía por mantener a raya a los cazas enemigos.

- ¿Se puede saber qué pretendes? - exclamó su compañero. - ¡No vuelas sobre áreas despejadas, que estos tíos nos van a freír!

- ¡Ja! ¡Te buscaré una montaña!

- No, espera, intenta mantenerlo nivelado un segundo...- De nuevo se escuchó el sonido de los cuatro láser, seguidos esta vez por el grito triunfante de Raiven. - ¡Sí! ¡He arrugado a uno, se marcha!

- ¿Cuántos quedan?- Para Solo, desviar la mirada para echar un simple vistazo a las pantallas sensoras se había convertido en un riesgo demasiado alto.

- Hay todo un escuadrón ahí fuera, pero sólo nos atacan cuatro. El resto se mantienen volando sobre nuestras cabezas, así que no intentes ascend...- La nave fue sacudida por un nuevo impacto. En alguna parte de la cabina empezó a sonar una alarma.

- ¡Compensando escudos!- gritó Solo. - ¿Qué pasa?

Star Wars: Daños Colaterales

- ¡No ha sido culpa mía!- Solo escuchaba las baterías disparando incesantemente. - Se están volviendo más atrevidos cada vez. ¿No puedes volar un poco más bajo?

- ¡No!- Al estar en la torreta superior, mirando hacia arriba la mayor parte del tiempo, Raiven no podía ver lo cerca del suelo que estaban ya, pero Solo no podía permitirse perder el tiempo en explicárselo. La huida se volvía más peligrosa y desesperada a cada momento que pasaba. Con la proximidad de las montañas, el terreno era cada vez más y más accidentado. Eso era precisamente lo que había ido buscando cuando decidió poner rumbo hacia el interior de la Región Balania, pero ahora no estaba tan seguro de que hubiese sido una buena idea. En un momento dado, la tierra sobre la que volaban apareció cubierta de nieve, y de ahí en adelante se hizo mucho más difícil para Solo distinguir los obstáculos que se encontraban frente a él. Todo era del mismo e indiferenciable color blanco. Esa monotonía cromática era rota por los rayos láser de color verde que les disparaban los cazas TIE, que se disputaban una posición a sus seis en punto. Solo vio pasar una nueva ráfaga por encima de la cabina que levantó géisers de nieve evaporada trescientos metros por delante de él, formando una nube de vapor que el YT-2100 atravesó milésimas de segundos después. Durante un instante terrorífico no pudo ver nada de nada. El piloto coreliano apretó los dientes. *Incluso si fuera capaz de seguir volando así indefinidamente, ¿cómo narices voy a despistar a los seibergios? No hay suficientes nubes y además están demasiado altas. Si intento subir nos derriban seguro. Maldita sea...* Al otro lado de una colina se encontró de repente con una pequeña aldea cuyas casas llenaban por completo los paneles visores. Solo chilló espantado al tiempo que hacía rotar al carguero alrededor de su eje para evitar chocar contra uno de los edificios más altos, y entonces se vio obligado a contrarrestar la maniobra con mayor brusquedad aún para no golpear los árboles que había al otro lado de las casas.

- ¡¡¡Por todos los...!!! Solo, ¿puedes rotar la nave otra vez para que pueda echar un vistazo a nuestras tres en punto?

¡Estamos a punto de palmarla y éste quiere ver el paisaje! pensó Solo mientras giraba los controles hacia la derecha como Raiven le había pedido.

- ¡Vale, vale! ¡Ahora vira noventa grados a babor, deprisa!

- ¿Qué pasa?- Solo pisó de golpe el pedal izquierdo y giró los controles hacia ese mismo lado al tiempo que tiraba de ellos para efectuar un giro lo más cerrado posible, tanto para esquivar los láseres de sus perseguidores como para huir lo más aprisa posible de lo que fuera que Raiven había visto.

- ¡Caminantes! He visto varios, la mayoría AT-ST, pero también AT-AT, apoyados por tanques repulsores y unidades de infantería.

- ¿Una invasión?

- Eso es lo que parecía... Espera... ¡¡¡CUIDADO!!!

Solo escuchó el sonido terrible de una explosión viniendo de algún lugar a su espalda, enmudeciendo momentáneamente el sonido de las baterías láser manejadas por Raiven. El *Mercader Nómada* se desplazó violentamente hacia su lado de estribor como si algo muy grande le hubiera golpeado por detrás y a babor. Por un brevísimo instante Solo vio una lengua de fuego trazando un arco por debajo de la nave, mientras aferraba los mandos con ambas manos peleando con ellos para no perder altitud. Raiven empezó a gritar ensordeciéndole casi. Cuando miró hacia su derecha, Solo se encontró gritando también. Estaban a punto de estrellarse contra el muro rocoso de un

barranco a escasos cincuenta metros de ellos. Con una brusca inclinación de los mandos en sentido contrario, obligó la nave a girar la panza en dirección al barranco entre el aullido de las toberas de maniobra. De un manotazo activó los repulsores gravitatorios y los puso a plena potencia. El *Mercader Nómada* rebotó salvajemente alejándose del barranco sin llegar a tocarlo por apenas tres o cuatro metros. Luchando contra la intensa sensación de náusea que le causó la violencia de la maniobra, que llegó incluso a oscurecerle la visión por un instante, el piloto coreliano desconectó los repulsores y la nave recobró la posición horizontal al suelo.

Enseguida lo sintió, algo iba mal. Varias luces rojas se iluminaron en el panel de control, pero él no las vio. Tampoco las necesitaba para saber que el motor de babor estaba fallando. Por los auriculares le llegó un sonido ahogado.

- ¿Qué ha sido eso?- preguntó.

- ¡Que acabo de vomitar, maldita sea!

- ¡Quiero decir hace un momento, lo que nos ha golpeado!

- Uno de los TIE. Apareció de la nada y nos alcanzó en el lado de babor. Yo disparé y conseguí acertarle de casualidad, y él se hizo pedazos a menos de diez metros de nosotros. Varios de los trozos... - Raiven se calló por un momento y el bramido de su láser volvió a escucharse, mientras los disparos de respuesta de uno o más de los TIE pasaban zumbando a ambos lados de la nave. - Solo, estamos echando humo... ¡Sí, veo el fuego! Tiene que ser el motor, ¿puedes hacer algo?

Solo sacudió la cabeza de pura desesperación, aunque Raiven no pudiera ver el gesto. No era imposible que los extintores automáticos consiguieran apagar el fuego por sí solos, pero con un solo motor funcionando no llegarían muy lejos. La nave herida se bamboleaba de un lado a otro, no del todo debido a los continuos cambios de dirección a los que Solo la obligaba. Las primeras montañas estaban ya muy cerca, justo al frente, y sobre ellas la capa de nubes se espesaba por fin al tiempo que se oscurecía. Por desgracia el plan original ya no servía: en este estado jamás llegarían enteros al espacio. A la izquierda tenían un gran bosque, a la derecha el ejército seibergio, detrás a los TIE que no dejaban de acosarlos ni un segundo, buscando rematar la presa. La única opción parecía ser la rendición, a no ser que...

- ¡Raiven, agárrate! ¡Voy a intentar hacer un aterrizaje forzoso!

- ¿Estás de broma? ¿Dónde?

- ¡En el bosque, a babor!

- ¿QUÉ?

- ¡Calla y sigue disparando!

Solo no se lo pensó dos veces. Apuntó el morro del carguero hacia el horizonte verde y blanco e ignoró por completo a los instrumentos. Se fiaba más de sus propios sentidos y reflejos para llevar a cabo lo que se proponía. El motor de babor renqueaba peligrosamente, pero con incendio o sin él ahora no podía permitirse apagarlo, a pesar de que corría el riesgo de que terminara explotando. Las constantes caídas de potencia en ese lado le obligaban a realizar continuos ajustes en el rumbo, pero eso no era demasiado difícil comparado con lo que llevaba haciendo desde que despegaron de Nurtina. El zumbido de las toberas de maniobra, completamente desacopladas, y el rugido incesante de los láseres de la torreta superior se unían a los crujidos del castigado casco y a los ocasionales impactos conseguidos por los pilotos enemigos, pero Solo alejó todo eso de su mente. Sin apartar los ojos ni por un

solo instante del cada vez más próximo bosque, bloqueó los láseres de la torreta inferior en la posición de cero grados, es decir, apuntando justo hacia el frente, y enlazó el mecanismo de disparo con el de los cañones delanteros de manera que las seis armas abrieran fuego a la vez con una única presión del gatillo. Después puso su mano derecha sobre las palancas de potencia y esperó unos cuantos segundos. Cuando calculó que no estaba a más de cinco kilómetros de su blanco tiró de ambas palancas hacia atrás más allá de la posición de punto muerto, invirtiendo de golpe el flujo de salida de los motores. Los enormes árboles ocupaban ahora todo el panel frontal y parte de los laterales. La súbita deceleración le llevó al borde mismo de la pérdida de consciencia, mientras el atalaje de seguridad se tensaba en torno a su cuerpo y el compensador inercial hacía todo lo posible por equilibrar las fuerzas gravitatorias en el interior de la nave. Solo apretó los dientes sintiendo como si el estómago se le fuera a salir por la boca, de nuevo mareado y con la vista nublada. Dos cazas TIE pasaron aullando sobre su cabeza, sus pilotos cogidos por sorpresa y viéndose incapaces de reducir su velocidad lo suficiente como para mantenerse tras su objetivo. Aún hubo un tercer caza, pero a ése Raiven lo alcanzó de lleno haciéndole saltar por los aires, mil fragmentos en llamas cayendo en todas las direcciones. Casi al mismo tiempo, Solo redirigió todos los escudos que aún le quedaban al maltratado carguero hacia la sección frontal, activó los repulsores y desplegó el ciclo de aterrizaje. Entonces apretó los dedos índice y corazón de su mano derecha contra el gatillo y los dejó allí. Las bocas de los seis cañones láser comenzaron a escupir fuego contra los árboles. Los masivos troncos estallaban en llamas tan pronto como eran alcanzados, partiéndose con gran violencia. Las copas reventaban como granadas despidiendo ramas y hojas por doquier entre nubes de nieve vaporizada. Solo no dejó de disparar cuando los troncos despedazados y las grandes ramas empezaron a caer, primero contra la burbuja protectora de los escudos y después contra la nave misma cuando los escudos se colapsaron y fallaron. Ni siquiera dejó de hacerlo, aunque sólo fuera con los cañones delanteros, cuando el ciclo de aterrizaje se rompió tras golpear bruscamente contra el suelo, los repulsores dejaron de funcionar y la batería láser cuádruple inferior quedó aplastada bajo el peso de la nave, entre el insoportable chirrido que hacían las placas del blindaje del casco al arrastrarse sobre el suelo, y de las ramas astilladas arañando los paneles visores. Tan sólo apartó los dedos del gatillo cuando se dio cuenta de que el carguero se había detenido y los cañones delanteros, firmemente enterrados bajo tierra, humus y restos de nieve, habían dejado de disparar por fin. Con las manos temblorosas y jadeando de agotamiento tras haber tenido cuerpo y mente en tensión durante demasiado tiempo, Solo desconectó los motores y todos los sistemas de la nave que aún funcionaban en el *Mercader Nómada*. Cuando terminó, no pudo dejar de preguntarse si acaso se habría quedado sordo, tan completo era el silencio a su alrededor. Quizá estaba muerto. Era más fácil creer eso que hacerse a la idea de que realmente habían conseguido aterrizar de una pieza. O casi.

No debería jugar nunca más al sabacc, pensó mientras se secaba el sudor de la frente con la manga de la chaqueta. *Estoy seguro de que acabo de gastar toda la buena suerte que me quedaba para el resto de mi vida*. Fue entonces cuando escuchó la voz de Raiven a su espalda.

- Chico, me alegro de que ya hubiera vomitado antes. La próxima vez yo piloto y tú manejas las defensas. ¿Estás bien?

Solo miró a su compañero por encima del hombro, intentando decidir cómo contestar a esa pregunta, pero se olvidó de lo que iba a decir cuando vio la faz ensangrentada de Raiven.

- ¡Mike, estás herido!

- No, qué va. ¿Lo estoy? – Solo se dio cuenta de que Raiven estaba un poco aturdido.

- Tu cara...

- ¿Mi...?- Raiven se llevó una mano al rostro. Cuando la apartó vio que la tenía llena de sangre. - ¡Bendita Fuerza...!

Solo se liberó de los atalajes y se puso en pie. – Espera, espera, déjame que te ayude...- Con las manos temblando aún abrió el botiquín alojado en la cabina y sacó una gasa estéril para limpiar la herida de Raiven.

- No, déjalo – protestó su compañero. – No creo que sea tan grave y tenemos que salir de aquí cuanto antes.

- Un momento nada más – Solo dejó caer al suelo la gasa empapada de sangre – no había tiempo para esperar a que se autolimpiara - y cogió otra nueva. Al comprobar el verdadero alcance de la herida sonrió aliviado. – Vale, de ésta no te mueres. Es un simple corte sobre una ceja. Tres o cuatro puntos y...

- Solo, que tenemos que irnos...

- Sí, pero no querrás ir dejando un rastro que hasta el más estúpido de los seibergios pueda seguir, ¿verdad? Además, esto no me llevará más que un segundo – Mientras mantenía cerrada la herida con el pulgar y el índice de la mano izquierda, usó la derecha para manipular el suturador. Al mismo tiempo que cosía el corte, el aparato inyectaba un potente desinfectante bajo la piel, anulando el riesgo de infección.

- Ouch...

- Listo – Satisfecho, Solo echó un último vistazo a su trabajo y cerró el botiquín. – Ya podemos irnos.

- Gracias por la cura - Raiven alzó una mano hacia la herida de forma instintiva, pero interrumpió el gesto antes de completarlo. – Será mejor que no me lo toque. Vale, tú ve abriendo la escotilla superior. Yo voy a por las motojets.

- Fue buena idea traerlas, ¿eh? – comentó el coreliano mientras llenaba dos mochilas con el equipo de supervivencia del que disponían.

- Sí, pero por desgracia sólo podremos usarlas para alejarnos de aquí – respondió Raiven desde el compartimento de carga. – Antes de salir del bosque tendremos que abandonarlas y seguir a pie.

- ¿Caminar? – Solo se quedó desconcertado durante un instante. - ¿Se puede saber por qué...? Oh, claro, las pueden detectar. Los sensores de un TIE seguro que pueden localizarlas con facilidad en terreno más o menos abierto – Al abrir la escotilla una lluvia de nieve y de hojas de conífera semicarbonizadas le cayó sobre la cabeza y los hombros.

- Eso te lo puedo garantizar. Bien, las motojets no parecen dañadas. ¿Tienes alguna idea de hacia dónde ir?

- Buuuf...- Solo sintió un escalofrío cuando el gélido aire del exterior penetró en la nave. Aquí hacía bastante más frío que en Nurtina. - Si no podemos salir de Seibergia, al menos tendríamos que conseguir transmitir los datos que descargaste en la oficina del director del espaciouerto.

Star Wars: Daños Colaterales

Raiven apareció por el pasillo empujando las dos motojets, ambas flotando dócilmente sobre sus repulsares ya activados. – No nos va a dar tiempo a hacerlo desde aquí antes de que nos cojan, ¿pero dónde si no vamos a encontrar una unidad de comunicaciones que podamos usar?. Ah, un momento...

- Sí, eso es. En los campos de refugiados.

